

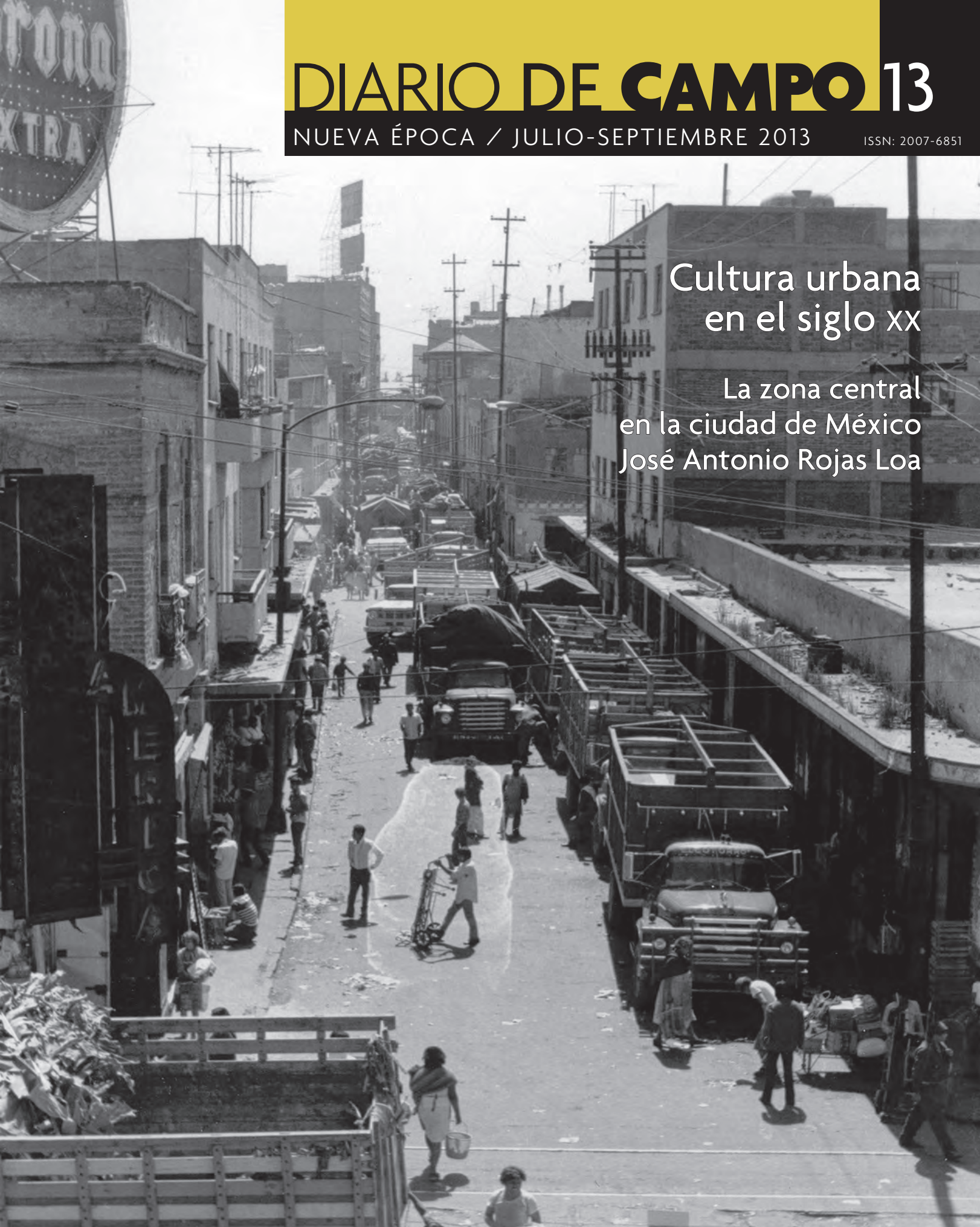
DIARIO DE CAMPO 13

NUEVA ÉPOCA / JULIO-SEPTIEMBRE 2013

ISSN: 2007-6851

Cultura urbana en el siglo XX

La zona central
en la ciudad de México
José Antonio Rojas Loa



Índice

Presentación 3

EXPEDIENTE

Terreno hostil. La ciudad de México a través de los ojos decadentes 4

José Mariano Leyva

Salvador Novo 9

José Joaquín Blanco

Fotografía y modernidad en México. De precoces y rufianes 14

Rebeca Monroy Nasr

Catálogo del Fondo Revolución Mexicana. Entrevistas de historia oral del Archivo de la Palabra 20

Laura Espejel

Buscando/saboteando los premios internacionales. *Nazarín vs. La cucaracha* en el XII Festival de Cannes 26

Julia Tuñón

Tongolele y las “exóticas” en *Magazine de Policía y VEA* 32

Gabriela Pulido Llano

Águeda Pía Fernández Martínez. Una mujer en vilo 37

Beatriz Lucía Cano Sánchez

Hacer la comunidad. Mujeres estadounidenses en la ciudad de México 40

Mónica Palma Mora

La república de las mujeres. Creación de un sujeto político en San Pedro Mártir 45

Mario Camarena Ocampo

La correspondencia de don Sergio 51

Francisco Pérez Arce Ibarra

Instantes de autonomía intelectual. Eduardo Suárez, reformista del gobierno de *Don Dinero* 55

Carlos San Juan Victoria

Música, regiones e ideologías. Argentina, 1920-1960 61

Carlos M. Tur Donatti

PORTAFOLIO

La zona central de la ciudad de México (ZCCM)

José A. Rojas Loa Ojeda 66

NOVEDADES INAH

Alquimia, núm. 47: “Los álbumes fotográficos del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca”, 2013 90

Franco Savarino Roggero y Joao Fábio Bertonha (coords.), *El fascismo en Brasil y América Latina. Ecos europeos y desarrollos autóctonos*, México, INAH-Conaculta (Memorias, Historia), 2013 90

Edith Yesenia Peña Sánchez y Lilia Hernández Albarrán (coords.), *Diversidad sexual, religión y salud. La emergencia de las voces denunciantes*, México, INAH-Conaculta (Memorias, Interdisciplina), 2013 90

Florence Rosemberg Seifer, *Antropología de la violencia en la ciudad de México: familia, poder, género y emociones*, México, INAH-Conaculta (Logos, Interdisciplinaria), 2013 90

David Doillon, *El magonismo y la Revolución mexicana en la prensa ácrata y radical francófona*, México, INAH-Conaculta (Génesis, Historia), 2013 91

José Íñigo Aguilar Medina, *Ser viejo. La cultura de la senectud*, México, INAH-Conaculta (Testimonios, Etnología y Antropología Social), 2013 91

Enrique Montalvo Ortega, *Neoliberalismo: la dictadura (realmente) perfecta*, México, INAH-Conaculta/Paidós/Ariel, 2013 91

Marcela Dávalos (coord.), *De márgenes, barrios y suburbios en la ciudad de México, siglos XVI-XXI*, México, INAH-Conaculta (Logos, Historia), 2013 92



Presentación

Los artículos que componen el presente número de **DIARIO DE CAMPO**, titulado *Cultura urbana del siglo xx*, tienen en común su exploración de las ideas y prácticas que durante el siglo pasado confluyeron para producir nuestra cultura actual. Su concepción de la historiografía es dinámica: aquí la acción de los sujetos sociales se ve como parte de un proceso continuo que no se detiene ante el pasado inmediato ni descarta las fuentes de la llamada cultura popular, incluyendo la observación, la oralidad, la prensa, la fotografía, la arquitectura, el cine, la literatura y el grafiti.

En las páginas de esta entrega de la revista el lector presenciara la interacción entre protagonistas anónimos y célebres, colectivos e individuales. Así, el poeta Salvador Novo, el cineasta Luis Buñuel, el obispo Méndez Arceo, la escritora Águeda Pía Fernández y el estadista Eduardo Suárez conviven lado a lado con las militantes comunitarias de San Pedro Mártir, las emigrantes estadounidenses en la ciudad de México y los habitantes de su Centro Histórico.

La mayoría de las investigaciones que aquí presentamos formó parte del coloquio “Historia contemporánea de México en construcción”, organizado en marzo de 2012 por el área de Historia Contemporánea de la Dirección de Estudios Históricos y coordinado por los historiadores Mario Camarena y Gabriela Pulido, quienes también compilaron los artículos que sirven de columna vertebral al presente número.

A este conjunto, enfocado en exclusiva en el terreno mexicano, hemos añadido el artículo “Música, regiones e ideologías. Argentina, 1920-1960”, de Carlos Tur, que ubica a la cultura urbana en una perspectiva regional más amplia.

El número se completa con las fotografías de José Antonio Rojas Loa, cuya mirada del aspecto físico de la ciudad constituye en sí misma un documento histórico que además aporta un escenario y contexto material para los documentos escritos.

Esperamos que en este número de **DIARIO DE CAMPO** el lector encuentre una puerta de entrada a la historia del México urbano del siglo xx.

Consejo Editorial

Terreno hostil. La ciudad de México a través de los ojos decadentes

José Mariano Leyva*

Beauty is in the eye of the beholder: “la belleza está en el ojo de quien la mira”. El dicho anglosajón pocas veces resulta tan exacto como cuando un literato describe a su urbe. Las novelas que plasman a la ciudad de México, en sus diferentes etapas históricas, son incapaces de des-embarrassarse de las apreciaciones personales. En *La ciudad de México en la novela*, Antonio Acevedo Escobedo (1973: 7) nos dice de José Joaquín Fernández de Lizardi, de aquel iniciador de la novela como género en México: “Afina con nitidez la imagen del habla, las costumbres y el modo de ser legítimos, aunque [su obra *El periquillo sarniento*, de 1816] está entreverada con una prédica moralista, a veces trascendida a la pesadez del plomo”.

La descripción de la ciudad realizada por Fernández de Lizardi, (tal vez) moralina, llevaba un propósito: crear un *corpus* que instruyera, a partir de una ética, para asistir en la construcción de la novísima nación independiente. Su novela encadena episodios que se apropian de un espacio para reflejar moraleja y enseñanza. Queda claro que si deseáramos a un guía histórico, objetivo, de la ciudad de México en alguno de sus episodios históricos, los más errados (por su visión imparcial, incluso egocéntrica) serían los escritores. Sin embargo, en las visitas urbanas que cada uno de estos literatos iba efectuando no sólo es posible obtener la visión de la ciudad (con todo y sus parcialidades), sino otra panorámica más: la que un ciudadano con intereses particulares tiene de esa metrópoli (y que se obtiene gracias a aquellas parcialidades); los intereses que empañan la visión del entorno para, al final, darnos información tanto de la ciudad como de la persona que la observa.

En el cambio del siglo XIX al XX ocurrió una combinación sugestiva en este sentido. Los escritores denominados “decadentes”, aquéllos agrupados alrededor de la *Revista Moderna* (1902-1911), tomaron por asalto a la metrópoli y la colocaron como un personaje más de su literatura. Se trataba de una ciudad de México animada y que parecía pujante. Con Porfirio Díaz la urbe comenzó a experimentar tantos cambios como nunca antes en el siglo XIX. Ampliaciones urbanas, nuevos edificios, el remozamiento de otros. Por su lado, los escritores decadentes experimentaban con la vanguardia literaria del momento. La modernidad era el denominador común de los decadentes y de aquella ciudad de México. Pero esa modernidad también estaba llena de grietas. La coincidencia en el origen del entusiasmo de unos y de la corriente literaria de otros era Francia.

En este sentido parecería que los decadentes no diferían mucho de otras élites mexicanas que asimismo buscaban un parecido con aquel país europeo. Sin embargo, nuestro grupo de es-

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (acido_2000@yahoo.com).

critores, más que importar la pujanza civilizatoria francesa (urbana o ideológica), adquirieron el gusto por cuestionar con rabia justo tanta certeza moderna.

Las metrópolis de Europa o América aparecen como un personaje más en la literatura modernista. La ciudad era uno de los resultados palpables de la civilización, un termómetro que mediría a dónde se dirigían las ideas prácticas: validación ideológica o fulgor de los desaciertos, según el tono y la ética del escritor. Las crónicas modernas describían con alguna exactitud la vida desarrollada en una ciudad (en sus teatros, parques, cafés, casinos, carruajes y en las novísimas avenidas). La urbe se volvía un espacio lo suficientemente atractivo como para convertirlo en universo sin salir de su perímetro. En México, Manuel Gutiérrez Nájera, sin duda el mayor exponente del modernismo, desarrolló la gran mayoría de sus letras alrededor de la capital de México y sus personajes. Si se espulgan con detenimiento algunos de sus textos, incluso es posible encontrar feroces diatribas hacia aquellos que debían corregir, enmendar o alinear la modernidad mexicana:

Afortunadamente, la estadística es un mito entre nosotros. Los geógrafos han hecho a México a su imagen y semejanza. La República se parece a García Cubas. Sabemos aproximadamente cuántas leguas median entre el Sol y la Tierra; cuántos fueron los hijos de Noé y en cuántas provincias se dividieron los Países Bajos. Lo que no sabemos es cuántos habitantes tiene la República, cuántos de éstos saben leer y en qué proporción están los nacimientos con las defunciones. La estadística es una bella desconocida, como la libertad que cantaba Musset. Y eso que en pocos países habrá tantas estadísticas como en México (Gutiérrez, 1996 [1883]: 16).

La ironía se disfraza de crítica certera en Gutiérrez Nájera. Y la obsesión por “parecer” un país civilizado fue uno de sus blancos favoritos. Tal vez por ello se convirtió en un baluarte para los decadentes. Si la modernidad se sintetizaba en la ciudad y los decadentes estaban en contra de varios preceptos modernos, entonces su síntesis urbana también sufriría las consecuencias. Sin embargo, la crítica que éstos construyeron llevaba un tono diferente al elaborado por Gutiérrez Nájera.

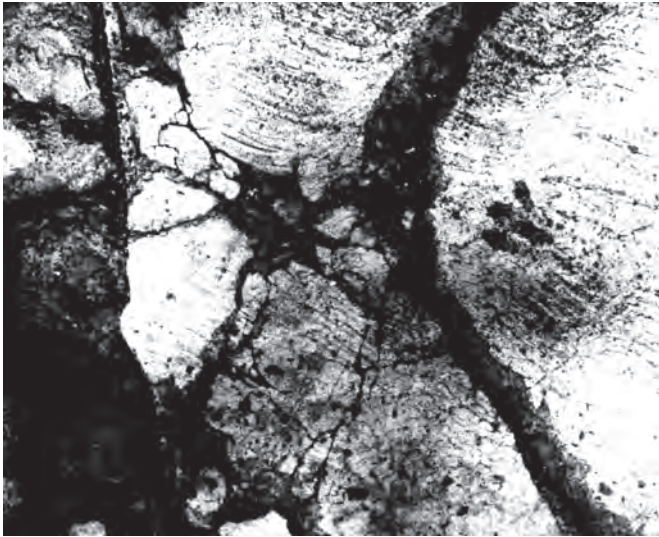
Durante buena parte del siglo XIX ciudades como París y Londres se convirtieron en el norte arquitectónico. La necesidad de equiparar a la ciudad de México con reconocidas metrópolis de la vieja Europa se nota ya en el

temprano año de 1852. En el *Manual del viajero mexicano* Marcos Arróniz declara, desde las páginas iniciales, la clara intención de su trabajo: demostrar que la nación mexicana no se estancó a partir de la Independencia y que se seguía avanzando.

De manera paradójica, esa sensación de avance le otorgaba el número de elementos mexicanos que más se parecían a los europeos: arquitectura, organizaciones culturales, incluso similitudes históricas. No transcurre más de una página de su estudio cuando Arróniz (1996 [1852]: 5) señala, con cierta esperanza: “La fundación de *Tenuchtitlan* (hoy ciudad de México) no deja de tener semejanza de alguna manera con la de Roma”. Otro recurso consistió en elevar la virtudes de Tenochtitlán hasta volverlas limítrofes con el quijotismo. En el primer capítulo de su obra Arróniz reconstruye la vida cotidiana de aquella ciudad prehispánica. La descripción es un compendio de armonía y belleza: la higiene, los jardines, los palacios de Moctezuma, los mercados, los servicios que era posible encontrar, como si quisiera demostrar que el territorio americano, previo a la conquista, podría haber competido con las más refinadas metrópolis europeas. El final del primer capítulo cierra de la siguiente manera, también respecto a Tenochtitlán: “La ciudad era inexpugnable, y bien se vio cuando los españoles la conquistaron, que para combatirla y tomarla fue necesario, no sólo un gran número de hombres, sino también la superioridad de las armas, y los recursos que la civilización prestaba a los invasores” (*ibidem*: 35-36).

En su obra *México considerado como nación independiente y libre*, de 1832, Tadeo Ortiz se suma a la línea de orgullo nacional de Arróniz. La diatriba establece al menos dos frentes claros: el ataque a los vestigios europeos en México y algunas de las construcciones que, ya erigidas en el México independiente, le parecen de mejor manufactura que las europeas. Así, salvo la Catedral metropolitana, el resto de los edificios coloniales valen poco para Ortiz (1952 [1832]: 143-144). De la misma manera asesta líneas como ésta: “A pesar de su actividad y continuo movimiento de carruajes y gentes [en Europa] generalmente mucho mejor vestidas y decentes, no se pueden comparar con las calles anchas y rectas de México” (*ibidem*: 152).

La modernidad era, en boca de los nacionalistas, y a diferencia de Gutiérrez Nájera, el salvoconducto que nos distinguiría, que nos haría sobresalir en el México independiente. Existían entonces al menos dos posturas contrarias respecto a Europa y sus ciudades: buscar la modernidad nacional o copiar la modernidad existente en otras latitu-



des. Así, Tadeo Ortiz tenía claras algunas sugerencias para que el perfil de la capital mexicana simbolizara la ideología nacionalista, libre e independiente. Sus indicaciones urbanísticas incluían la instauración en calles y plazas de ornamentos “estrictamente patrióticos” (*ibidem*: 168). En el mismo sentido se quejaba de las iglesias y conventos, y sugería que su culto debía ser menos público, más introspectivo, con un menor sabor a tertulia (*ibidem*: 166). La intención tal vez incluyera decretar una fe católica más moderna, menos española.

El nacionalismo hallaba una afortunada coincidencia moderna. Era como establecer un salto histórico del mundo prehispánico al México independiente, al intentar obviar los siglos de influencia española. Y fue con el porfiriato, en el entorno y tiempo de los decadentes, cuando varios de los proyectos de modernización (de un México independiente desde hacía tiempo) al fin se cumplieron. Para angustia de los nacionalistas e independentistas, antes de los proyectos urbanos de Díaz la ciudad de México casi no difería de la infraestructura urbana creada durante el virreinato. Manuel Orozco y Berra (1998 [1856]: 246-341), por ejemplo, se abocó a la tarea de enumerar los edificios emblemáticos que la urbe poseía entre 1853 y 1856. Salvo un par de fábricas, otro tanto de edificios civiles y algunos establecimientos dedicados al ocio, el abrumante resto tenía su origen en la colonia.

Con Porfirio Díaz eso cambió. Las mejoras urbanas enorgullecieron a los liberales decimonónicos, y no era para menos:

En su transcurso, Porfirio Díaz inauguró el manicomio de La Castañeda, las ampliaciones a la moderna cárcel

de Lecumberri y al nuevo lago de Chapultepec, la estación de sismología, el nuevo edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, la Escuela Normal para Maestros, el Palacio de Cristal (museo del Chopo) y sobre todo la columna de la Independencia, el Hemiciclo a Juárez, en la Alameda, el nuevo Palacio Municipal: puso la primera piedra del Palacio Legislativo (quién iba a decirle que se convertiría en monumento a la Revolución) y como *gran finale* abrió la Universidad Nacional (Benítez, 1982: 321).

A pesar de ser modernistas, los decadentes no comulgaban con el optimismo porfiriano. Los proyectos de modernidad no los satisfacían. El idealismo, de hecho, era una imagen que buscaron echar abajo mediante una literatura cargada de paradojas. Nada menos idealista y más alejado del cliché que las vírgenes maléficas, los asesinos de buen corazón, los infantes crueles o las prostitutas inocentes que cruzaban la literatura decadente. En un extenso artículo de Santiago Argüello H., de nombre “Viaje al país de la decadencia”, vertido en formato de teatro y publicado durante varios números por la *Revista Moderna* en 1902, se vislumbra un poco la idea de los decadentes respecto al país galo. La modernidad europea, que con tanta rabia querían emular en México algunos círculos, aparece bastante mal parada desde la óptica decadente. En la entrega correspondiente a la “La Francia clásica”, Argüello (1987 [1902]: 152) nos describe un país confiado en los pilares de la civilización racionalista al más puro estilo positivista, de ese positivismo que el porfiriato adoptó de buena gana y usó para cimentar su propia modernización:

Non plus ultra! ¡La censura en la ruta y en el vuelo! El Arte-rey caído, Prometeo en la roca—debe doblar su cuello ilota, en servil postura de vencido, y en presencia de la Regla emperatriz, cuando el ujier Boileau promulga el decreto soberano.

La Razón manda: apartar lo vario y seguir la ley única.

Ordena: buscar lo sano, lo natural, el equilibrio; evitar lo inesperado. La sorpresa considera que es antiestética. Para no encontrarla hay caminos trazados magistralmente [...]

La Razón dice: la intensidad ofusca: nada de intensidades. Hay que arreglar las causas de modo a producir efectos convenientes. Atenuación del color, sencillez de la línea, suavidad de nota, orden, armonía, el compás y la regla, el ángulo recto de la escuadra...

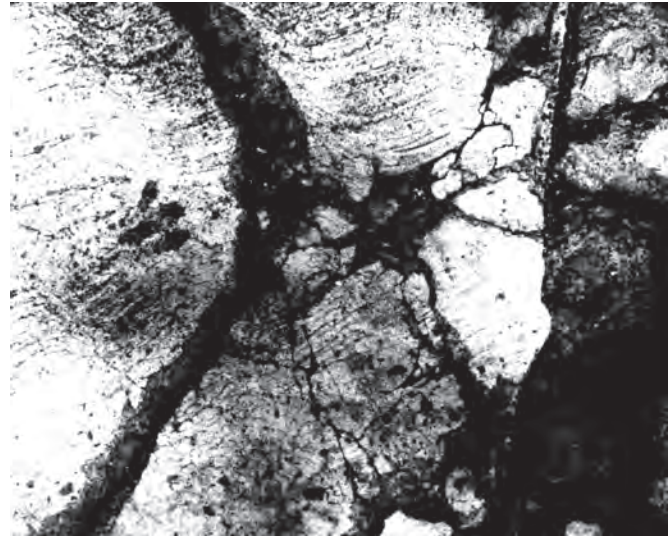
Las metrópolis que representaban en sus calles este ángulo recto (más allá de los masones), esa ofuscación de intensidades y sorpresas, esa necesidad por el orden y la estricta razón, eran repudiadas por los decadentes. Para ellos tanto orden impuesto asimismo era sinónimo de carencia de arte. Tanta virtud científica escondía rasgos humanos. Olvidaba el humanismo en pos del orden y la rectitud. Y la modernidad a que pertenecían soñaba mucho con ello. Y las ciudades modernas, ya se consideraran copias u originales, también. Por ello su entusiasmo no estaba con esa geografía ni esa temporalidad.

De una reseña publicada por aquella misma revista (1987 [1902]: 105), respecto a un libro decadente editado en Montevideo que buscaba retratar algunos pasajes parisienses cercanos a la bohemia, es posible extraer los elementos de una urbe que sí interesaban a los decadentes: "Los boulevares, la nieve, la *foule* que se agita bajo la luz caliente de los mecheros, las grandes vidrieras iluminadas, el Sena, los árboles escuetos, el Moulin Rouge, las mujeres de ojeras hondas y labios ajados, el *absinthe* y los viejos bohemios, eternos protagonistas de novelas sentimentales..."

La contradicción y la paradoja. Personajes periféricos que dan vida al fondo ordenado y radiante de la ciudad. Seres marginales que se vuelven el alma de un cascarón que desea ser cada vez más rectilíneo. Los personajes sorprendidos que ponen en jaque a la ciudad moderna y la convierten en singularidad.

En la novela *El enemigo*, escrita justo en el cambio de siglo (es decir, en 1900), de Efrén Rebolledo, se localizan brillantes dentelladas de la crítica simbólica. A Rebolledo no le interesan las novísimas construcciones porfirianas. Su deleite va hacia un lado muy concreto y que para los liberales, los positivistas o los nacionalistas sonaría retrógrada: el pasado colonial cargado de catolicismo. Sin embargo, la diatriba elaborada por Rebolledo en su novela sólo cumplía con un giro decadente más: elevar al pasado como un refugio frente al modernista (y considerado vulgar) presente.

Rebolledo terminó de escribir *El enemigo* cuando tenía 23 años. Para ese momento ya había viajado de su oriundo Actopan, Hidalgo, a la ciudad de México. Había estudiado leyes y formaba parte del grupo que crearía la *Revista Moderna*. En 1902 su libro *Cuarzos* vio luz en Guatemala. En 1907 apareció *Joyeles*, volumen compuesto de dos obras poéticas: "Hilo de corales" y "Cuarzos", editado en París. En ese mismo año nuestro autor se fue a Tokio, donde dos años después publicaría *Rimas japonesas* y luego, en 1910, *Nikko*, además de la novela *Hojas de bambú*. De regreso en



México, en 1916 publicó, entre otros, *Caro Victrix* (1916) y *Salamandra* (1919).

Es probable que "el enemigo" sea Gabriel, un muchacho que cree albergar sólo sentimientos honestos, pero que comienza a vivir la sedición del enamoramiento. Clara Medrano, otra adolescente que pertenece a una familia igual de virtuosa, es el objeto del deseo. En la novela se libra una batalla entre esas dos oposiciones: el deseo voluptuoso que intenta emerger y rasgar todo decoro, y la interpretación religiosa y racional de aquel que provoca tales sentimientos. Conforme la historia avanza, Gabriel logra un acercamiento con Clara, aunque de peculiar manera: le regala vestimentas de religiosa, la imagina como una virgen pura, para intentar huir de la pasión terrena. Pero todos sus esfuerzos son inútiles, incluso contraproducentes. Conforme la joven se acerca más a una imagen católica, más despierta el sentimiento impuro en Gabriel, hasta el punto de cerrar la historia con una suerte de violación con mucho de arrebato místico.

Durante los reiterados momentos en que Gabriel intenta evitar a Clara, realiza prolongados paseos por la ciudad de México y se fija en exclusiva en los edificios religiosos. La fe católica, como detonante de pasiones sin trabas hipócritas, toma en esos paseos una nueva dimensión. El pasado arremete de nuevo contra el vulgar tedio de la civilización. La crítica instaurada con la predilección de lo antiguo sobre lo moderno señalaba la repugnancia que sentía por la modernidad pujante, por la tecnología que había destruido todo espiritualismo, por la ciencia que deshumanizaba en forma rasera, por un estilo de vida aséptico que, con el positivismo instaurado en México, se volvía el modo *correcto* de pensar y sentir.

En medio de un juego sensual-sacro que arranca desde el nombre, Gabriel observa a su amada en la iglesia del mismo nombre: Santa Clara. Clara, a la que busca convertir en santa para alejarla del deseo carnal que le produce y con la que ocurre lo contrario. La liturgia olvidada por el mundo moderno se va convirtiendo en deseo. Gabriel relaciona su pasión con el edificio religioso. Reclama la desidia que aquellos espacios religiosos, otrora excelsos, han sufrido en ese cambio de siglo:

Aquel templo, hoy tan abandonado y profanado, había sido en otro tiempo un jardín místico que respiraba arte y recogimiento, y también un claustro dentro de cuyos macizos y pesados muros resplandecían en la sombra flores exquisitas de hermosura y de castidad.

Miraba la esbelta nave, los altares estucados de blanco y oro, las dos puertas mirando hacia el Norte, la hermosa arquitectura, obra de un artista apellidado con razón el maestro de los maestros; e imaginábase el convento con los cuadros que adornaban los muros de sus corredores; el célebre López¹ había producido sus mejores lienzos para engalanarlo, y las telas dentro de sus marcos de doradas molduras, resaltando en la limpieza de las paredes, hablaban a las religiosas que por allí discurrían, de belleza y adoración.

Cuánta paz respiraría aquel convento habitado por sencillas y castas vírgenes, cuya vida era la delectación del Esposo. Todas habrían sido graves y muy bellas; pálidas y marchitas, como las azucenas que florecen a la sombra; cumpliendo las reglas con estricta observancia; recogidas en su celda, o reunidas en la tribuna asistiendo a las ceremonias del culto, o marchando por los corredores en silenciosa procesión, llenas de amor y bondad, dejando despedir de sí su aroma de místicas violetas.

La nostalgia del pasado como sentimiento contra la utilidad del presente. Y luego el lamento del olvido en aras del progreso: "Hoy ya no existe el convento como tampoco una capillita en forma de pequeña rotonda dedicada a la Concepción, según el decir de un bajo-relieve; lo que antes era claustro había sido convertido en casa de vecindad y las monjas expulsadas de sus celdas; la capilla trocada en

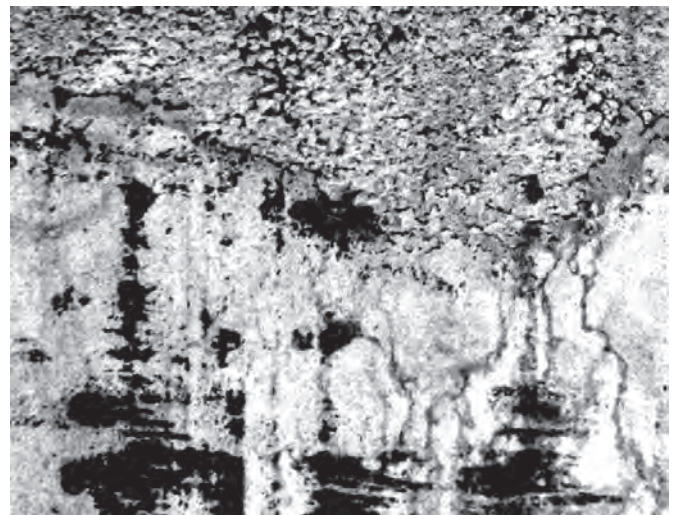
¹ Se refiere a Andrés López, pintor de la segunda mitad del siglo XVIII, discípulo de Miguel Cabrera, de quien destacan murales decorativos como *La Virgen del Apocalipsis* y *La Asunción*, ambos de 1779. Su obra cumbre, realizada junto con su hermano Cristóbal, es *Vía crucis*, ubicada en la iglesia del Encino, Aguascalientes.

lugar de comercio; los muros de la iglesia pintorreados al exterior con anuncios de casas mercantiles; nada de lo que fue antes" (Rebolledo, 1968 [1900]: 149).

Frente al repudio de una flamante era, Rebolledo elabora una redención entre exquisita e histórica. El arte parsimonioso, cargado de enigmas, constituía un buen refugio frente a la modernidad deseosa de resolverlo todo. El misterio pasional también era cercano a la reconstrucción que los decadentes hacían de las arcaicas religiones. Espacios donde el bien y el mal convivían en constante pugna. Donde la contradicción no era olvidada por el idealismo positivista. Arte y adoración enarbolados contra la modernidad pragmática.

Bibliografía

- Acevedo Escobedo, Antonio, *La ciudad de México en la novela*, México, DDF, 1973.
- Argüello H., Santiago, "Viaje al país de la decadencia", en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, ed. facsimilar, 6 vols., México, Dirección de Literatura-Coordinación de Difusión Cultural-UNAM, 1987 [1902].
- Arróniz, Marcos, *Manual del viajero mexicano*, ed. facsimilar, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1996 [1852].
- Benítez, Fernando, *La ciudad de México, 1325-1982*, México, Salvat, vol. 2, 1982.
- Gutiérrez Nájera, Manuel, *Los imprescindibles*, México, Cal y Arena, 1996 [1883].
- Orozco y Berra, Manuel y José María Lafragua, *La ciudad de México*, México, Porrúa (Sepan cuántos...), 1998 [1856].
- Ortiz, Tadeo, *México considerado como nación independiente y libre*, Guadalajara, Instituto Tecnológico de Guadalajara, vol. 2, 1952 [1832].
- Rebolledo, Efrén, *Obras completas*, México, Bellas Artes, 1968.
- Revista Moderna. Arte y Ciencia*, ed. facsimilar, 6 vols., México, Dirección de Literatura-Coordinación de Difusión Cultural-UNAM, 1987 [1902].



Salvador Novo

José Joaquín Blanco*

En sus últimos años, Salvador Novo reunió en un volumen sus libros “y me miro en ellos”, decía, “más que como un espejo apagado, como en los retratos que en un álbum conservan, irónicos, un rostro que ha ido gradualmente deformándose”.

El propio Novo señalaba las virtudes de aquel retrato original, tanto mejor cuanto más joven, que representa el estilo de sus *Ensayos* (1925):

Tenía prisa de plantarse en la vida; por acompañar de poemas su emancipación, su acto de presencia [...] este desparpajo, esta adjetivación sorpresiva, este juego con las palabras y las imágenes, aptos a romper los moldes secos y quebrantados de un cascarón gramatical ortodoxo [...] un narcisismo autobiográfico no carente de desolación; una premiosa voluntad de ruina (“si yo hubiera tenido fuerzas a tiempo” exclama en *Return Ticket* el personaje cuando aún lo era de tenerlas), una inclinación avestrúcica a cancelar el mundo hostil o difícil, por el medio expedito y elemental y pasivo de hundir el cráneo en la erudición o en su semblanza.

Tal era el “Joven” Novo, más de nuestra época que de la suya. Actualmente sus libros aceptarían de inmediato la inclusión académica, cuando el éxito de la semiología nos permite considerar “serios” y de “buen gusto” los ensayos sobre la moda y los medios masivos de comunicación, cuando hay tesis doctorales sobre el lenguaje de la ropa, de los gritos histéricos del público en un recital de rock o en un campeonato boxístico.

La novedad de Novo (“novocablos, novo amor”) resultó tan abrumadora, incluso para él mismo, que de pronto vio que su espontánea juventud ardía y lo expulsaba, nueva mujer de Lot, sin poder siquiera voltearse a mirarla. Empezar desde tan alto casi implica el despeñadero. El ideal romántico que ensalza la juventud conlleva el requisito de morir joven, como López Velarde, para no sufrir la vergüenza del regreso y de la decadencia.

Se diría que los grandes libros de verso y prosa de Novo confiaban en que se cumpliría ese requisito trágico: están escritos con tal despilfarro de energía, con tales ganas de decirlo todo hasta el último centavo; construyen sus atolladeros a cada renglón, a cada párrafo: obstáculos cada vez más difíciles como si deseara quedar abolido en alguno de ellos. El futuro no le importaba a Novo: no hay ahorro intelectual, no hay madurez, no hay planeación. Todo aho-

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (blancoj2@gmail.com).

ra, de una buena vez, en una sola carta. Esta firmeza de personalidad y estilo da la impresionante solidez de sus libros, que no prometen ni anuncian nada, sino casi concluyen, logran: dejan finiquitado con todos sus puntos y comas un estilo que es, de inmediato y sin concesiones, una personalidad.

Todos los ensayos son ostentadamente autobiográficos. La primera persona, la misma primera persona siempre: irónica, inteligente, libresca, desdeñosa, dandi, frívola, va recorriendo, como si fueran textos, las cosas de la realidad o de la imaginación que la emocionan, aunque el lector descubra que lo que le importa no es la cosa emocionante sino la persona emocionada, pues a Novo le entusiasmaba más autorretratarse que describir el objeto criticado. *En defensa de lo usado* (1938) sigue la misma técnica, y también los libros de viajes y memorias: *Return Ticket* (1928), *Jalisco-Michoacán* (1933), *Continente vacío* (1935) y *Éste y otros viajes* (1951). Por ello quizá la obra maestra de Novo fue su personaje, un personaje obviamente superior, en eficacia y variedad de recursos, a los de sus compañeros: personaje homosexual y agresivísimo, escandaloso y edificante, culto y vulgar, marginal y *high society*. Tan fuerte era ese personaje que los otros contemporáneos no querían verse contaminados por él y prefirieron excluirlo de las apariciones públicas del grupo, aunque Novo terminó siendo su representante ejemplar.

Novo se identificaba con el siglo xx que amanecía: el radio, la publicidad, el tenis, el boxeo, los *box-spring*, el divorcio, el idioma chino, “el buen té y la poesía de Vachel Lindsay”, el cine, los edificios altos, *New York*, el buen gusto de la banalidad (como escribir un poema “a la primera cana”), anteojos contra el sol, mujeres prácticas y temperamentales, los generales tras chicas sin medias, *lady Godiva*, el chicle, el té Lipton y el perfume Coty, la máquina y la técnica, epigramas sonoros como “los mexicanos las prefieren gordas” fueron configurando a ese poeta y prosista cuyo primer proyecto literario (un relato-crónica de su vida en la ciudad de México) se llamaba, precisamente, *El joven*: “En 1900”, escribe Villaurrutia, “vivíamos nuestra Edad Media del tránsito, oscura y delicada. En los ferrocarriles, en los conductores de tranvías, encuentra el Joven de Salvador Novo los precursores del Mesías-Chofer”.

La bicicleta no fue sino un animal de transición, un ornitorrinco que duró el tiempo que duran las rosas. Se oía el taf-taf de los Renault y aparecían sobre ellos los primeros *chauffeurs*, lentos y torpes como sus máquinas. El chofer no había llegado aún, aunque no tardaría. Nacía,

por fin, con la Revolución, ese nuevo tipo de hombre que hallaba en el Ford un instrumento construido a su escala. Y éste sería el principio de una carrera desenfrenada que dura todavía.

Es obvio que a Novo (y a Villaurrutia también) se le hacía tarde por que acabara el país rural y revolucionario y la ciudad de México se adecuara a aquellas atmósferas citadinas que sus novelas estadounidenses y europeas, las películas novedosas, su propia imaginación le hacían envidiables. Así, conforme pasaron las décadas, hasta llegar al periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho, que reseñó felizmente en sus columnas periodísticas, fue logrando esa ciudad de México, del *Tout-Mexique* que en ese sexenio parecía florecer, aún transparente y meridiana como una urbe pequeña y sin contaminación, antes de desbordarse, ensuciarse, complicarse en ese monstruo en el cual el Novo viejo ya no se reconoció, que ya ni siquiera conoció.

Porque la ciudad de México o la ciudad del *Tout-Mexique* (diría luego, en referencia a la ciudad de Manuel Gutiérrez Nájera, a por qué éste excluyó las zonas de miseria y a los trabajadores de sus crónicas), que es el tema, por demás autobiográfico, de su primer libro, iría avanzando con él por toneladas de colaboraciones periodísticas; le daría el título del libro más conocido y celebrado de toda su obra, *Nueva grandeza mexicana* (1946), y el título oficial que lo configuraría como cronista de la ciudad de México y lo vería envejecer en una pantalla de tv durante el sexenio de Díaz Ordaz, así como celebrar al ejército y al presidente de 1968. Entonces, como la propia ciudad, Novo seguía viviendo de la identidad, relativamente idílica, de décadas atrás, que ahora le servía de consuelo ante la realidad cotidiana.

Como se ve, Novo era el que se consideraba escritor o crítico cultural en el sentido más amplio, menos literaturizado del término; el que hacía literatura con temas y procedimientos y mitos no-literarios. En sus mejores años hablar de literatura le habría parecido un pleonismo. La literatura se hace con lo que no es literatura. Soy tan literario yo mismo, habría respondido, que no tendría caso hacer literatura con algo que lo sea sin mi colaboración. Por el contrario, Novo gustaba del reto, de hacer literatura de lo más antiliterario, de lo más arriesgado. Malbarataba su talento, lo echaba por la ventana: cine, radio, publicidad, periódicos, tertulia, cartas, chistes, epigramas, autobiografía, miles de artículos periodísticos. A finales del periodo de Ávila Camacho, sin embargo, cuando go-

zaba ya del poder oficial y de un buen capital, se retiró a un descanso académico y a una canonjía: el Departamento de Teatro del INBA.

Ahora no quiero hablar de la literatura de Novo, sino del paso del tiempo, en especial respecto a la *Nueva grandeza mexicana*, su mejor crónica de la ciudad.

La leí por primera vez hace 40 años. La fama televisiva de su autor me hizo comprarlo con sentimientos encontrados. Los muchachos con pretensiones culturales suelen ser moralistas y, en efecto, me molestaba el papel cortesano, conformista, adulator del poder y de la riqueza que jugaba el cronista de la ciudad. ¡Qué diferente de León Felipe, por entonces mi poeta favorito!

El volumen, sin embargo, me fascinó. Su conocimiento pleno de la ciudad, su variedad (de la fachada del Sagrario al fútbol, los sándwiches y el danzón), su sentido del humor, su atrevida manera de permitirse inmoralidades e insolencias de la manera más elegante. Y su amable naturalidad expresiva.

Novo tuvo en este libro una inspiración feliz. Lo escribió en unos cuantos días, para ganar un concurso oficial. En lugar de ponerse académico o de erigirse en museo, o de urdir revoluciones y experimentos literarios, encontró la solución perfecta: imitar una guía de turistas.

Tomó el truco de dos libros coloniales: *México en 1554*, de Francisco Cervantes de Salazar (un habitante de la ciudad guía a un amigo forastero por los sitios principales, y conversan) y la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena (un catálogo encomiástico de asuntos capitalinos). Así, con el pretexto de pasear a un amigo regiomontano, Novo conversa sobre su manera de vivir en la ciudad de México durante unas 80 o 100 páginas.

El conversador era inmejorable. Pero de nuevo yo refunfuñaba: ¡cuánta autocomplacencia, cuánto triunfalismo, cuánta propaganda gubernamental! Aunque fue escrito y publicado en 1946, antes de Uruchurtu, leído en 1966 parecía un himno uruchurtiano. Y ya entonces la ciudad resultaba invivable: todos los servicios estaban sobresaturados; escaseaban el agua, el empleo, la vivienda; el tráfico era infernal; todo se hallaba archirreglamentado, cuando no prohibido: hasta en el corte del pelo y el tipo de ropa nos andaba vigilando, regañando, amenazando el gobierno.

Es probable que desde la década de 1940, desde siempre, la ciudad tuviera estos infiernos; a final de cuentas, la misma ciudad que cantaba Novo con tal entusiasmo es la que Buñuel encontró tan insufrible en *Los olvidados*, de 1950. El

fuerte de Novo no era la crítica social... salvo para burlarse con saña del socialismo. ¿Cómo se atrevía a hablar tan bonito de la horrenda ciudad?

Sin embargo, releída ahora, a 50 años de su escritura, *Nueva grandeza mexicana* puede sorprendernos desde otro flanco. El de combatir la obsesión tremendista sobre la ciudad en que nos hemos enfangado desde hace tres décadas. Más allá de todo ribete propagandístico, que los tiene, surgió de una genuina actitud amorosa y de hartas ganas de vivir con alegría en la ciudad de México. Y eso se nos ha olvidado en la enorme cantidad de crónicas y novelas urbanas contemporáneas. Y en la conversación. Hasta en los pensamientos.

No se trata de negar la catástrofe de su desigualdad social, su explosión demográfica, su especulación inmobiliaria, su crecimiento truhán y desordenado, su desgobierno, su miseria, su violencia. Desde luego todo ello abunda, en proporciones ciertamente espantables. Pero la vida sigue. No nos esperará hasta que se nos pase la muina. Y una cultura urbana que se estanca en la obsesión de la amargura no es camino de supervivencia. Efraín Huerta nos enseñó los cantos de odio a la ciudad. Magnífico... aunque ya los hemos repetido, cada vez con mayor histeria, durante tres o cuatro décadas. ¿No sería hora de asomarnos también a los cantos de amor, de relax, de buenos ratos, que escribió Novo?

Nueva grandeza mexicana, aunque celebra glorias oficiales (¡oh, el MSS nuevecito de 1946!), apenas lo hace de pasada. Celebra más bien los mercados, las fondas y restaurantes, las calles, los parques, las viviendas, los cines, los teatros, las cantinas, los edificios, las costumbres, el lenguaje regional, los barrios; cómo la gente se come una torta en Chapultepec o se va de parranda a un cine atiborrado o a un cabaret de bailadores entusiastas; cómo se echa novio o una festejada; cómo la gente soporta la ciudad, ya difícil, y le saca a todo el mejor disfrute que puede.

Una actitud del todo diversa de la mientamadres que solemos tener las 24 horas de los 365 días hacia nuestra ciudad. Novo, así, quien parecía el colmo del conformismo, nos invitaba ahora a un cambio mental, emocional. Volvía a ser, como en su temprana juventud, casi revolucionario.

Un aspecto colateral de la escritura de Novo, del que no suele hablarse a menudo, es su relación con la cocina. ¿Algún día los melómanos dejarán de desgarrarse las vestiduras por la traición de Rossini, quien de plano abandonó la ópera por la cocina? ¿Frivolidad, dandismo, contraculturalismo *avant-la-lettre*?

Bueno: la cocina ya estaba en Rossini, como en sus tan gustadas arias jocosas: grandes pasteles melódicos sobre nada (*Una voce poco fa*), sus ensaladas locas con todo el coro (aderezadas con la densa especie de los bajos), que exageran esa burla de la música dentro de la propia música, iniciada por Mozart con Papageno (*La flauta mágica*) y Leporello (*Don Giovanni*). En las óperas de Rossini siempre está el gordo y feliz cocinero cantando en broma sobre su cacerola; digo, cuando no se mete de plano a la cava del palacio, como en *La Ceneretola*.

Salvador Novo no sólo abandonó la literatura, sino la política, por la cocina. ¿La estufa de gas, los hornos y los refrigeradores tienen razones que no comprende la filosofía de los seriesotes? Ciertamente, la cocina ya estaba en él, en la prodigiosa confección de sus ensayos más tempranos, de sus sátiras, de sus anécdotas. Había en Novo, como él mismo lo confiesa, “una voluntad de ruina” temprana. A cada rato lo abandonaba todo para dedicarse, ahora sí, a la Gran Obra que nunca escribió (su magnífica obra dispersa se fue escribiendo, casi en forma involuntaria, en su periodismo, en sus versos satíricos o sentimentales). En 1946 se hizo construir un estudio en su nueva casa de Coyoacán para dedicarse a sus memorias (*La estatua de sal*), que dejó inéditas y probablemente inconclusas. Muchos años antes, añoró escribir una novela sobre su juventud, o sobre un día de su juventud en la ciudad de México.

En 1952, al concluir su tormentosa gestión como director de teatro de Bellas Artes, que lo enemistó con algunos de sus viejos compañeros de los contemporáneos, soñó con independizarse del presupuesto, lanzarse en serio como empresario-director teatral independiente y como dramaturgo, y poner un *petit théâtre* para ricos, La Capilla. Curioso proyecto: un teatro de vanguardia para los banqueros y sus esposas, para los secretarios de Estado y sus esposas, y desde luego para la esposa de Ruiz Cortines y sus filantrópicas amigas. (Acaso no sabía entonces que la corte ruizcortinista-uruchurtista pasaría a la historia como la más mojigata del siglo.)

¿Fue el crítico o el cómplice de *La culta dama*? En algún momento nos sobresalta al confesar que la principal característica de su teatro vanguardista de La Capilla consistía en no “fastidiar” a las señoras del *establishment* con escenas “morbosas”. Ah, cuando los caminos de la vanguardia y la cultura independiente desembocan en la alta sociedad... ¡Y esto en la época de Jean-Paul Sartre, de Albert Camus, de Jean Genet, de Tennessee Williams, del “teatro del absur-

do”, del Berliner Ensemble de Brecht! ¡Que el teatro culto y moderno no fuera a molestar a doña María Izaguirre de Ruiz Cortines!

Durante varios años, con enorme dificultad, aun apoyado por banqueros, secretarios de Estado, millonarios y el mismísimo regente Uruchurtu, trató de sacar adelante su experimento teatral. No pudo.

Debemos convenir en que, si bien no desapareció el talento del humorista en ellas, sus obras de teatro constituyeron lo menos afortunado de Novo (*La culta dama*, *Yocasta o casi*, *A ocho columnas*, *La guerra de las gordas*, *Diálogos*, *El espejo encantado*, *El sofá*, etcétera). Compartió con Villaurrutia y con Revueltas este no correspondido amor por las tablas.

Como director, aunque llegó a poner de manera temprana en escena *Esperando a Godot*, de Beckett, quedó más como precursor que como fundador de nuestro teatro moderno, que prefiere reconocer su arranque definitivo en *Poesía en voz alta*. (De cualquier manera, “nuestro teatro moderno” no vale gran cosa.) Pero la experiencia de La Capilla no fue vana, porque lo llevó a donde en forma real pero involuntaria quería: a la cocina.

Novo siempre fue un espléndido cocinero, amigo de cocineros y restauranteros, coleccionista de recetarios y de memorias de *gourmets*. Era su *hobby*. Y hay *hobbies* tremendos, más apremiantes que las pasiones. Cuando quedó más que claro que, pese a los donativos y a las altas influencias, su pequeño teatro resultaba siempre deficitario, urdió adosarle un restorán de lujo que lo financiara, también en La Capilla. Ese restorán, más que el teatro, se asentó como un centro famoso de la vida social capitalina en la década de 1950.

Dejemos las anécdotas. La literatura misma lo confiesa. Muy pronto, en los artículos que escribía para la revista *Mañana*, que se han editado en el primer tomo, prologado por Antonio Saborit, de *La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, la cocina empezó a ganarle al teatro.

Mientras que las referencias a las puestas en escena, a las grillas de los actores y de los sindicatos de utileros y acomodadores, a los espectadores ilustres que asistían de incógnito o con gran cortejo a su maternal promoción (tan exagerada) de Emilio Carballido y de Sergio Magaña, etcétera, se volvían reiterativas e insípidas, las páginas de bravura cocinera se apoderaban del prosista.

Novo sabía escribir magníficamente de cualquier cosa. En *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro*

Cárdenas tenemos a un analista político de primera magnitud. En otros tomos admiramos al cronista urbano, al ensayista filológico, al poeta de la modernidad.

En este primer tomo de la época ruizcortinista Novo demostró que podía escribir (¡y cómo se divertía al presentar a las musas con delantal, entre las sartenes y las ollas!) sobre la cocina: una obra mucho mejor y más variada que la que más tarde nos daría en un tomo que prometía mucho y resultó un mero álbum apresurado de recetas y pasajes ajenos: la *Historia gastronómica de México o Cocina mexicana*.

Exploremos este idilio-con-apocalipsis a que dio lugar una paella que preparó para Carmen Toscano, en la casa de Las Lomas, que estaba prevista para el rancho de Ocoyotepec, si bien aquel día no hubo agua (27 de diciembre de 1952):

Se necesitan dos horas y media de trabajo para una paella, de modo que yo pasé por Concha Sada –que fungiría de pinche– a su casa, y nos presentamos a las doce en la de los Moreno Sánchez. Que ya nos tenían todo relativamente listo: el aceite, las carnes, los mariscos, las verduras, el azafrán, el arroz; y la leña y la paila. Manuel, que evidenciaba un formidable catarro, daba órdenes a sus mozos, y sus chicos y chicas “se acomodían” a allegar al jardín lo que yo iba pidiendo. El primer aceite se nos volvió un incendio, tanto porque los mozos arrimaron demasiada leña, cuanto porque yo suponía que ya estarían listas las costillas de cerdo cuando vertí el aceite –y apenas iban a descongelarlas–. Hubo algún otro y menor tropiezo porque en la cocina habían amanecido sin gas, y era necesario improvisar braseros y fogatas por otros lados para contar con agua caliente y para tostar el azafrán. Pero a partir de entonces, todo fue sobre ruedas, como conviene a los tranvías [Moreno Sánchez había sido director de los tranvías] hasta el momento en que, fiado en que todo lo que quedaba por hacer era aguardar a que el arroz se cociera en paz y lentitud, asentándose por sí mismo entre los jugos de las carnes y alcachofas, me trasladé a la cocina a batir la vinagreta para la ensalada. Fue entonces cuando Concha aprovechó mi momentánea ausencia para intervenir en la paella. Juzgó que convenía meter la cuchara en aquella ebullición, y con el lego auxilio de Manuel, revolvió las carnes y los mariscos, alteró el orden apacible, estableció el caos. Cuando volví, el espectáculo era desolador.

Parecía que ya se hubieran servido. Era imposible coronar la obra de arte con los pimientos morrones y con su espolvoreo de perejil. De un Velasco, aquello se había convertido en un Orozco.

Más adelante (10 de enero de 1953) Novo confía a sus lectores la verdadera receta del pavo asado. Impartidas las instrucciones (limpiarlo, secarlo, rellenarlo y untarlo con una pasta de mantequilla, harina, sal y pimienta, “como cuando las señoras se untan su crema en la noche”, y ponerlo en el horno precalentado a 450 grados por 10 minutos), no sólo le gana la musa lírica, sino también la erótica: tras dejarlo sobre una parrilla en el horno a 350 grados (una hora por cada dos kilos de peso bruto), “usted retira del horno una delicia dorada, cubierta por un tenue velo de campechana crujiente, y cuando a la mesa lo zaja, se ve escurrir de lo más íntimo del agradecido animal la más deleitosa esencia, el jugo más rico y natural, que ha impregnado su carne y la ha conservado tierna, húmeda y sávida, como no se obtiene por el erróneo procedimiento de extraerlo por capilaridad cuando por la ambición de conseguir una salsa insípida y sucia, se chorrea con caldo el asado durante el proceso”.

Los versos tampoco se alejaron de la estufa. Novo pretendía haber leído un soneto “anónimo” en favor del menudo en un restorán sonoreense de la avenida Álvaro Obregón, cerca del cine México.

Me sospecho que el anónimo poeta era el propio Salvador Novo:

¡Oh sabroso menudo, te saludo
en esta alegre y refrescante aurora
en que reclamo alimentos, pues es hora
en que tú estás cocido y yo estoy crudo!

Manjar tan delicioso, jamás pudo
colocar en su mesa una señora,
con más razón si es dama de Sonora,
la tierra favorita del menudo.

Por eso te distingo y te respeto,
por eso te dedico este soneto
de tu grato sabor en alabanza.

Canten mis versos frescos y elocuentes
en honor de tus cinco componentes:
caldo, pata, maíz, tripas y panza.

Fotografía y modernidad en México. De precoces y rufianes

Rebeca Monroy Nasr*

Para Anna Ribera y Gaby Pulido, con gratitud.

Una provocación argüida por John Mraz generó una serie de discusiones que hoy es necesario revisar. Mraz, como investigador y especialista en fotoperiodismo mexicano, y dado el caudal de publicaciones sobre fotografía surgido como producto de la revisión y replanteamiento del centenario de la Revolución mexicana, lanzó esta pregunta: “¿Es que acaso la fotografía moderna o modernizadora (*modern photography*) se inició en México?” Y a cuenta de qué podemos pensar nosotros que nuestro país sería el eje rector o fundador de imágenes innovadoras o vanguardistas del siglo xx. Éste es uno de los temas a discutir y argumentar desde la trinchera de la imagen fotográfica y su análisis puntual.¹

El término moderno nos remite a una era de la historia del mundo occidental que para algunos estudiosos comenzó en el siglo xv, con la caída del feudalismo y el medioevo, y para otros surgió en el siglo xviii, con el periodo conocido como la Ilustración, que derivó en la explicación del individuo, la razón, “así como la idea de progreso continuo”. Explica Ignacio Marván (2010: 11-14) que, sin embargo, la idea de modernización, que viene más al caso con el tema que pretendemos desarrollar en la fotografía mexicana de la Revolución, “como categoría de análisis histórico de los procesos de cambio, nos ubica de inmediato en un momento y en un lugar determinado, y está vinculada a la noción de poner al día o actualizar un determinado estado de cosas con respecto a cambios o tendencias de reforma que están sucediendo o están presentes en el mundo”. Por su parte, Luis Villoro (1992: 7-8) considera que la

[...] modernidad tiene muchos sentidos. En todos los tiempos se ha usado para distinguir la novedad, que irrumpe en la sociedad establecida y anuncia un cambio de la reiteración de las formas de vida que continúan en el pasado. En ese sentido, las “vanguardias”, las propuestas de pensamiento suelen calificarse de “modernas” [...] cualquiera que sea su contenido. Pero en otro uso del término por “moderna” entendemos una época de la historia de Occidente que sucede a la Edad Media, como la forma de vida y de pensamiento propios de esa época.

En el caso que nos ocupa, en cuanto a si la fotografía en México tuvo su propio ritmo de modernización, me atrevo a decir que sí y procuraré mostrarlo en este trabajo; incluso me propongo

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (remona@mac.com).

¹ Este ensayo surgió como producto de una presentación y discusión realizada en la Universidad de Princeton en noviembre de 2011, junto con otros especialistas estadounidenses, bajo el nombre *Did Modern Photography Begin in Mexico?*, y es el primer acercamiento a un ensayo mayor que se está trabajando y del cual habrá que profundizar con mayor puntualidad ante lo delicado y audaz del tema.



Fotografía 1 Fotografos de prensa en la clausura de la primera *Exposición del arte fotográfico Imagen La Semana Ilustrada*, diciembre de 1911, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, DEH-INAH

mostrar que se llegó a modernizar bajo la mirada de los fotógrafos de nuestra Revolución. Por ello menciono que utilizaré el término general de “modernismo” siguiendo la idea de que se trata de cambios visuales, iconográficos, conceptuales y de matriz o factura los que hemos de encontrar, y que irrumpen como propuestas de renovación desde el pensamiento, las formas y el estilo de representación. Además, me enfocaré en el ámbito del fotoperiodismo como la herramienta de ese cambio y propuesta modernizadora del discurso fotográfico en la primera década del siglo xx.²

Es importante señalar una tesis que he sostenido por años, referente a que en el caso de los fotógrafos documentales (aquellos que fotografían el evento sin una certeza clara de la venta o publicación de su material) y los fotoperiodistas (aquellos con la certeza de publicación, que incluso son enviados por la fuente editorial a cubrir el evento),³ durante la Revolución mexicana y sus alrededores representaron

² El retrato, en ese quiebre del siglo y en esos primeros años, no experimentó cambios drásticos en su manera de realización, sino fuera del contexto de los gabinetes o estudios fotográficos, es decir, en el entorno del fotodocumentalismo y fotoperiodismo generado a consecuencia de la propia revuelta armada de 1910.

³ En ambos casos la definición se da por el uso social de la imagen, por el concepto original con que fue captada y el uso social primigenio de la imagen, que en un primer momento determina si es fotodocumental o

una fuente testimonial para los fotógrafos. Los hubo quienes abandonaron o se trasladaron de su gabinete fotográfico a la calle, como fue el caso de Antonio A. Garduño; otros derivaron de su experiencia anterior, como Víctor O. León, Agustín Víctor Casasola, Miguel Casasola y Luis Santamaría.

La búsqueda en las fuentes hemerográficas originales, así como en los archivos y acervos nacionales, ha dado grandes frutos para la comprensión de las formas y estilos de fotografiar en ese periplo mexicano. A su vez, en el marco del centenario de la Revolución mexicana surgieron libros de valiosa labor que permiten comprender el antes y el después de la fotografía documental y de prensa de la época.⁴ Estos textos, aunados a los acervos e imágenes originales, nos han permitido asomarnos de manera intertextual a los matices de esa historia que por muchos años pareció ser patente de la familia Casasola y que ahora se desvela de otra manera,

fotoperiodismo. La primera se resguarda en el acervo particular; la segunda, por lo general, pasa a formar parte del archivo de los periódicos o revistas que los financiaron. La conciencia histórica es capaz de mover a ambos intereses en común. Es el resultado inmediato el que lo define.

⁴ Entre ellos destacan los de John Mraz, Ariel Arnal, Miguel Ángel Berumen, Claudia Canales, Laura González, Alberto del Castillo y Samuel Villela, así como ensayos presentados por Daniel Escorza e Ignacio Gutiérrez en revistas especializadas.

donde podemos descubrir las múltiples facetas de los fotógrafos *reporters*, sus fuentes de trabajo, así como abreviar en las nuevas actividades que se abrazaron durante esos años.

Uno de los momentos sintomáticos de esa incipiente modernización fue la exposición del *Arte fotográfico*, realizada en 1911, donde por las fotografías que entraron en exhibición se percibe que el género fotoperiodístico no mostró su mejor rostro (fotografía 1). Allí se asomaron más bien las fotografías de género paisajístico, arquitectónicas, de retratos de niños disfrazados de mestizos, de saltos de agua, si bien hubo unas pocas que dejaban ver el otro lado de la moneda, el cual empezaría a privar en las formas y estilos de fotografiar.

Manuel Ramos incluyó el retrato del rural que se asoma a la ventana, publicado por *Revista de Revistas* en 1911. Este rural presenta signos de otro modo de ver el retrato *in situ* y contextualizado; sea posado o no, el encuadre presenta a un hombre que mira a la ventana en un primer plano y deja en eco visual el segundo plano, con lo que muestra la fuerza de los rurales o de la policía federal en plena Revolución. También se asoma por ahí una imagen de Madero dialogando con Bernardo Reyes, uno de los pocos retratos de tintes polí-



Fotografía 2 Tina Modotti retomó los temas populares al igual que su maestro Edward Weston, como los títeres callejeros. Ya la Revolución había anunciado algunos de estos temas **Imagen** Sinafo-INAH

ticos, que anunciaba la que sería una de las vetas más sólidas del fotoperiodismo desde ese año y a lo largo del siglo xx. Al final encontramos otras imágenes que denotan un poco más de modernidad por su puesta en escena: la primera es una de la cámara de Agustín Víctor Casasola, que muestra a un caballo en pleno vuelo, al saltar un obstáculo, y en la que se comprende la intención de captar la instantaneidad pese a que la fotosensibilidad y la velocidad del obturador en esos años aún se veía muy comprometida. Esta imagen denota ya el interés por la aprehensión de una realidad cambiante, instantánea y del momento preciso.

El segundo ejemplo es una imagen de las cabezas recortadas de unos caballos, presentada por uno de los fotógrafos más tradicionalistas y de cepa clásica, un pintor que en ese momento era el profesor y fotógrafo de la Academia de San Carlos: Antonio A. Garduño mostró esa fotografía que anunciaba ya la estética del fragmento que se concretaría en la década de 1920 por parte de las vanguardias fotográficas en México, con la presencia de Tina Modotti y Edward Weston (1924-1929), pero que en ese momento asomaba un dejo de modernidad en ciernes que ningún otro fotógrafo se atrevió a presentar.

Justamente el fotógrafo Antonio A. Garduño, en la década de 1930 (es decir, 20 años después), fue el peor detractor de la fotografía de vanguardia modottiana y westoniana, y uno de los que con mayor ahínco atacó esas propuestas modernizadoras, las cuales fueron objeto de sendos premios a Manuel Álvarez Bravo, Agustín Jiménez y Dolores Álvarez Bravo (fotografía 2).

Éstos eran los primeros visos de lo que estaba por presentarse ante la cámara de aquellos fotorreporteros. Una fuente importante de trabajo consistió en cubrir la presencia de Madero en plena campaña en 1911, y una de las coberturas en los diferentes frentes de batalla fue la de su presencia en Ciudad Juárez. Por ahí, en *La Semana Ilustrada*, aparece una fotografía del entonces irredento líder, acostado cerca de los durmientes del tren, envuelto en un sarape de Saltillo (fotografía 3).

Se trata de imágenes documentales que empezaron a aparecer en las revistas ilustradas, algunas al son del porfirato, pero que con los cambios constantes en la contienda armada fueron dotando de imágenes sobre las diferentes fuerzas rebeldes, líderes, alzamientos, enfrentamientos, vencidos y vencedores. Tal es el caso, por ejemplo, de la fotografía de la Decena Trágica, donde observamos el tránsito de la fotografía del gabinete o estudio a la del reportaje o fotodocumentalismo acendrado.



Fotografía 3 Los antecedentes de la fotografía *live* europea desarrollada en la década de 1920 se dio en México desde la revuelta armada. En esta imagen se ve a Madero envuelto en un sarape de Saltillo, mientras descansa cerca de los durmientes del tren **Imagen** *La Semana Ilustrada*, marzo de 1911, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, DEH-INAH

Las imágenes de los heridos, de los opositores a Madero, de los detractores, de los infieles políticos, dieron paso a un rico mosaico de imágenes que dotaron de ese tránsito iconográfico a la prensa ilustrada de la época. Así apreciamos desde el retrato hierático, copia de la imagen del estudio en el contexto propio, como las captadas por Eduardo Melhado de las tropas felicistas, de los soldados federales; retratos magistrales que no obstante conservan el sabor de antaño: poses rígidas, estereotipadas, con objetos en la mano que denotan la actividad o el trabajo del personaje, tal cual lo establecía el ritmo de la fotografía de gabinete.

Una de las imágenes más icónicas al respecto es la de los detractores de Madero en el interior de La Ciudadela, donde vemos al general Mondragón y al sobrino de Porfirio Díaz posando para la posteridad, con la estrategia bélica para el día siguiente, publicada en una revista de la época, en la que al parecer Madero hizo caso omiso de ese aviso fiel de la fotografía emplazada como símbolo de guerra. En ello, en ese descrédito o incredulidad, llevó su penitencia y murió a manos de sus detractores (fotografía 4).

Justo en el periodo que le siguió se establecieron una especie de prolegómenos de lo que se vería con mayor fuerza durante la posrevolución: la presencia de la vida militarizada por el presidente y usurpador Victoriano Huerta, bajo cuyo mando se mostrarían varias improntas de la vida nacional. Una de ellas fue el uso de la militarización en todos los sectores sociales, desde las escuelas infantiles hasta la preparatoria y algunas escuelas universitarias. Así, la presencia del juramento a la bandera se convertiría en un emblema

nacional que se llevaría hasta la posrevolución, y me atrevo a decir que hasta la fecha, pues hoy en día se sigue haciendo este evento civilizatorio en todas las escuelas del país. Allí está la presencia de los jóvenes y niños que, en un acto de adoración impregnado de nacionalismo, y mostrado bajo el sino del huertismo, tuvo un seguimiento y control por parte del Estado nacional en los años posrevolucionarios, que aún se sigue practicando (fotografía 5).

No obstante, en estas imágenes lo que se asoma es el tratamiento de la vida cotidiana por parte de los fotógrafos, editores y reporteros en su andar diario. Así, por ejemplo, se encuentran las fotografías de “Todo México es soldado”, donde los niños hijos de los periodistas, de los trabajadores bancarios, de los del comercio, entre otros, marchan en domingo como parte del ritual obligatorio impuesto por Victoriano Huerta, al concederles ese día como jornada de descanso obligatorio, pero también para marchar (fotografía 6).



Fotografía 4 Una fotografía que anunciaba los tiros del día siguiente, captada por Eduardo Melhado en el interior de La Ciudadela. Una clara advertencia que el presidente Madero no tomó en cuenta **Imagen** Sinafo-INAH

Por su parte, la vida de los teatros sufrió su empuje militar: las actrices se disfrazaron, mudaron sus trajes, y se impuso el uniforme diseñado por el sastre de Victoriano Huerta, salido de las filas francesas para convertirse en el traje de moda, vendido incluso por uno de los almacenes de mayor prestigio en la ciudad de México: El Palacio de Hierro, que se encargó de llevar a cabo la venta a propios y extraños (desde ese momento todos fueron, ahora sí, “totalmente Palacio” [fotografía 7]). La vida cotidiana invadió las páginas de las más importantes revistas hebdomadarias de la época, algo que después se mostraría en la fotografía europea de la década de 1920, con las cámaras de 35 mm, como la de Erich Salomon, mejor conocido como *Herr Doktor*, que en 1923 usó su Ermanox.

Por otro lado, la presencia de la fotografía que todo lo documentaba dejó constancia clara de esos momentos en que la población parecía disfrutar del elogio al dictador. Las revistas ilustradas mostraban los avances en materia de tecnología, así como las carreras de coches, las llantas, la publicidad, las cantantes, a modo de estadio intermedio entre el retrato de estudio, que tuvo continuidad hasta entrado el siglo xx, pero también de la vida cotidiana en la guerra, en la mujeres zapatistas, en la cárcel, en los hospitales, al tiempo que surgían ambos géneros, así como los intentos por



Fotografía 5 La jura de bandera, un evento ejercido desde el porfiriato como referente de un nacionalismo recalcitrante, se retomó en la vida del huertismo y sobrevivió y se insertó en los procesos de la posrevolución *Imagen La Semana Ilustrada*, 1913, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, DEH-INAH



Fotografía 6 Bajo la mirada del dictador Victoriano Huerta, se convirtió a “Todo México [en] soldado”. Niños, jóvenes y hombres mayores, todos marcharon al unísono *Imagen La Semana Ilustrada*, 1913, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, DEH-INAH

hacer fotos de movimiento en “toros y deportes” y la vida de los chicos en la calistenia. No obstante, las imágenes estaban creadas. El imaginario de los fotógrafos que continuaban acechando esa vida cotidiana, la cual iba más allá de los rufianes o líderes natos, el gusto por el testimonio claro, nítido, sin ambages, con encuadres cada vez más atrevidos, con temas poco usuales en la fotografía de esos años, los llevó, a pesar de que no contaban con los instrumentos adecuados, a buscar cada vez más lo espontáneo, lo cotidiano. A la manera de un efecto catalizador, el testimonio visual era un documento irredento y presente en la vida cotidiana de la población.

En esa época surgió el uso de los elementos de repetición como textura visual: los sombreros, los rifles, los trajes campesinos que imprimían su tono de blancura y contraste con su piel morena, los caballos, el polvo de los pueblos, fueron mostrados como texturas que le daban un sentido rítmico y estético a la imagen.⁵

⁵ A pesar de la crisis que sufrió la fotografía en 1915 por la escasez de papel y materiales fotográficos, el semillero de imágenes creadas desde el



Fotografía 7 El uniforme militar arrasó la vida civil en sus más recónditos lugares. Incluso el teatro “militarizó” sus argumentos y obras. Aquí, Teresa Calvo posa caracterizada como teniente coronel **Imagen** *La Semana Ilustrada*, 1913, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, DEH-INAH

Una imagen que constituyó el antecedente visual de lo que traería la modernidad posrevolucionaria fue la de un puesto de sombreros: la queja del pie de foto resultaba clara en cuanto a que mencionaba, primero, que se trataba de una foto que había circulado en el extranjero, lo cual había dado pie a pensar que todo México era “sombrerudo”. Así, el objetivo consistía en defender los signos de urbanidad social.

Sin embargo, también resulta claro que la imagen aludida fue más bien denotativa de una visión documental que captó la textura visual, con ritmos marcados por las líneas paralelas y circulares que generan los sombreros, en una toma amplia, para mostrar una imagen acotada por algo cotidiano en el país, lejos de las lecturas denigrantes o exaltadoras de nuestra nación y su gente. Lo cierto es que para finales de la década de 1910 la fotografía mexicana había transformado su

ámbito modernista, de rompimiento de los esquemas más tradicionales, de esencias pictorialistas, empezaba a quedar atrás. Las fotografías captadas para los años de 1918, 1919 y posteriores dan cuenta de la intención de una nueva generación de fotógrafos.

propio curso a partir de una realidad impuesta ante la lente de las cámaras, nutriendo el imaginario nacional e internacional (fotografía 8). El cambio tecnológico en el equipo y los materiales fotográficos producto de la gran guerra se acompañó del mejoramiento de la tecnología de impresión editorial, lo cual abrió nuevos derroteros iconográficos para los fotógrafos, que se decantarían con mayor claridad para la década de 1920.

Bibliografía

La Semana Ilustrada, México, 1911.

Marván Laborde, Ignacio, “Introducción. Revolución mexicana y modernización: 1908-1932”, en I. Marván Laborde y Clara García Ayluardo (coords.), *La Revolución mexicana, 1908-1932*, México, FCE, 2010, pp. 11-14.

Villoro, Luis, *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*, México, El Colegio Nacional/FCE, 1992, *apud* Anna Ribera Carbó, “Campesinos y obreros en la Revolución mexicana. Entre la tradición y los afanes modernizadores”, en I. Marván y C. García Ayluardo (coords.), *La Revolución mexicana, 1908-1932*, México, FCE, 2010, pp. 15-16.



Fotografía 8 Esta imagen recorrió el mundo: en ella atisbamos lo que más tarde verían Weston y Modotti como ejemplo de una fotografía estetizante de los elementos de arte popular **Imagen** *La Semana Ilustrada*, 1913, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, DEH-INAH

Catálogo del Fondo Revolución Mexicana. Entrevistas de historia oral del Archivo de la Palabra

Laura Espejel*

*De esto, de vida –de vidas–,
es de lo que trata este libro.*

DOLORES PLA

Entre los proyectos de la Dirección de Estudios Históricos del INAH para conmemorar el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución mexicana presentamos el proyecto titulado “Catálogo del Fondo Revolución Mexicana: entrevistas de historia oral del Archivo de la Palabra”. La iniciativa fue de María Esther Jasso, subdirectora de la biblioteca Manuel Orozco y Berra, que propuso integrar el trabajo almacenado de las historiadoras eméritas y pioneras de la historia oral mexicana Alicia Olivera y Eugenia Meyer. La primera había publicado, en 1975 y 1976, dos catálogos en los que dio a conocer el material reunido en 75 entrevistas titulado *Programa de Historia Oral. Catálogo*, mientras que en 1977 Meyer presentó el *Catálogo del Archivo de la Palabra*, donde aparecen 140 entrevistas de revolucionarios, realizadas y trabajadas hasta esa época.

Estas publicaciones no abarcaban el universo de los 328 testimonios grabados entre 1959 y 1976, aproximadamente, con los que se formó este acervo. Cabe señalar que el fondo se enriqueció con testimonios de investigadores que participaron de manera temporal en el proyecto, como Carmen Nava, o bien profesoras que donaron algunas de sus grabaciones, como Anita Aguilar y Rosalind Rosoff, por mencionar algunos nombres.

Mientras que las entrevistas de los investigadores del INAH anotan los datos del informante, grado y profesión o trabajo, así como el lugar, la fecha y una clasificación, el proyecto Revolución se clasificó con las siguientes claves: PHO/1/(número progresivo de grabación), o bien PHO-Z/1/(número progresivo), o bien PHO-Z/CRMG/(número progresivo). Este último número se usó para las entrevistas realizadas por Carlos Barreto en los centros INAH de Morelos y Guerrero.

En el caso de los entrevistadores que donaron sus trabajos al proyecto, se trata de grabaciones libres, en las que a veces no encontramos una entrada con el nombre del informante, el lugar de la entrevista o la fecha en que se realizó. En la medida de lo posible se tuvo cuidado para aclarar esta información.

Para conocer el origen del archivo nos remontamos al maestro Wigberto Jiménez Moreno, quien en 1959 se propuso la creación del Archivo Sonoro de la Revolución Mexicana con un grupo de estudiantes de antropología que realizaron algunas entrevistas. Por las notas que escribió Daniel Cazés (1973: 9) en su libro *Los revolucionarios, nuestras cosas* (1973), encontramos referencias al proyecto:

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (lespejel.deh@inah.gob.mx).

En 1960, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, a través de su Departamento de Investigaciones Históricas, se propuso crear un Archivo Sonoro de la Revolución Mexicana que sería una especie de monumento más o menos vivo al movimiento que dio vida a esa institución. El acervo comenzó a integrarse sobre la base de un cuestionario elaborado por un grupo de estudiantes (principalmente por el fallecido Walter Hope) bajo la dirección del maestro W. Jiménez Moreno. Dicho cuestionario pretendía seguir las líneas de una teoría hasta ahora, y hasta donde yo sé, no muy bien definida sobre los ciclos en la vida del individuo; se hablaba entonces de algo semejante a una hipótesis de trabajo que iba a permitir ubicar acontecimientos claves en edades claves de individuos claves, quizá para llegar a interpretar hechos históricos claves.

Los tres entrevistadores eran Daniel Cazés, quien realizó 14; Jaime Alexis Arroyo, que completó 29, y Manuel Arellano Zavaleta, con cuatro testimonios. Se trata de entrevistas dirigidas que en ocasiones dan la impresión de que se proporcionaba un temario o cuestionario libre previo a la grabación, de modo que cada entrevistado lo ajustaba a sus deseos e interpretación personal de su participación y las convicciones que fue adquiriendo en su vida posterior.

Las grabaciones se realizaron entre 1959 y 1961. En su mayoría, los testimonios se recabaron entre oficiales y personajes que ocuparon cargos políticos, o que escribieron algún libro sobre el tema. Por eso, de las afirmaciones de Cazés (*ibidem*: 10) en las seis entrevistas que seleccionó y editó para integrar su libro tomamos estas reflexiones:

[...] a quienes entrevisté (unos veinte, provenientes de diferentes estratos, niveles jerárquicos y tendencias), *nunca se prestaron a responder a las preguntas concretas del cuestionario, pues lo que deseaban era aprovechar la ocasión de verse ante un micrófono y una grabadora para relatar los hechos que ellos consideraban los más importantes de sus vidas como ellos los veían, y para dar cauce a sus pasiones faccionales en monólogos polémicos. Otro obstáculo, quizás el más importante para hallar lo que personalmente buscaba yo en ese entonces, fue la incapacidad casi unánime de los veteranos para definir la calidad revolucionaria de los movimientos en que participaron, así como para expresar con claridad qué fue lo que los llevó a hacer una revolución; las frases hechas más o menos*

oficializadas desde hace quién sabe cuánto tiempo les bastaban para ambas cosas.

Me resultan interesantes las afirmaciones de Cazés, aunque no comparto del todo sus interpretaciones. Es más objetivo, considero, y de mayor relevancia el trabajo del historiador Salvador Rueda, en relación con el significado y valor de estas narraciones, donde se muestran los valores y sentimientos reflejados en la memoria, el olvido, la selección, la construcción, el silencio, el llanto, el trasfondo político que todos tomaron y procesaron en los años posrevolucionarios, con lo que crearon un discurso de sus vidas y participación, así como al explicar en la guerra la construcción de la vida cotidiana (Rueda, 1985). Para el tema del ejército villista, una muestra es la investigación de Pedro Salmerón (2006) y la importancia que encuentra en estos testimonios como fuente.

En algunos casos las entrevistas son diálogos entre el entrevistado y el entrevistador. En otros, monólogos del entrevistador, porque resultaba difícil obtener la confianza del narrador. La intención de este texto es presentar e invitar a la consulta de esta versión del catálogo, donde presentamos, por medio de 328 resúmenes, las voces de los protagonistas, su narración, algunas expresiones y valores que daban a su relato, e índices (onomástico, geográfico y glosario), así como algunas imágenes de los narradores (la información se encuentra reunida y mostrada en una plataforma contenida en un disco).

Se trata de un reflejo de lo que ha significado el trabajo colectivo, desde 1968, de ambas historiadoras, Alicia Olivera y Eugenia Meyer, pioneras en formar el Archivo de la Palabra. La asesoría del doctor Friedrich Katz, sus interesantes preguntas y sugerencias, resultaron fundamentales y apuntalaron las enseñanzas que recibimos de ellas.

Las dos investigadoras le dieron un giro de 180 grados a la búsqueda de informantes interesadas en dar también la oportunidad de expresarse, al enfocarse en los ejércitos populares, el villista y zapatista fundamentalmente, y buscar a la "tropa": a los soldados, a los adolescentes, a los jóvenes y niños de esa época; hombres y mujeres que con sus experiencias de vida se forjaron en una Revolución de la cual resultaron más bien perdedores que ganadores, en el sentido de que abandonaron a sus familias y pueblos de origen, esperanzados y en busca de un cambio social, político y económico, si bien en ocasiones regresaron al mismo sendero. Las redes establecidas para la localización de los entrevistados fueron la Unificación Nacional de Vete-

ranos, el Frente Zapatista y la Confederación de Veteranos. En realidad, la recomendación y el acercamiento a través de ellos mismos o bien de familiares y vecinos de la misma localidad constituyeron la mejor oportunidad para conversar con ellos.

Aunque el objetivo era obtener testimonios de los ejércitos populares, estos combatientes no son exclusividad del fondo, pues encontramos también las voces de soldados, oficiales y generales del ejército federal, carrancista y arenista, así como de las mujeres trabajadoras que fueron militantes de la Casa del Obrero Mundial, y también de uno que otro cantero, guiados por la lucha de aquella institución y de los actores que los representaban, cuyo objetivo era la justicia social. Hay asimismo un pequeño eco de las mujeres conocidas como “pacíficas”, quienes apoyaron y aportaron alimentos, representaron el sostén de la familia y de los hombres en armas, y en algunos casos se convirtieron en esposas de los revolucionarios. Ellas hablan de la lucha día tras día por sobrevivir, de su mirada respecto al movimiento, el ejército popular y sus maridos, cuyos balances resultan valiosos.

Los “pacíficos” pueden ser hombres o mujeres cuya rebeldía no se expresaba con un fusil, sino mediante la salvación de la familia y la comunidad al refugiarse en cuevas y barrancas. Otro grupo era el de los ferrocarrileros, quienes de igual modo tuvieron presencia en las diferentes facciones que se formaron. De este gremio encontramos vivencias muy ricas. En alguno de ellos las historias de vida se antojan las de aventureros, en particular la del ferrocarrilero Manuel Sosa Pavón.

Cabe señalar cómo se destaca en los resúmenes la existencia de individuos que fueron tomando y forjando su participación como maderistas, para luego incorporarse al zapatismo o a alguna otra facción revolucionaria o conservadora. Se percibe un arcoíris de posiciones y participaciones en la Revolución. El descontento social, aunado a la temida leva, fortalecida por Victoriano Huerta y sus oficiales, así como la quema de hogares campesinos, alimentaron el ambiente en busca de identidad. Así, el 28 de noviembre de 1911 se firmaba el Plan de Ayala, que constituyó el plan fundacional del zapatismo. En los testimonios orales y algunas crónicas se hablaba ya fuera a través del rumor, el chisme o la confidencia sobre el malestar colectivo hacia la política de Madero, quien no había dado gusto a nadie, por lo que se vivía un ambiente cada vez más cercano al estilo de *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez.

El parteaguas fue la Decena Trágica, que desembocó en los asesinatos de los hermanos Madero y de Pino Suárez, así como del capitán Adolfo Bassó y cientos de civiles, hombres y mujeres, niños y ancianos, alcanzados por balas perdidas al salir de Catedral o en el centro de la ciudad, además de otros actores del pueblo, como los curiosos. El malestar se desarrolló con más fuerza y eso llevó a integrarse a miles de jóvenes. Un motivo fue el drama vivido en el Zócalo de la ciudad; otro, la temida leva. Las circunstancias personales y colectivas marcaron sus vidas. En un mismo individuo encontramos cómo ingresó al ejército zapatista y pasó por el arenismo; después, la leva se lo llevó con los carrancistas, para enviarlo al norte a pelear contra los villistas, y en el campo de batalla el azar lo condujo a defeccionar y unirse al villismo (PHO-Z/1/37). No escaparon en estos ejércitos los voluntarios del ejército federal o carrancista, hombres en conflicto con sus vecinos de los pueblos aledaños que decidieron convertirse en la avanzada de aquellas fuerzas como concedores del terreno. También hay una muestra pequeña y significativa de los trabajadores del real de la hacienda, los hijos de esta institución, protegidos por ella y denominados popularmente como “realengos”, quienes sufrieron y atestiguaron la Revolución.

Recuerdo que...

En algunos casos encontramos, en las charlas de los veteranos, un abanico, arcoíris o polifonía respecto a los motivos de incorporación. En su mayoría, la decisión de unirse a tal o cual grupo y defender una causa revolucionaria se debió a una carga variopinta de agravios: por parte de las autoridades civiles, militares, del clero, de los hacendados y sus administradores o capataces, de empresarios o jefes. Despojos y maltrato fueron el común denominador y el motor para sentir simpatía por la guerra.

También está presente la defensa de los bienes familiares, como un caballo y el ganado, entre otros. No escapan los casos de aquellos que siguieron al amigo, al paisano, o que sintieron que *la bola* era una fiesta. Aunque no se tenga muy clara la idea sobre el motivo de incorporación en la guerra, esto se va entendiendo hasta llegar a motivos más íntimos, como la familia, el maltrato y el abandono por los padres o tutores. Muchos fueron hijos o muchachos en estado de orfandad que con el grupo de rebeldes de la misma edad encontraron la protección o el cobijo del compañerismo, o bien, algún jefe reconocía el talento y el valor

de tal o cual joven alzado en armas. La defensa de un plan revolucionario o ideología fue para muchos la alusión a un concepto, a algo abstracto, sin que con esto se menosprecie a tan aguerridos rebeldes.

Encontramos asimismo a individuos con una clara idea sobre la ideología que tanto se buscaba en la década de 1970, en libros clásicos como el de Arnaldo Córdoba (*La ideología de la Revolución Mexicana*), o bien en textos que analizaban a la Revolución con enfoques marxistas (donde se encuadraría el texto de Cazés), los cuales polemizaban mucho acerca de la lucha de clases, si bien en algunos casos los académicos no entendieron el lenguaje ni el sentir de un campesino o un obrero.

En aquellos años hubo un temario que guiaba y proporcionaba un hilo conductor a la entrevista, con temas que giraban alrededor de la vida del individuo; éste era libre, acorde con la pericia y el dominio del periodo estudiado y la sensibilidad para establecer un diálogo, a modo de acercarse con oído de escucha por parte de los entrevistadores, así como la empatía que se despertara en los narradores. No se trataba de ir a la caza de informantes “académicos” ni de establecer un duelo con ellos acerca de quién conocía más sobre los caudillos, las batallas en que habían tomado parte o qué tantos planes políticos conocían o si su conciencia histórica se hallaba impregnada de una ideología que los hubiera llevado a tomar el máuser, sus treinta-treinta, el machete o el caballo. En estos testimonios se privilegió a la historia personal ligada con la historia de la Revolución.

Cabe señalar que en la primera etapa del proyecto la mayor parte de los informantes eran políticos o generales revolucionarios de alto rango, lo cual en esos años aún los llevó a externar opiniones oficiales, muy acartonadas, si bien en sus experiencias se lee entre líneas el sentir de un pasado glorioso.

Atisbos al fondo

En esta última etapa del proyecto, en la que se trató de organizar y se digitalizaron las entrevistas (se pasaron del formato de cinta de carrete a otra plataforma), además de que se transcribieron las entrevistas de los testimonios zapatistas, nos propusimos, junto con María Esther, elaborar el catálogo integrador de esta experiencia de trabajo con el objetivo de dejar una herramienta de difusión para la consulta y el trabajo de investigadores u otros usuarios. Al principio se trató de respetar los resúmenes publicados,

atendiendo a la experiencia y las líneas de trabajo del archivo asentadas por las fundadoras del archivo.

También se consignaron los nombres de jefes y soldados no mencionados en los libros ni en los catálogos, así como los apodos, desde *el Nácar* hasta *Fierritos* (no el jefe villista), o bien *el Oso* y *el Comeburros*, además de los que respondían a algún detalle físico, actitud, hecho o al encargo de una comisión. Por ejemplo, el general Rubio Navarrete le encomendó al capitán primero Rafael Romero López recoger los fusiles Rexel: de ahí que se le quedara el sobrenombre del *Roxel*. O bien, la expresión de una de las esposas del general Eufemio Zapata, *la Princesa Hermosa*, denotaba una concepción de la vida que había que rescatar.

Al revisar los índices, caímos en la cuenta de que faltaba integrar a los resúmenes y a los índices algunos temas, giros idiomáticos, localismos. Después de trabajar con Marcela Cobos, tomamos la decisión de revisar y cotejar los resúmenes de los tres catálogos publicados y la necesidad de elaborar nuevos resúmenes para uniformar los contenidos, ya que con esta última experiencia pensábamos que debíamos hacer un esfuerzo colectivo con los jóvenes transcritores y analistas para escuchar a los narradores, al liberarlos del temario, cuestionario o las preguntas, para en cambio aguzar el oído y sentir lo que intentaban decir abiertamente o a veces tratando de defender una posición. En otras intentamos recuperar lo dicho en susurros, que el entrevistado confesaba en voz baja al entrevistador con temor y vergüenza. Por ejemplo, el capitán segundo Enrique Nava, originario del Ajusco, campesino y obrero en la construcción del ferrocarril, al conversar con Alicia Olivera sobre las actitudes de crueldad de los ejércitos federal o carrancista hacia los pueblos y los rebeldes habló con soltura, pero en el momento en que le vino a la mente una escena personal de violencia del zapatismo, farfulló entre dientes su confesión:

Yo no me quería... Este... A que, a que me anotaran o a ver que... Porque un día, a las cinco de la... A las cinco, a las cuatro de la mañana, les dimos un asalto allí, en el cerro ése, que le dicen el cerro del Molinillo. Aguantamos todos los... Creo eran como 30 hombres, 30 soldados, con sus señoras, acostados, durmiendo; ‘taba el centinela; el centinela no nos sirvió pa’ nada, y los rodeamos, los sitiamos donde estaban ellos, y ¡ay carambas, hasta me dio lástima! Los avanzamos todos, los 30 hombres. Les digo: “A ver, fórmense ahí”. ¡Aah!,

y nosotros traíamos la ametralladora, yo y mi compañero, mi jefe, Benito Eslava. Que les den la forma. “Tra tra tra tra tra”, dice Valentín [Reyes]: “¡Fórmense!” Y dice una señora: “Ay, señor, no nos mate, nos vamos a ir con ustedes”. Dice: “No necesitamos”, decía Julián Gallegos, el general, “no necesitamos, fórmense”. Y ahí van las señoras muy buenas, gua-guapas las señoras; las formábamos así, a un lado: “Fórmense ahí, señoras”. Sí, lloraban las señoras que no les mataran a sus maridos. Pues dice mi jefe: “Póngale la ametralladora”. Puse las patas de la ametralladora. “Tra tra tra tra tra tra”: todos los matamos ahí, como a 30 hombres. ¡Ay, caramba! (PHO-Z/1/83).

Entre 1972 y 1976, en el ejército de viejos revolucionarios las edades eran de entre 65 y 100 años. Pocos tenían 80. Para el caso de los zapatistas, en su mayoría se trataba de analfabetas, que en algunos casos aprendieron a dibujar su nombre para plasmarlo en algún escrito. Otros, que llegaron a ser jefes, o sus secretarios que sí conocieron la escritura, les enseñaron las letras, de modo que pudieran escribir al jefe Zapata o al cuartel general. Respecto a los villistas, a quienes de primera impresión, por la lectura de sus resúmenes, identifiqué como de una posición social media o trabajadores, algunos sí fueron a la escuela. Muy pocos describen su nivel escolar, la fortuna de contar con una biblioteca de sus padres y de haberse acercado a la lectura de escritores mexicanos, franceses o rusos.

En el fondo hay un grupo de revolucionarios muy interesante del ejército federal, los cuales sintieron lealtad y orgullo por su pertenencia e identidad, como fue el caso del general Rafael Romero, que estudió en el Colegio Militar y narró:

En la campaña contra Orozco, Emilio Madero se hizo amigo mío e iba a mi tienda de campaña o a mi carro de ferrocarril a charlar conmigo y me decía: “Yo vengo a visitarlo a usted porque es uno de los pocos que no me adula” [...] Le dije: “Mire, ahora estamos en campaña, su hermano no pierde oportunidad de insultarnos, diciendo de nosotros, del ejército federal: ‘¡Detesto a las bayonetas que apoyaron al pasado régimen’ casi en todos sus discursos. Ahorita, como le digo, estando en campaña, no vamos a dar cuenta de ello, pero cuando esto termine, cuando derrotemos a Orozco, nosotros nada más vamos a quitar esas bayonetas que detesta y automáticamente caen” (PHO/1/59: 35).

En 1912 otra acción de Madero que incomodó al ejército y, en particular, a oficiales como el capitán Romero consistió en que ascendió a los derrotados del general González Salas, mientras que a los oficiales que recuperaron el estado de Chihuahua no se les dio este reconocimiento. Tal actitud de Madero causó malestar, lo cual se sumaría a la lista de inconformidades. La relevancia de este testimonio se debe a que el protagonista pertenecía al ejército federal, y si bien asume que como oficiales nutrieron y organizaron el golpe de Estado (la conspiración contra Madero) junto a los generales Mondragón y Félix Díaz, se deslindó respecto a la ambición de Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet. Habló de la idea que él y sus compañeros tenían de iniciar el llamado Cuartelazo el 5 de febrero, aprovechando la ceremonia en el Hemiciclo a Juárez. Su voz hace eco con otro personaje que destacó por el cargo oficial del padre, el general de división Manuel M. Velázquez, subsecretario de Guerra.

Este personaje fue Víctor Velázquez, capitán de caballería y abogado, vinculado más al grupo de élite militar cercano (por su padre) al general Porfirio Díaz y al sobrino del mandatario, Félix Díaz, así como a Manuel Mondragón, Bernardo Reyes y los políticos del momento. Víctor recibió una formación en el extranjero que le permitió moverse en un ambiente diferente al de sus compañeros del colegio; al igual que su padre y los generales y oficiales conspiradores, en su versión reflexiona que no esperaban llegar al sitio estratégico del Cuartelazo, lo que Antonio Saborit y Rebeca Monroy analizaron en el libro *La Ciudadela de Fuego. A ochenta años*. Algunas imágenes que conocemos de esos sucesos son del fotógrafo Gerónimo Hernández.

En esta polifonía de voces hombres y mujeres reflexionan y valoran sobre su vivencia personal, que confrontan con las de otros. En los zapatistas encontramos ecos y lugares comunes en cuanto a mitos como el de la muerte de Zapata y el despojo de las tierras al padre de Zapata por parte del hacendado del hospital; también hacen referencias sobre el origen de los empleados, trabajadores, capitanes, guardacañas o capataces, que eran españoles (*gachupines*, en el lenguaje popular), al igual que el hacendado; hay asimismo un reconocimiento colectivo al papel de las mujeres como revolucionarias y guerrilleras: se da valor a sus actos y no al mito de la mujer revolucionaria del norte. Lo valioso de todos ellos no es la historia formal que narran sobre la Revolución, sino la riqueza de las vidas personales, colectivas, con que se construyó la narración.

La valentía de los hombres, lo aguerrido en los combates y en la captura de los enemigos, fue lo que los avaló para gozar del reconocimiento colectivo y el grado militar.

En los resúmenes del catálogo se reflejarán las campañas relevantes tanto de un bando como del otro; en la escucha de las narraciones encontramos que lo más importante no fue sólo el parte militar o la recreación de la guerra y las campañas. Se habla de ellas, pero es sólo una parte de la narración.

En la revista *Historias 75. Historia de las conmemoraciones*, resulta revelador el texto de François Xavier Guerra, titulado "Memorias en proceso, América Latina, siglos xvi al xx". Me interesaron algunos párrafos por ser significativos para este ensayo. Pienso que los conceptos en que reflexiona y problematiza Guerra pueden tener un referente en nuestro catálogo de la Revolución.

Por ejemplo, en cuanto al significado de la memoria, la naturaleza de esta fuente resulta distinta al enfoque de Daniel Cazés:

En efecto, los recuerdos personales –la memoria propiamente dicha– nunca son completos ni neutros. Son siempre fragmentos del pasado, el resultado no sólo de la limitación física de la memoria humana, sino también de las elecciones conscientes o inconscientes, efectuadas en función de lo que consideramos particularmente significativo para nuestra vida, para la de nuestros prójimos o la del grupo o los grupos de los que formamos parte.

Hablar de la elección y de significación implica que la memoria personal, la más personal de las memorias, ya es una reconstrucción del pasado que es a la vez individual y social. Individual, en lo que tiene de más íntima, pero siempre social, no sólo porque se refiere en buena parte a nuestras relaciones con los otros y los grupos a los que pertenecemos, sino también porque depende de los códigos y de las referencias culturales de esos grupos: de sus valores, de sus imaginarios, de lo que piensan que es su identidad y su pasado.

Termino reparando en el esfuerzo colectivo del equipo del que he hablado, que ha trabajado de manera ardua para dar a conocer la totalidad del archivo como fuente, al mostrar el rico material que contienen algunos expedientes: documentos personales, fotografías, poemas, corridos.

Concluyo, pues, con una reflexión de otro profesor en la materia, Antonio García de León:

Por último, y si el recuerdo está amasado con olvidos y silencios y se mueve por los senderos de un instante detenido a perpetuidad, la memoria oral sólo sería parte de un entramado mayor, el del juego imprevisible entre la constancia y el azar, el del ir y venir entre la premeditación y lo inesperado. La transcripción, la edición, pero sobre todo el análisis de la ruptura que presuponen los testimonios enfrentados a otras fuentes vendría a ser el sentido de una historia que como tal no es solamente un relato (o una simple "secuencia textual", como muchos creen), ni una escritura ni mucho menos una conmemoración, sino más bien el encuentro entre lo social y el tiempo, la convicción de que la historia lo que intenta mostrar es la transformación de las sociedades: precisamente esos desencuentros entre el hoy y el ayer que sazonan las buenas historias, que son las mejor narradas sin dejar de ser las más complejas.

Bibliografía

- Catálogo del Archivo de la Palabra*, núm. 1, México, INAH-SEP, 1977.
- Cazés, Daniel, *Los revolucionarios, nuestras cosas*, México, Grijalbo, 1973.
- Meyer, Eugenia y Alicia Olivera de Bonfil, "La historia oral. Origen, metodología, historia y perspectivas", en *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 82, octubre-diciembre de 1971, pp. 372-387.
- Pla, Dolores, *El aroma del recuerdo. Narraciones de españoles republicanos refugiados en México*, México, Plaza y Valdés/INAH-Conaculta, 2003.
- Programa de Historia Oral. Catálogo 1*, México, Museo Nacional de Historia-INAH, 1975.
- Programa de Historia Oral. Catálogo 1974-1975*, México, Museo Nacional de Historia-INAH, 1976.
- Rueda Smithers, Salvador, "Oposición y subversión: testimonios zapatistas", en *Historias*, núm. 3, enero-marzo de 1983, pp. 3-32.
- _____, "La dinámica interna del zapatismo. Consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista", en Horacio Crespo (coord.), *Morelos, cinco siglos de historia regional*, México, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México-Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 1985, pp. 225-249.
- Saborit, Antonio y Rebeca Monroy, *La Ciudadela de fuego. A ochenta años de la Decena Trágica*, México, Conaculta, 2003.
- Salmerón, Pedro, *La División del Norte. La tierra de los hombres y la historia de un ejército del pueblo*, México, Planeta, 2006.

Buscando/saboteando los premios internacionales. *Nazarín vs. La cucaracha* en el XII Festival de Cannes

Julia Tuñón*

El campo de la cultura es siempre de tensiones entre ideas de diverso orden, que contienen por el dominio o la hegemonía. En las discusiones se ventilan proyectos para los seres humanos y se construye una mirada sobre el mundo. En la controversia suscitada entre los grupos que manejaban el cine en México y el premio al que éstos deseaban acceder en Francia, a mediados de siglo xx, vemos los conceptos de dos conjuntos de mandones, pero de sociedades diferentes, y en el debate se expresa lo que se pretendía de la cultura y del cine como una de sus manifestaciones medulares. En la anécdota calibramos el pensamiento de quienes toman las decisiones respecto al séptimo arte en México, el cual discrepa de manera sustancial del de las élites del pensamiento filmico tanto en México como en Europa.

El asunto de este trabajo gira en torno a la elección del filme que representaría a México en el XII Festival Internacional de Cine en Cannes, en 1959, cuyos protagonistas fueron los miembros de la industria filmica, consolidada en México en un grupo cerrado, frente a aquellos pertenecientes a las vanguardias, tanto en México como entre los organizadores franceses de ese festival, perfilado desde entonces como un mediador para construir el sentido del cine culto a escala mundial.

En el XII Festival Internacional de Cine de Cannes, en 1959, por parte de México se presentaron a concurso *Nazarín*¹ y *La cucaracha*.² La inclusión de la primera fue sabotada desde México y sólo se proyectó gracias a los manejos oblicuos de los protagonistas y a la decisión de los organizadores, tomada fuera de la norma respecto a que la selección de filmes a concurso se realizaba en el país de origen.

Ese año el jurado se conformó por personalidades de gran envergadura, cuyas decisiones serían, por lo tanto, de especial relevancia. La Palma de Oro se otorgó a *Orfeo negro* (dirigida por Marcel Camus, Francia, 1959). El Premio Especial del Jurado fue para el búlgaro Konrad Wolf por *La estrella de David*, el Premio a la *Mise en Scène* correspondió a François Truffaut por *Los cuatrocientos golpes*, y el *Prix International* lo recibió *Nazarín*, con la nota de que,

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (jtunon.deh@inah.gob.mx).

¹ Director Luis Buñuel, productor Manuel Barbachano Ponce, argumento basado en la novela de Benito Pérez Galdós, adaptación de Julio Alejandro y Luis Buñuel, fotografía de Gabriel Figueroa, escenografía de Edward Fitzgerald, edición de Carlos Savage, con las actuaciones de Francisco Rabal, Marga López, Rita Macedo, Ignacio López Tarso y Ofelia Guilmain, México, 1959. (García Riera, 1992-1997: vol. X, p. 246).

² Director Ismael Rodríguez, productor Películas Rodríguez, productor ejecutivo José Bolaños, argumento de José Bolaños e Ismael Rodríguez, fotografía de Gabriel Figueroa, música de Raúl Lavista, escenografía de Edward Fitzgerald, vestuario de Armando Valdés Peza, con las actuaciones de María Félix, Dolores del Río, Emilio Fernández, Pedro Armendáriz e Ignacio López Tarso, México, 1958 (*ibidem*: p. 286).

“en accordant ce prix, le Jury rend hommage à son auteur, Luis Buñuel pour l’ensemble d’une oeuvre où il n’a cessé d’affirmer l’audace et la puissance de son inspiration”.³ Sin embargo, lo que resulta relevante para nuestro propósito ocurrió de manera esencial en los meses previos, durante la discusión, a ratos soterrada y a ratos vociferada, suscitada ante la selección del filme a concurso.

La anécdota

A mediados de la centuria pasada la industria filmica mexicana buscó el acceso a las pantallas del mundo por la puerta grande de los premios en los festivales internacionales, en particular el Festival Internacional de Cine de Cannes, que era el más famoso. El prestigio que éste otorgaba ya había sido experimentado con *María Candelaria* (dirigida por Emilio Fernández, México, 1944) en la ocasión de su reapertura en 1946, tras la Segunda Guerra Mundial (Tuñón, 2009: 81-97). Los premios y las coproducciones se habían convertido en puertas de salida para la endémica crisis de la industria, si bien no existía una conciencia clara respecto a cómo obtenerlos. El tema se relacionaba con la cultura filmica al uso, que no dialogaba con la que se estaba conformando, dictada en gran medida por la crítica y los teóricos franceses, aunque fue también vivida en México, pues ciertamente existía un grupo informado que intentaba cambiar el orden de las cosas respecto al cine.

La industria filmica mexicana era muy rígida, con las puertas cerradas para los nuevos directores, y al mismo tiempo aspiraba a obtener premios internacionales que, según se pensaba, conducirían al éxito comercial de sus películas. Pese a esta intención, insistieron en no renovar a profundidad los temas y conceptos de un cine que tanto éxito económico les había procurado, así como en las formas de solución de los conflictos, que solían partir de la suposición de que toda sociedad era corrupta y todo el mundo, sobornable.

Uno de los problemas medulares del cine mexicano era el disimulo de la pobreza y las injusticias sociales, además de sus consecuencias y la negación de problemas humanos que transgredirían el orden ético dominante, que se quería establecido a perpetuidad. Esta característica resultaba habitual en la política cultural de esos años. Si alguna película

³ Bibliothèque du Film-Cinéma Francaise (Bi Fi), París, fondo FIF-A (Festival International du Film de Cannes- Administration), núm. 581, caja 100, carpeta 3/3. 23/09/1958-08/06/1959 (en adelante se simplificarán las citas tomadas de este acervo como FIF-A).

la cuestionaba, se le calificaba de “denigrante”. El recurso del cine institucional mexicano consistió en presentar tales problemas (algo necesario para lograr la identificación de las audiencias) de manera oblicua, al acompañar la trama más que sostenerla, y al azucararla con las lágrimas moralizadoras del melodrama. De esta manera taimada se aceptaba lo inaceptable.⁴

Desde el premio recibido por *María Candelaria* en Cannes, la industria mexicana atendía, aparte de los diversos públicos de cine de género, a otro tipo de audiencia. Así se empezaron a realizar películas que podríamos denominar de “cine culto”, el cual resultaba susceptible de mostrarse en los festivales para ganar premios.⁵ Sin embargo, incluso el cine “de calidad” había optado por la política cosmética en que la pobreza muestra su encanto, con lo que se cumplía una función de exotismo para el extranjero, probada con eficiencia desde que Serguéi M. Eisenstein se deslumbró con México y construyó una hermosa imagen de país, al bandear entre la ferocidad y la inocencia.⁶ Emilio Fernández fue su seguidor más emblemático.

Cuando Luis Buñuel realizó *Los olvidados* (1950), la película se convirtió en el detonador de una conciencia incómoda: la de que, parafraseándolo, “no vivimos en el mejor de los mundos” (Fuentes, 1976: 25-26). De manera simultánea al escándalo, este director aragonés abrió la puerta anhelada a una cultura filmica europea que él sí supo entender y que marchaba por rutas incógnitas para quienes dirigían la fábrica de sueños en México.⁷

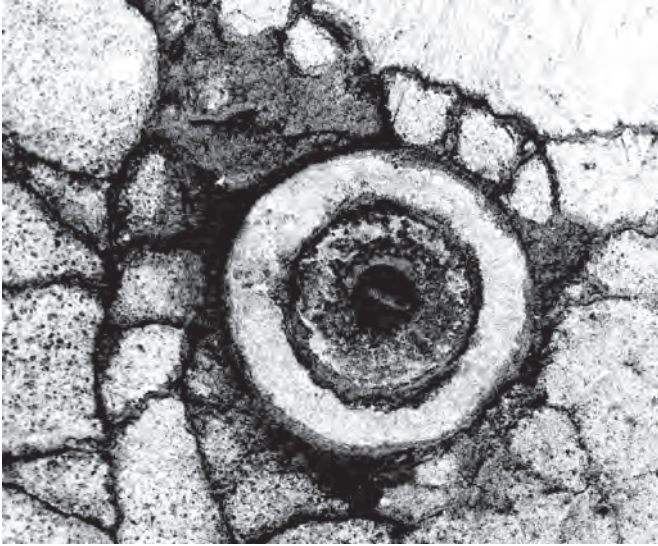
La crisis del cine mexicano en esos años era ya un lugar común. La televisión la había incrementado, y el uso del color no solucionaba las cosas como se esperaba. De ahí que la idea de ganar premios resultara primordial, pues abría los mercados mundiales. ¿Pero cómo obtenerlos? La imagen filmica para el exterior, inspirada en Eisenstein, ya no impresionaba a los extranjeros y ahora se exploraban

⁴ Entiendo por cine institucional a aquel con una forma de representación y narrativa propia, que cuenta con códigos y convenciones tanto en las formas como en los contenidos, los cuales construyen un estilo filmico dominante, entendido y aceptado por los espectadores.

⁵ No se confunda con “cine de culto”. El cine culto se construye con los parangones de calidad y una estética dictados por los festivales internacionales, con base en la crítica especializada, y no en modelos comerciales ni derivados de las propias industrias nacionales, que construye el gusto particular de una minoría. Implica un concepto del cine como un campo autónomo del arte que sólo es juzgable a partir de los códigos de comprensión diseñados por esta misma disciplina.

⁶ Con el intento de *¡Que viva México!*, realizado entre 1930 y 1932.

⁷ *Los olvidados* recibió en Cannes el premio de la *Mise en Scène* (dirección) y Buñuel, el de *FIPRESCI*, por el conjunto de su obra. En México, tras una exhibición de pocos días, rodeada del escándalo, recibió 11 de los 18 Arieles que se repartieron en 1952.



vetas más alegres y coloridas, con mayor movimiento y acción, tomadas del modelo hollywoodense y aprovechando las bellezas naturales del país, a fin de secundar los intentos gubernamentales de atraer turismo al país. ¿Sería ésa la llave del éxito?

Por otro lado, en Francia el tema del cine era ya una prioridad, pues la calidad peculiar de gran parte de su producción era una seña de su identidad, parte de la construcción imaginaria de su vida cultural, en particular durante la posguerra, cuando resultó necesario superar la sospecha de colaboracionismo con el fascismo alemán. A modo de conjuro se exaltaban los valores considerados como “esenciales” de su cultura: la defensa de los derechos humanos, la democracia y la libertad; la cultura como un bien social; la laicidad; la tolerancia; la propuesta del Estado de bienestar y el bienestar de todos como una aspiración.

En cuanto al arte, en Francia existía ya, montado en su larga tradición, un concepto de tolerancia que lo consideraba un campo propio de la cultura, con sus propias normas y valores, y que sólo aceptaba los juicios derivados de ése, su carácter. Destacaba más la significación de una obra que la belleza y se requería de un conocimiento específico para el análisis. El arte debía romper las certezas para abrir el pensamiento y, por ende, era transgresor, al permitírsele el cuestionamiento a la ética al uso, así fuera recurriendo a rasgos de crueldad o de escándalo. El artista tenía en este campo personal el derecho y la necesidad de expresarse sin la coacción de ningún orden.⁸ En el cine privaba ya la idea del cine de autor, y el cine culto obligaba a considerar las características meramente filmicas como el aspecto deter-

⁸ Nathalie Heinich (2010) ha analizado las diferencias entre Francia y Estados Unidos para el arte contemporáneo.

minante para elaborar un juicio, de manera que el carácter comercial o de entretenimiento quedaba fuera del código de visibilidad.

De ahí que el Festival de Cannes fuera exigente con la calidad de los filmes presentados a concurso. Por supuesto que este proyecto filmico no era el único del cine francés, pero sí se convertía en forma acelerada en el hegemónico para los grupos que se querían cultos. El Festival de Cannes era ya su jurado simbólico, que dictaba los parangones de calidad desde las modalidades internas del cine, con su propio lenguaje, y no a partir de las culturas específicas cuyas historias se contaban en imágenes. Como mediador cultural éste determinaba el valor artístico del cine.

En la prensa mexicana las noticias empezaron pronto, y la manipulación también. Participaron casi todos los medios: *Cine Mexicano*, *Cinema Reporter*, *El Universal*, *Excelsior*, *Esto*, y de manera excepcional *Cine Mundial*. *Un Diario Diferente*, dirigido por Octavio Alba, tomó un papel beligerante y defensor de *Nazarín*, a todas luces relevante y digno de atención. Por su parte, *Cine Mundial* destacó en esta controversia como una revista de vanguardia que intentaba construir una crítica filmica “cultura”.

La cucaracha fue una película armada desde y con un propósito comercial, filmada a colores y con las estrellas más destacadas del cine mexicano, mientras que *Nazarín*, basada en una novela de Benito Pérez Galdós, cuenta la historia de un sacerdote peculiar muy ligado a los valores del cristianismo primitivo. A esta última se le consideró como una de las mejores películas de Luis Buñuel, su director, en la que se expresaban muchas de sus obsesiones, nada fáciles para el aspecto comercial. Como explica Octavio Alba (19 de marzo de 1959: 1), “no hay *glamour*, ni besos largos, ni suspiros románticos, ni trajes de Valdés Peza, ni ‘happy end’ [...] Hay andrajos, miserias. Hambre [...] Hay un escritor: Galdós. Hay un director: Buñuel. Y un fotógrafo cuyos grandes triunfos fueron en blanco y negro: Figueroa”.

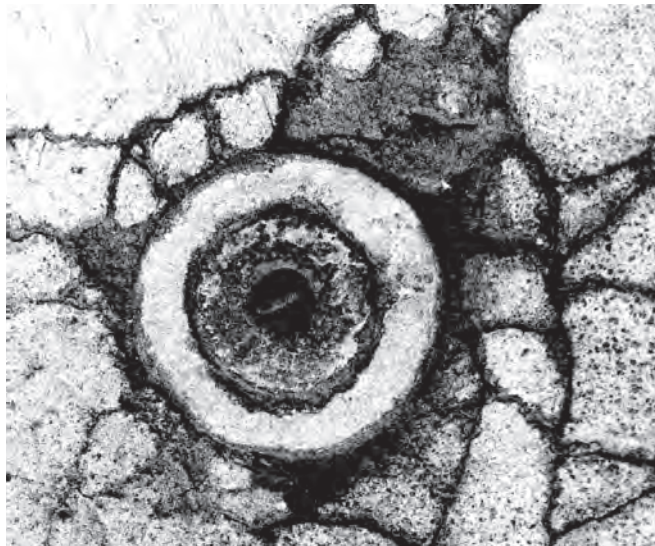
Desde principios de marzo la Asociación de Productores y Distribuidores de la República Mexicana (Antonio Matouk, Armando Orive Alba, Jesús Grovas y Gonzalo Elvira) debatieron sobre cuál de los filmes del año se enviaría a Cannes, y el 12 de marzo se anunció que sería *La cucaracha* (Trujillo, 2 de marzo de 1959: 12). La organización de la industria durante esos años otorgaba un enorme poder a los productores más importantes, los cuales controlaban la distribución y los apoyos económicos del gubernamental Banco Cinematográfico, y que muchas veces no se recuperaban.

La elección no constituyó una sorpresa para los organizadores franceses del festival. Paul de Charnisay, gerente de Cimex France, le contaba a Robert Favre le Bret, secretario general del Festival de Cannes, que *La cucaracha* sería la elegida, y así se lo confirmó en cuanto se decidió (carta de De Charnisay a Favre le Bret, París, 9 de marzo de 1951, FIF-A).

En México, *Cine Mundial* tomó de inmediato una postura definida al considerar que la elección no respetaba un criterio de formalidad: “Lo malo es que no se buscó más que determinado interés comercial, en detrimento, claro es, del interés puramente cinematográfico [...] ¿Es lógico?, es racional, es patriótico, discriminar cintas, cuando los filmes que envía a la Costa Azul México no representarán a cuatro productores sino a la totalidad de la Nación mexicana?” La respuesta de la productora de *La cucaracha* no se hizo esperar. Aureliano Pareja Yevenes, su gerente, refutó a la sección “Puntos suspensivos” porque, decía, el señor Alba no había visto *La cucaracha* mientras que elogiaba “la mexicanidad y experiencia de la comisión que la seleccionó”, en contraste con la “personalidad española” de Alba (*Cine Mundial*, 14 de marzo de 1959: 13). El tema de la xenofobia se apuntaba ya con nitidez en este comentario y se mantendría a lo largo del debate. Para Alba, de *Cine Mundial*, “se mezclan gritos seudopatrióticos, de nacionalidades, escupiendo así al arte en plena frente” (25 de marzo de 1959: 4). Parecía participar así de un concepto del arte diferente al de los productores.

Se desató una campaña beligerante por diversos flancos y con diverso carácter. *Cine Mundial* habló de “cucarachismo” frente a “nazarinismo” y exageraba la nota, como cuando contó que María Félix usaba dentadura postiza (*Cinema Reporter*, 1959: 7-41). Sin embargo, también destacó una información oportuna y muy informada, de primera mano: una explicación sobre cine del propio Buñuel y una postura ética respecto a lo que el cine debía ser. Su contrincante fueron las otras revistas y periódicos de cine, así como el aparato industrial cinematográfico; sus socios, los organizadores del festival en París.

De manera paralela al pleito mexicano, en Francia se realizaron los trámites de rigor y se comenzó a apuntar la preocupación de Favre le Bret por el material que le sería enviado. Éste le escribió a Jean Sirol, delegado de *Unifrance Film Mexico*, para pedirle que por una vez nuestro país enviara algo de calidad, ya que se deseaba que tuviera una participación brillante (carta de Favre le Bret a Sirol, París, 26 de febrero de 1959, FIF-A). En esa tesitura, informado como estaba del pleito en México, el equipo francés empezó a



dirigirse en persona a Buñuel y a Manuel Barbachano Ponce (carta de Sirol a Favre le Bret, México, 5 de marzo de 1959, FIF-A), el productor de *Nazarín*, y se arregló que la película le fuera enviada. Favre le Bret recibió noticias de que la cinta de Buñuel era una obra maestra “que impresionará al público europeo” (carta de Sirol a Favre le Bret, México, 17 de marzo de 1959, FIF-A). Cabe destacar este comentario (“el público europeo”), pues implicaba la atención de un nicho particular de mercado, el del “cine culto”, muy distinto del cine comercial o sólo de entretenimiento.

El rumor es como la humedad, por lo que estos trámites se filtraron hasta México, dónde comenzó una insidiosa campaña, nutrida de los conceptos nacionalistas más elementales, de la que también se enteraron en París. Sirol le escribió a Favre le Bret que, como ya le había advertido por teléfono, *Nazarín* no sería considerada como *typiquement mexicain* (*idem*) y anexó notas de prensa en las que se deducía que no era mexicana, porque la hacían extranjeros. Incluso se dijo que Barbachano, el productor, era yucateco. Por su parte, *La cucaracha* estaba hecha por mexicanos, y Matouk declaró que se eligió por su alegría, su música y folklore, mientras que *Nazarín* tiene “aspectos deprimentes y que denigran a nuestro país”, como había hecho ya Buñuel en *Los olvidados* (*Esto*, 1959: 5B). El recurso de defender el prestigio del país se planteó de nuevo, con lo que se demostraba lo poco que se había aprendido de aquella otra controversia, en 1951.

Hay mucha tinta vertida y muy sucia que no detallo aquí (lo haré en otros ensayos en preparación), si bien pronto apareció en escena el tema del complot, que asociado con la xenofobia resulta tan común en México para defender posturas diversas. Incluso antes del concurso comenzaron

los rumores de que había existido soborno (“el león cree que todos son de su condición”) y de que la participación de *Nazarín* representaba una conspiración contra el verdadero México.

Se dijo que Benito Alazraki había informado en forma oportuna de “que los directores de cine se iban a enfrentar a una mafia de extranjeros que estaban realizando una campaña contra el cine mexicano” para introducir el cine español en el país (Gutiérrez, 1959). El ataque olvidó el detalle de que los españoles involucrados en este asunto eran refugiados en México a consecuencia de su derrota en la Guerra Civil española y que, por lo tanto, no estaban en tratos con el cine franquista.

Nazarín fue aceptada incluso antes de que los mandos de Cannes la vieran. Por reglamento, sólo podía haber un largo y un cortometraje por país, pero aquí se hizo una excepción a la invitación particular hecha a Buñuel. Fue ésa la única manera que encontraron para vencer la actitud mexicana y de mantener el carácter de calidad del Festival de Cannes. Parecían más preocupados que los propios mexicanos en asegurar a nuestro cine nacional un papel digno.

De manera simultánea a este proceso, Miguel Alemán Jr., presidente de la delegación mexicana, había iniciado un proceso de peticiones desorbitadas, empezando con la demanda precisa de los días de exhibición, lo cual se le concedió (carta a Favre le Bret de Francisco Navarro Carranza, de la embajada de México, *Chargé d’Affaires de Mexique*, París, 18 de abril 1959, FIF-A). Éste buscó conseguir en Cannes fuegos artificiales para encender desde un yate, en el que se haría la gran fiesta de la delegación el día de la proyección de *La cucaracha* (carta de Sirol a De Rochefort, México, 14 de abril de 1959, FIF-A).

Los preparativos resultaban desorbitados: se haría una exhibición del vestuario de *la Doña* en *La cucaracha*: sus pantalones de charro, las botas mineras hasta la rodilla, la blusa de *calicot* y las cananas (Pericás, 1959: 14); se llevarían trajes típicos de charros y chinas para todos los participantes y regalos, como pulseras de plata con motivos mexicanos, que recibirían los funcionarios del festival, como la señorita Rochefort, secretaria de la oficina de Favre le Bret (Durán, 1959: 4).

El estilo de argumentación del “antiguo régimen” se evidencia en estos gestos. Para la “noche mexicana”, un avión llevaría expresamente muchos kilos de barbaocoa, carnitas, antojitos, pulque y tequila, en tanto que los fuegos artificiales serían en tonos de azul. Alemán explicaba que siempre

hay fiestas, pero que “esta vez será la primera que nuestro celuloide parta plaza en ese sentido” (Pericás, 1959: 14).

La prensa explicó que el traslado y los gastos de la delegación mexicana en Cannes ascenderían a cerca de 20 mil dólares (unos 250 mil pesos de entonces); “sin embargo, tal suma es baja en relación con los beneficios que se esperan obtener”. La estratosférica cantidad fue cedida por las tres distribuidoras oficiales (Películas Nacionales, Películas Mexicanas y Cimex), que desembolsaron partes iguales, así como por la Asociación de Productores y Distribuidores de Películas Mexicanas y el Banco Cinematográfico (“El ministro...”, 1959).

Sin embargo, una vez que se reveló que *Nazarín* participaría en el festival, el enorme grupo organizado para ir se fue reduciendo. Al final, la menguada delegación se conformó por Sonia Furió y Ana Luisa Peluffo, quienes después de ser largamente entrevistadas en traje de baño, se fueron a pasear a París antes de la exhibición de *Nazarín*; por Raúl de Anda, presidente de la Asociación de Productores Mexicanos, que se fue a Italia una vez que se proyectó *La Cucaracha* y antes de la exhibición del filme de Buñuel. Sólo se quedaron a disfrutar de un gozo que, según transmiten las fotografías, resultó exultante, Emilio Fernández, vestido de charro y con gran sombrero, Lorena Velázquez, Ariadna Welter, Miguel Alemán y, por supuesto, Manuel Barbachano Ponce y Rita Macedo, actriz del filme.

En México se dio la noticia de que los negocios fluyeron, tal y como se había pronosticado. *Cine Mundial*, que había escrito que con *La cucaracha* los productores darían el golpe de taquilla, “pero el golpe económico, que es distinto al cantar de Cannes” (Alba, 25 de marzo de 1959: 4). En efecto, los negocios fluyeron, si bien *Nazarín* fue la que recibió un premio mayor, con lo que un grupo en México comprendió que otro tipo de cine también era posible.

Para concluir

En la anécdota de la que nos hemos ocupado se ventilan varias cuestiones de fondo: la primera fue la marca con que el nacionalismo de antiguo cuño limitó el desarrollo de la cultura y las artes, derivado de una imagen preconcebida de México asociada con la xenofobia. Observamos la preeminencia de una idea de país como expresión de una esencia nacional, así como de la estereotipación de las características que se le suponen. Eisenstein y Emilio Fernández habían construido una imagen fílmica de México y lo mexicano de un enorme lirismo, aunque también con un

trágico destino, si bien el mapa del gusto y las necesidades culturales no se detuvieron allí, pues ya eran otras.

Desde una perspectiva meramente comercial, se quiso participar en un festival de culto con una película llena de colores y musicales, en la que se proponía un México alegre y folclórico que, de paso, fomentara el turismo. El “estilo mexicano” de carácter varonil y bravío, analizado por Víctor Díaz Arciniega a partir de los conceptos de Henríquez Ureña que entronizaron a *Los de abajo* (1916), la novela de Mariano Azuela, como modelo narrativo del nuevo orden revolucionario, se quería ahora en el cine con el colorido estridente de un país exótico para los turistas.

La burbuja en que se había encerrado a la industria nacional impedía mirar para afuera, aunque mucho se deseaba abrir los candados que la enclaustraban. Atascados en una imagen estereotipada de lo que el cine debía hacer por el nacionalismo, ni siquiera pudieron aceptar con gusto lo que Buñuel proponía y ejercía. Es cierto que el talento del aragonés no era cosa de imitarse, pero lo importante del caso consistía en permitirse ver otras opciones del cine y del arte.

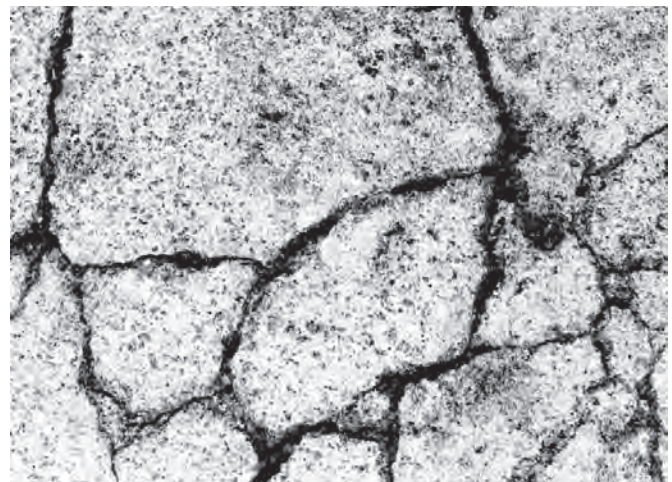
En segundo lugar, el tema plantea la importancia de la prensa especializada en el debate de las ideas filmicas. Cabe destacar el papel determinante de *Cine Mundial* y de Octavio Alba como su director. Si la cultura se construye en la constante tensión entre campos interrelacionados, aunque con reglas específicas, como lo quiere Pierre Bourdieu, aquí cabe analizar el papel de esta prensa que abrió un lugar a las vanguardias.

Un tercer interés de este asunto es el que discute el papel del cine en la sociedad. ¿Debe ser un arte o un negocio? ¿Tales características son acaso excluyentes? Es verdad que las respuestas que se le dan a esto condicionan las políticas culturales del Estado para el cine, la legislación que lo rige, el papel de la exhibición y la importancia dada a los festivales, pero también implica otro aspecto: el de la ética, ausencia de ética o de una ética particular para el cine, lo cual afecta la libertad de expresión, la creatividad, el tema de la censura y otras cuestiones importantes.

Tras el debate por *Nazarín* o *La Cucaracha* cambiaron algunas situaciones en el mundo del cine en México. Se cobró conciencia de la necesidad de un cambio, aunque, muy de acuerdo con un estilo nacional, se construyó esta posibilidad a un campo cerrado, un nicho de mercado “culto” que no afectaba la industria al uso, dirigida a las grandes audiencias nacionales sin pretensiones de calidad, aunque sí de recuperación económica.

Bibliografía

- Alba, Octavio, *Cine Mundial*, núm. 2196, 19 de marzo de 1959, p. 1.
- _____, *Cine Mundial*, núm. 2201, 25 de marzo de 1959, p. 4.
- Bourdieu, Pierre, *Les règles de l'art: Genèse et structure du champ littéraire*, París, Du Seuil, 1992.
- Díaz Arciniega, Víctor, *Querrela por la cultura revolucionaria (1925)*, México, FCE, 1989.
- Durán, I. J., “Visperas del certamen de Cannes. El embajador francés confía en el éxito de México”, en *Cine Mundial*, núm. 2230, 25 de abril de 1959, p. 4.
- Fuentes, Carlos, “Prólogo”, en Fernando Césarman, *El ojo de Buñuel. Psicoanálisis desde una butaca*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- García Riera, Emilio, *Historia documental del cine mexicano*, México, UdeG/Secretaría de Cultura-Gobierno del Estado de Jalisco/Imcine/Conaculta, 1992-1997.
- “El gerente de Películas Rodríguez defiende *film* de Películas Rodríguez”, en *Cine Mundial*, núm. 2191, 14 de marzo de 1959, p. 13.
- Gutiérrez, Enrique, “Cine-Noticias”, en *Últimas Noticias*, México, 16 de marzo de 1959.
- Heinich, Nathalie, *Guerre culturelle et art contemporain. Une comparaison franco-américaine*, París, Hermann, 2010.
- “El ministro de Francia, Jacques Soustelle, recibirá en París al Lic. Miguel Alemán, Jr.”, en *Cine Mundial*, núm. 2230, 25 de abril de 1959, p. 4.
- “Notas de la semana”, en *Cinema Reporter*, núm 1087, pp. 7-41.
- “Para Antonio Matouk: una Cucaracha alegre y Nazarín denigrante”, en *Esto*, 8 de marzo de 1959, p. 5B.
- Pericás, Jaime, “Pequeñeces”, en *Cine Mundial*, núm. 2193, 16 de marzo de 1959, p. 14.
- _____, “Pequeñeces”, en *Cine Mundial*, núm. 2230, 25 de abril de 1959, p. 14.
- Trujillo, J. H., “*La Cucaracha* enviarán al festival de Cannes”, en *Cine Mundial*, México, núm. 2177, 2 de marzo de 1959, p. 12.
- Tuñón, Julia, “Descubrimiento del ‘otro’ y reafirmación nacionalista con *María Candelaria* (Fernández, 1943) en Cannes”, en *Historias*, núm. 74, septiembre-diciembre de 2009, pp. 81-97.



Tongolele y las “exóticas” en *Magazine de Policía* y VEA

Gabriela Pulido Llano*

Desde 1920 las puestas en escena en los grandes teatros metropolitanos que derivaron en “entretenimiento exclusivo para hombres”, así como sus comparsas en las carpas, donde se escenificaron representaciones “subidas de tono”, sumadas a los espectáculos en centros nocturnos de primera y tercera categorías, fincarían los parámetros con que se interpretó, midió y sujetó los valores sociales de la ciudad de México. El espectáculo sicalíptico, representado en teatros, salones de baile y centros nocturnos de las décadas de 1940 y 1950 se relacionó con el espectáculo nocturno caracterizado dos décadas atrás.

En torno a estos espacios se construían puntos de vista que hallaron formas de expresión características en medios como la prensa y, más adelante, el celuloide. Con el tiempo, de las *vedettes* que imitaban a las bailarinas de canción, lo cual se consideraba indecente aunque muy europeo, así como su adecuación a los tópicos nacionalistas, los escenarios cedieron el espacio a las bailarinas exóticas, las *tongoleles* y *kalantanes* que agitaron de manera categórica a la opinión pública metropolitana. La temática del desnudo femenino –a medias y total– expuso una galería de opiniones en que el centro del debate fue también, como en muchos otros acontecimientos durante aquellas décadas, la modernidad. Los diarios y las revistas culturales brindaron el espacio a plumas diversas para las que el objeto, el pretexto, la excusa de la diatriba entre lo moral y lo inmoral fue la vida nocturna. Ricardo Pérez Montfort, por ejemplo, nos cuenta acerca de la Legión Mexicana de la Decencia, una de las muchas organizaciones que pelearon contra el vicio, la pornografía y la prostitución durante el sexenio cardenista

Las puestas en escena posrevolucionarias, el teatro frívolo y los espectáculos, entre muchas otras cosas, generaron conceptos del cuerpo femenino que a “los guardianes de las buenas costumbres” les provocaron graves escozores en... la conciencia. Las molestias de estos sujetos no sólo se tradujeron en quejas y pesadumbre, sino en campañas de “profilaxis moral” rastreables en los medios y que evidencian a una sociedad en permanente estado de confusión acerca de cuáles debían ser los valores como la honradez, la decencia, la probidad, la virtud, la dignidad, así como los comportamientos de mujeres y hombres. En esos años los medios de comunicación fueron riquísimos en cuanto a tales expresiones. Personajes como las rumberas y Tongolele, en la década de 1940, e Isela Vega en la de 1960, permiten analizar el discurso y la trascendencia de las propuestas “atrevidas” o “subversivas” en el espectáculo y su manifestación como detonantes de declaraciones acerca de la moral social. De estas respuestas se han obtenido algunos

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (gpulido.deh@inah.gob.mx).

ingredientes importantes para el análisis de la doble moral de la sociedad mexicana.

Desde sus primeras representaciones en la escena nacional, la figura de Yolanda Montez, *Tongolele*, significó una ruptura en los paradigmas del comportamiento social, una suerte de revolución escénica y sexual que hace falta desentrañar con mayor detenimiento. En los años posteriores al *shock* que esta artista provocó en la cultura popular mexicana se inventó en los medios una polémica entre el *tongolelismo* y la decencia. El tono de esta controversia derivó en argumentos moralistas de todo tipo, incluso en aquellos escritores que pretendieron ejemplificar, al hablar de las representaciones de la bailarina, el ingreso de la ciudad de México a lo moderno y las posibilidades de competir con las capitales del espectáculo en el mundo.

Periódicos como *Excelsior* y *El Universal*, y revistas como *Cinema Reporter*, *Revista de Revistas*, *VEA* y *Magazine de Policía* de 1948 hablaron mucho de *Tongolele*. Durante ese año y hasta mediados de la década siguiente los periodistas intentaron comprender dónde y cómo se construyó la “sicalipsis” que de manera tan escandalosa sintetizaba aquella bailarina del mechón blanco y caderas inasibles. Más de uno de estos eventos editoriales constituyó el pretexto para hablar del cuerpo, su desnudez y su construcción en objeto público. En tales espacios letrados se propuso casi una clasificación en torno al desnudo femenino, al que le calificaba según si era un desnudo a medias o total.

Carlos Monsiváis (1998: 12) señaló que en aquel paradigmático año de la *tongolelitis* “el debate es moral y también, cabe decirlo, es teológico. Un acto donde tiene lugar la acción abominable de ‘las encueratrices’, la cópula es un solo cuerpo, es una síntesis del mal, no el mal que es la negación de Dios sino el mal que es la afirmación gozosa del pecado”. Las circunstancias del espectáculo parecían proponer un cambio de mentalidad, aunque para hacerlo se apelara de manera casi automática y nostálgica a los valores familiares, los comportamientos vigilados de mujeres y hombres, la supremacía de la madre, forjadora de conductas impermeables a la inmoralidad.

Tongolele fue, de acuerdo con los medios impresos, sólo el prelude de expresiones cada vez más subversivas. En el *Magazine de Policía*, por poner un ejemplo, se propuso una rivalidad entre ella y la bailarina Kalantán, quien hacía ruidos de animales salvajes mientras ejecutaba sus bailables casi desnuda. El desnudo en la escena, asociado con el salvajismo y lo exótico, impuso una categoría femenina, la exótica, bajo la cual se encerraron las expresiones de esta

índole a una suerte de recipiente donde cabría todo aquello desprovisto de valores morales, con lo cual los medios pretendieron neutralizar una debacle social. En algunos escritores el antagonismo entre ambas figuras, *Tongolele* y Kalantán, significó el detonante de un discurso que colocaría el enfoque moralista por encima de otras lógicas para describir al cuerpo y rastrear la huella de la “indecencia” en la metrópoli mexicana.

Por todo esto se debe conocer a la ciudad de México de la década de 1940, las pretensiones moralistas de la sociedad capitalina, la vigilancia y la censura, es decir, la intromisión activa –activista– de los intereses del catolicismo mexicano, el conflicto del cuerpo femenino al desnudo, el espectáculo como constructor de la cultura popular y de ésta como su abrevadero, los paradigmas sexuales, el morbo, la pornografía, los medios inventores de categorías sociales y los medios metidos en todo esto.¹

Las exóticas

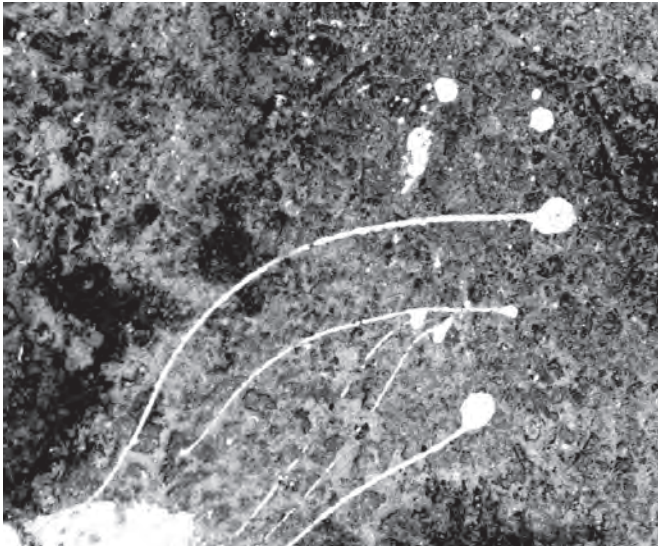
Un sector veía en las exóticas a las promotoras del nudismo. En la revista *VEA* del 3 de diciembre de 1948, el poeta de seudónimo *Chantecler* (1948) aludiría a esto en su poema “Arriba el desnudismo”:

El nudismo con su hechizo
Ya anémico, ya rollizo,
Se impone, claro que sí,
Si triunfó en el Paraíso,
¿Cómo no triunfar aquí...?

[...]

Que el desnudo es inmoral
Ya lo declaró el taimado
Departamento Central;
Pero ninguna ha logrado
Ponerle coto a este “mal”.
Vienen trajes exquisitos
De los modistos de Europa

¹ Resulta difícil hablar de estos temas sin mencionar los derroteros propuestos por Carlos Monsiváis para su estudio. Algunos de los temas recurrentes y, por qué no decirlo, favoritos de Monsiváis fueron la vida nocturna metropolitana, el espectáculo y las muchas aristas que esta temática ofrecía para penetrar hondo en la mentalidad mexicana. Desde su libro *Amor perdido*, y en escritos como “*Tongolele* y el enriquecimiento de las buenas costumbres”, por mencionar dos ejemplos entre docenas de escritos a lo largo de tres décadas, bosquejó un par de itinerarios que sin duda han sido puntas de lanza para cronistas e historiadores de la cultura.



Que no saben, ¡pobrecitos!
Que aquí los cuerpos bonitos
Gustan mucho más sin ropa.
Y así triunfa el “bataclán”,
Aunque a la moral le duele,
Y la esbelta Kalantán
Y la gentil Tongolele
Cerca del Olimpo están—

Y hasta jurarles me atrevo
Que no pierde la moral
Si no les halla el relevo
A las Evas de este nuevo
Paraíso Terrenal.

[...]

No importa que haya rencillas
Por morales desatinos
Desfogados en hablillas
Y adoremos de rodillas
Esos cuerpos venusinos...

Vulgaridad o arte, las nuevas tendencias en el espectáculo nocturno impuestas por las exóticas provocaron la curiosidad de más de un disimulado periodista. A la entrada de los teatros frívolos llegaron hasta los medios más moderados a “investigar” de qué se trataba este fenómeno social que, hasta 1948, habían ignorado al centrarse en asuntos de mayor envergadura. Por ejemplo, Martín Gómez Palacio, articulista de *Revista de Revistas*, emprendió el camino “tortuoso” por las nocturnas e indeseables calles en que

se encontraban el Fólies y el Tívoli para ver a Kalantán y a Tongolele. Para llegar debió sortear toda suerte de malos olores, de carnicas, tacos de birria, de fritangas; escuchar vocabulario soez, esquivar el vaho de las cantinas y piqueras, y también a las mujeres y “mujeres” que se le aproximaban, amenazantes. El escritor buscaba de una vez por toda salir de la duda y formarse una opinión propia acerca de estos espectáculos, ante la vorágine de razonamientos vertidos en la prensa capitalina, de todo tipo de tendencia. Aquellos sucios antros, el Fólies y el Tívoli, que albergaban estas nuevas propuestas escénicas, a decir del autor, “daban pena de entrada”. Lo que vio en ellos no era “ni cosa de arrepentirse, ni despreciable el espectáculo que en ellos se ofrece”:

Ambos espectáculos me han parecido ingenuamente bellos. Y muy adecuados a los precios un poquitín altos que se nos hace pagar. ¡La Tongolele! ¡La Kalantán! Y vaya si han agitado el medio social, aunque en verdad la sociedad que vio y admiró y se metió en su seno aquel Bataclán de París, hace ya lueños tiempos, no tiene mucho por qué admirarse. Éste no es sino la continuación del progreso indefectible de todos los hechos humanos. Aquello que era hasta cierto punto inmóvil, se ha movilizado un tanto cuanto; aquellas intenciones que no traspasaban los límites de ciertos muros, hoy los han sobrepasado. Eso es todo. Y eso es lo que se refiere a la moral, a la moral media ciudadana. Porque en punto al arte, en punto a la belleza, que es desnuda y casta, ni aquellos nos desplació nunca, ni esto hiere fibra alguna en nuestro sensorio. ¡Hemos admirado primero a la Tongolele y luego a la Kalantán, sin lamentar el orden en que nos tocó considerar sus respectivas actuaciones! Tenemos la impresión de que se trata de dos muchachas muy intuitivas, y dirigidas con inteligencia. Reproducen, en solitaria frialdad, los movimientos voluptuosos que siempre se tuvieron como vedados a la exhibición (Gómez Palacio, 1948: 8).

Para hacer justicia a su posición moderada, el escritor de *Revista de Revistas* concluyó con su visita que el espectáculo de estas dos bailarinas simplemente reproducía movimientos sancionados por tradición, “al son de ritmos de música exótica, exentos de pecaminosidad”.

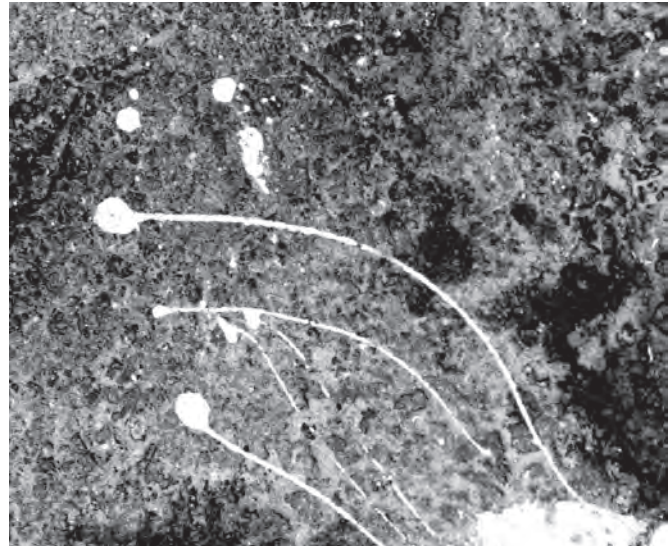
Sin embargo, esta apreciación fue más bien una excepción. El *Magazine de Policía* reprodujo en sus páginas aquella visión moralista que veía en estas representacio-

nes la tendencia de la ciudad a convertirse en centro de vicio y perdición. La escritora Celia Ferrer de Aguilar publicó allí el artículo titulado “México, la ciudad del pecado”, con un discurso que pretendía “aprisionar la sibarítica vida nocturna de la capital mexicana, que debía estar provocando la envidia de la vieja París”, “ciudad del amor y el placer”; si estaban a punto de denominarla como “la segunda Sodoma, desatada la furia de las legiones de los avernos, refugiándose hasta en los hogares más humildes, que antaño se caracterizaban por su vida honesta y moral ejemplar”.

El mejor ejemplo de este desatino fueron las exhibiciones pornográficas, que despertaban “la lujuria en ancianos concupiscentes y los bestiales instintos de una juventud inexperta” que concurría a los antros. Por lucro, “las artistas se exhibían con escaso material vestible sobre sus lubricos cuerpos”. Desde antes, con los bailes electrizantes y escandalosos de la cubana María Antonieta Pons, se veía la tolerancia de las autoridades hacia las exhibiciones inmorales, incluso en el celuloide. Por ello, “los carteles que anunciaban las representaciones de Tongolele y en los que aparecía completamente desnuda, eran una ofensa a la castidad de la mujer mexicana”. Ferrer de Aguilar, autora de este desconcierto, se preguntaba: “¿Es que una madre de familia no puede ir ya por esas calles de Dios llevando de la mano a sus pequeños hijitos? ¿Debe prohibirse salir de sus casas a los niños que van a las escuelas y deben pasar precisamente por las calles en cuyas paredes se han fijado tan obscenos carteles?” (*idem*).

Lo que llamaron en muchos medios “la epidemia de nudismo” se evidenciaba con la gran cantidad de bailarinas que invadió los teatros capitalinos, los cabarets de todas categorías y hasta las carpas arrabaleras, “en las que, por un miserable sueldo, enseñan sus flacas desnudeces chiquillas que deberían estar en sus hogares dedicadas a provechosos estudios, o prácticas domésticas, y no contribuyendo a encenagar más aún un arte que, desde inmemoriales tiempos, ha sido sagrado por su belleza y calidad de su expresión: la danza”. No se trataba de una danza que “combinara la materialidad de lo sexual con el excelso baile clásico, sino” el procaz movimiento de cintura, propiciado por la *tongolelitis*, despojando al cuerpo de su cobertura:

Día con día aumenta el número de bailarinas de ese género, que en denodada lucha compiten por una celebridad que cada vez las obliga a mostrar más y adoptando nombres exóticos y pegajosos, como Su-Mu



Key, Yara, Isora, que se hace llamar la diosa blanca, Kalantán, Tongolele” y otros, aunque procedan de los más apartados arrabales de México, pregonan en su publicidad que son oriundas de tierras lejanas. Los antros de vicio han aumentado considerablemente sus ingresos desde que exhiben en sus salones las obscenas danzas, ejecutadas con el solo fin de fomentar la morbosidad a que naturalmente está inclinada la raza latina y que llenan de público los espectáculos frívolos. Y mientras por una parte se lucha por la desanalfabetización de nuestro pueblo, por otra se da absoluta libertad a los explotadores del vicio, dando con esto pábulo a la degradación espiritual del mismo pueblo al que se pretende elevar en cuanto a su nivel moral (Ferrer, 1948: 9).

Como consecuencia de lo que se consideró una decadencia del género teatral, en otros números del *Magazine de Policía* se preguntaban:

¿Qué acaso sería difícil o tarea de romanos la creación de un supervisor de libretos, no para coartar la libertad de expresión, y sí para exigir originalidad y evitar los plagios descarados de *sketchs* que vieron hasta nuestros tatarabuelos? [...] Y, mientras que se toma una decisión precisa, tendremos que soportar los grititos histéricos de A. Leene Dupré, que castellanizado quiere decir Kalantán, o el cinturismo de Turanda, de Tongolele, de Kyra, Yara, Lupita Torrentera, Talahula, etc. Los nombres son lo de menos, lo esencial es tener un ombligo en condiciones de ser exhibido y unos muslos que puedan presentarse en público sin que la dueña se apene con el alarde (Sandrini, 1949: 7-8).

Acerca de Tongolele, al dedicar un número donde aparecía una foto suya en portada, escribieron:

Cuando Yolanda Montez hizo su presentación en los salones de baile de esta capital, nadie suponía que con el tiempo llegaría a ser una innovadora en nuestro ambiente teatral: en justicia deba reconocerse que esa categoría merece. “Tongolele” con los pies desnudos y dando palmetadas suaves al entarimado encerado de las salas en donde las “niñas de quinto patio” son embaucadas por tarzanes y tratantes de blancas consiguió que se “fijaran” en ella los empresarios, y así fue como consiguió que Américo Mancini la lanzara a la circulación en el Tívoli. Yolanda triunfó rápidamente, porque así son los valores y su éxito no se hizo esperar. Se le vio paseándose con un astro de cine, que tiene como especialidad perseguir a las estrellas de moda, por cierto que ahora está en turno la rubia Regina Bulova. Con “Tongolele”, la artista de los ojos glaucos y el gracioso lunar platinado que luce en su cabellera de azabache, nació en las galerías de México el afán de gritar inmoderadamente; víctimas del paroxismo, las gentes, con los movimientos rápidos de la cintura de la danzarina venida de Tahití, ¿qué así se llama cierto lugar de Estados Unidos? Yolanda ni sabía ni sabe bailar. Se mueve frenéticamente, mas no lleva ritmo en sus movimientos y desde entonces el teatro nuestro se ha inundado de “cinturitas”: jovencitas o viejecitas ya pasadas de moda que, para triunfar, no tienen otra cosa que ejecutar danzas lúbricas: poner los ojos en blanco y esperar que el populacho las eleve al primer lugar de la fama (Fernández, 1948: 5-6).

Aparte de estas imágenes por escrito, sobre Tongolele y las exóticas contamos también con los recuerdos de Margo Su (1990: 47-48), como éste, un espléndido retrato (ya lo dirá el lector) de ese acto electrizante que fue su baile:

La cortina se abre y ahí está Tongolele. Los ojos verdes, enormes y rasgados. Una cascada de pelo negrísimo enmarca los pómulos pronunciados, y la boca carnosa, sensual, sin sonrisa. Descalza, vestida con apenas dos tiritas de seda caídas suavemente al piso desde su cadera, sin abigarramiento de holanes, maracas o moños de rumbera, exhibe limpiamente un bello torso en líneas perfectas que se desliza con dulces ondulaciones por el escenario. La orquesta se detiene y solamente permanecen los golpes secos y calientes del bongó y las tumbas

acentúan la danza extraña de esta mujer, la cual, sólo con el lenguaje de su cuerpo, establece una inmediata y avasalladora comunicación con la multitud. Hombres y mujeres la miran hipnotizados. Los ritmos callan un instante, y entra el silencio, en el momento justo. Tongolele se detiene en el centro del escenario, de espaldas al público, iniciando, ahora sí, el ritual mágico y sagrado que electriza. El giro de su cadera, lento, aterciopelado, elegante, de armonía cósmica, cambia de pronto, y es fuerte, vigoroso, otra cópula maravillosa y perfecta con el ritmo de los tambores, y de un golpe nos levanta y nos aloja en su cuerpo, en su sombra, en su grito primitivo, ronco de placer y dolor, hasta el fin de la tierra, hasta el comienzo del mar. Y luego nos desliza sobre los líquidos tibios de agridulces oleajes en un juego fantástico, sin fin, que retoma y renueva y termina y comienza mil veces más. Sin darnos cuenta, ya Tongolele se fue. El público no se mueve, apenas recupera el aliento. Nadie tuvo tiempo de aplaudir, nadie lo pensó, como nadie piensa en aplaudir un rito sagrado. Nos deja la sensación de haber estado con nosotros unos segundos solamente. Hundido en la fascinación, el público sale en silencio. El aire fresco de la noche lo despierta poco a poco del embrujo. Camina entre las luces coloridas de los anuncios de gas neón, con la piel sensible, redescubriendo milagrosamente su propio erotismo, escondido quién sabe por qué y durante cuánto tiempo, el que resurge ahora libre, salvaje, cachondo, lleno de alegría por el amor, el sexo y la vida.

Bibliografía

- Chantecler, “Arriba el desnudismo”, en *VEA*, 3 de diciembre de 1948.
- Fernández, Sergio, “Los alcances del tongolelismo”, en *Magazine de Policía*, 18 de octubre de 1948, pp. 5-6.
- Ferrer de Aguilar, Celia, “México, la ciudad del pecado”, en *Magazine de Policía*, 10 de junio de 1948, p. 9.
- Gómez Palacio, Martín, “Los extremos de la danza”, en *Revista de Revistas. El Semanario Nacional*, 8 de agosto de 1948, p. 8.
- Monsiváis, Carlos, *Amor perdido*, 2ª ed., México, Era, 1978.
- _____, “Tongolele y el enriquecimiento de las buenas costumbres” (pról.), en Arturo García Hernández, *No han matado a Tongolele*, México, La Jornada Ediciones, 1998, pp. 11-19.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Juntos pero no revueltos. La ciudad de México durante el sexenio del general Cárdenas y otros ensayos*, México, ¡Uníos! (Sábado Distrito Federal), 2000.
- Sandrini, Flavio, “El vodevil barato estafa al público”, en *Magazine de Policía*, 13 de enero de 1949, pp. 7-8.
- Su, Margo, *Alta frivolidad*, México, Cal y Arena, 1990.

Águeda Pía Fernández Martínez. Una mujer en vilo

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

*El recuerdo es vida vivida.
El pasado no se borra, cuenta siempre.*

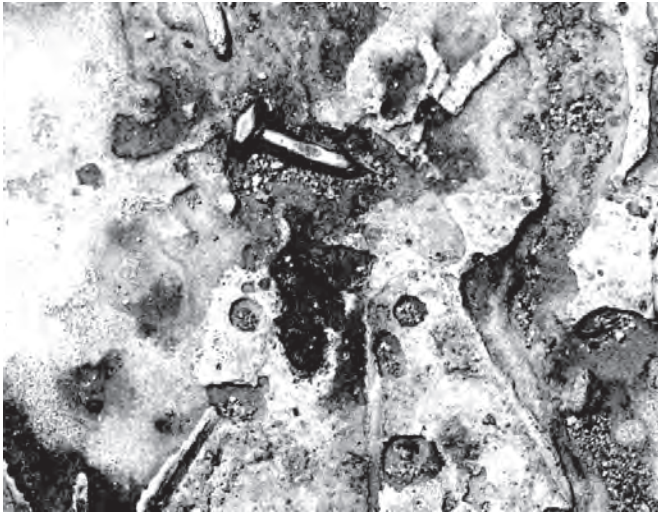
Águeda Pía Fernández:

Detrás de tu actitud dubitativa y tu silencio, la palabra rompe el cerco y te revela. Eres como una niña “que escoge juguetes de una caja llena de ellos y los coloca en cierto orden para crear una escena o contar una historia” (Beristáin y Ramírez, 2009: 21). En cada palabra, cada frase, Águeda nos dice algo propio de su persona y de su vida, una vida que fue un constante devenir. Águeda Pía Fernández, *una mujer en vilo* que vivió en lo alto...

La mirada fija en un punto distante se pierde en el laberinto de la memoria. La actitud dubitativa de la persona en el retrato nos lleva a hacernos la pregunta. ¿En qué piensas, Águeda Pía Fernández? Acaso el pasado te envuelve para que nos cuentes tus experiencias. Primeros recuerdos, tu pueblo natal, Pasajes Ancho (Guipúzcoa, España), pueblo pesquero que te vio nacer y crecer, acogida en el seno de una familia amorosa. Una familia que giraba en torno al hombre de la casa. El recuerdo de tu padre es firme en tu pensamiento, un hombre que influyó de manera notable en tu vida. Tu padre fue un escritor que debió abandonar su vocación para buscar un medio más adecuado para sostener a su familia. Es a él a quien debes tu pasión por la literatura. Además de admirarlo como padre, lo admirabas como un hombre de ideas liberales. Recuerdas, Águeda, que tu padre decía que la mujer debía tener un lugar preferente en la sociedad. Se le deben proporcionar los medios para que se sienta un ser pensante y tenga la dignidad que le corresponde a toda persona de mente universal. Tú quisiste ser esa mujer que tu padre anhelaba.

Los recuerdos de tu infancia y primera juventud en España siempre te acompañaron. Naciste en un matrimonio de amor y siempre estuviste rodeada de ese amor. Los días de colegio y las esperadas vacaciones en la quinta Villa Americana, en casa de tus abuelos o los tíos, dichosos tiempos aquéllos. Desde chica la presencia del mar te envolvió. Una educación sólida permitió reforzar las ideas que tu padre te inculcó. Fue en la ciudad de San Sebastián, con escasos 16 años, en medio del mar y tus lecturas, donde decidiste cómo deberías ser siempre. Desde tu juventud participaste en conversaciones políticas, musicales y pictóricas. Comprobaste que la mujer dotada de educación podía constituirse en un ser de mente universal. Tus aficiones lo demuestran: escribir, apreciar la pintura y escuchar música abrían tus sentidos para interpretar el mundo de manera diferente; por eso percibes con mayor ímpetu el campo y el mar, tu querido mar. Pero también está la España

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (bcano.deh@inah.gob.mx).



desgarrada por la guerra. La idea del triunfo por parte del bando republicano te daba esperanzas de que tus sueños se cumplirían. Sin embargo, la realidad es cruel: el año de 1936 alteró tu futuro y el de España. A partir de ese momento te convertirías en una mujer que participó de manera activa en las filas republicanas, desde la tribuna de diferentes medios impresos. *El Altavoz del Frente* de Madrid fue un testigo del fervor que imprimiste para defender la causa republicana. Estabas totalmente entregada a un deseo, el de colaborar para que la juventud de España, y entre ésta las mujeres, participara de una forma digna en el devenir de su patria.

El avance de los franquistas obligó a tu padre a tomar una decisión difícil: separar a la familia. Él y sus hijos mayores se quedarían en Madrid, mientras que el resto saldría hacia Levante. En Valencia te integraste a Films Popular y, poco después, al diario *La Hora*, como parte del equipo de periodistas jóvenes. Con la caída de Madrid debiste trasladarte a Barcelona, ciudad donde colaboraste en la revista *Trincheras*. La vida en Barcelona era peligrosa por los constantes bombardeos que sufría por mar y tierra. Por tu participación en la revista abandonaste la capital catalana cuando era inminente su caída ante las tropas franquistas. Decidiste ir a Francia. En Figueras encontraste por casualidad a tu madre y a tus hermanos pequeños. Con ellos te dirigiste a Chevreuse, punto donde se hallaban numerosos refugiados españoles. Allí colaboraste como instructora de cultura general para los niños; por tus antecedentes de estudio y trabajo se te presentó la oportunidad de salir hacia dos países: México y la Unión Soviética. Ante las alternativas, optaste por el primero. "Al final me libré de ir a prisión con el destierro voluntario. Tomé el camino de la libertad de pensamiento" (Fernández, 2001: 21).

¿Águeda, recuerdas que tu salida de España fue muy triste? En uno de esos ires y venires por el territorio español perdiste los pocos objetos que representan tu pasado. ¡Perdiste tu pasado, pero dejarás la memoria donde ardía! Resultó doloroso abandonar tu patria tras un largo peregrinar, de Levante a Barcelona, de Barcelona a Chevreuse, Francia. Y por fin llegaste a tierras americanas. Arribaste al puerto de Veracruz. Te costó trabajo bajar del barco. No querías hacerlo. Fue allí cuando te diste cuenta de tu situación de exiliada, pero también "aquí, en el valle de México, donde vuelvo a recobrar me, a sentirme 'uno' en la humanidad más plena". Tu tristeza debía quedar atrás. Ahora te enfrentabas a un nuevo reto: abrirte paso en un país del todo nuevo para ti, sin ningún lazo afectivo y social. Ya en la ciudad de México, y gracias a la recomendación de José de Jesús Núñez y Domínguez, quien fungía como director del Museo Nacional, Alfonso Reyes te ofreció que trabajaras con él como su asistente. Habías entrado por la puerta grande a la vida intelectual de este país: "Día a día en mi trabajo, en el trato con mi superior, en la relación con las personas que don Alfonso atendía, iba yo a conocer lo más selecto en el pensamiento de hombres y mujeres de México y lo mejor de la intelectualidad trasterrada española". Existía una fraternidad entre los pensadores mexicanos y los españoles. El intercambio de ideas y de conocimientos fue un beneficio para ambos grupos.

De trabajo y aprendizaje fueron los cinco años que estuviste bajo las órdenes de Alfonso Reyes. Además, llevaste una intensa vida cultural: los conciertos, las conferencias, la visita a museos y a zonas arqueológicas llenaban tus horas libres. Así fuiste conociendo y amando a la nueva tierra a donde habías venido a vivir para siempre. Un episodio que recuerdas con gran cariño fue cuando don Alfonso te dijo: "Águeda, usted tiene una mente universal". Se había cumplido el deseo de tu padre. En esa época conociste a diversas personalidades, y con algunas de ellas entablaste amistad; por mencionar algunas: Daniel Cosío Villegas, Leopoldo Zea, Manuel Cabrera, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Margarita Mendoza López. Nunca abandonaste tu oficio de escritora. A la par de tu trabajo con don Alfonso escribías colaboraciones para algunas publicaciones y notas de arte para la revista *Rueca*. Gracias a esta actividad apreciaste la obra de varios artistas plásticos. Por ejemplo, Valetta Swann, Uxío Souto, Ricardo Martínez, María Izquierdo y Frida Kahlo. Textos que se encuentran recogidos en tu libro *En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)*. En el año de 1942 obtuviste tu carta de

naturalización. Abrazaste a este país como algo muy tuyo. Durante la primavera del mismo año, en Acapulco, un episodio de lo más singular determinó la elección del tipo de hombre que buscabas como compañero: “Pensé: el hombre debe ser un artista”. No había ninguna duda de que tus “sí-nos” en la vida habían sido el mar y la pintura.

Las reacciones que desató tu interés hacia el pintor Raúl Anguiano y posterior matrimonio con él fueron de desapro-bación total. El pintor Roberto Montenegro dijo: “Es un malagradecido”. Daniel Cosío: “Ya metió la pata hasta lo hondo”. Y las menos: “Me gusta, pero creo que es un brillante en bruto”. “Tiene tipo de torero. Me agrada.” En septiembre de 1944 te casaste con Anguiano, un hombre que sólo se dedicaba a la pintura y al que no le interesaba nada más. Iniciabas una nueva etapa en tu vida. Trabajarías para el beneficio de Anguiano y para tu propio bien. Tú la veías como una labor en conjunto, en equipo. Ayudabas en cuanto fuera necesario: lavabas sus pinceles, molías los colores, lo acompañabas en sus viajes; correctora de textos y de pruebas, estabas atenta a las exposiciones y realizabas los contratos; en algunos casos incluso le indicabas el lugar para pintar. Todo ello te daba derecho a decir “*hemos trabajado*”, al considerar que había tenido una participación en el desarrollo y ejecución de la obra. Colaboración incondicional, de tiempo completo: “Me aparté totalmente del Colegio de México y también de los medios españoles”.

¿Cuál es el recuerdo que tienes de Raúl Anguiano? Una vida llena de trabajo; mañana y tarde con modelos en su estudio, y por el atardecer su clase en la escuela de pintura y escultura La Esmeralda del INBA, viajes, exposiciones. Ausencia total en la vida familiar.

Un hombre dominante que modificó tus hábitos. Dejaste de ver a la gente de frente. Variaste tu forma de vestir. Reprimiste tu sonrisa y tuviste que bajar el tono de tu voz. “Este cambio, mejor dicho, esta represión fue en detrimento de mi carácter risueño que tuve que refrenar.” Debiste ir modificando tu personalidad para complacer al hombre que amabas.

Tal vez tu matrimonio se resumiría como un cuadro de claroscuros. La luz: los primeros años de tu matrimonio y el nacimiento de tus dos hijos; los oscuros: la indiferencia, los insultos, el sometimiento, la falta de amor. Una relación en plena zozobra. La ruptura era inminente. El proceso del divorcio constituyó un trago amargo: humillaciones, falsos testimonios, encarcelamiento y despojo. Y al final: “Quedé con la mente clara y el corazón solitario, limpio de mancha”.



No quiero ver cosas rotas, ni tocarlas.
No quiero que me maltraten ni con el gesto ni con la palabra.
La vida siempre es bella.
La naturaleza renace cada día.
Los niños son la savia que la hace vibrar.
Los adolescentes la quieren transformar.
Los adultos la quieren ordenar.
La vida seguirá su marcha infinita.
Es algo matemático.
Nací frente al mar. Me casé rodeada de mar.
¿Será el mar el que me lleve a la tierra?
¿Dejaré, algún día, de ser una mujer en vilo?

En cada palabra, en cada frase, Águeda Fernández nos dice algo propio de su persona y de su vida: una vida que fue un constante andar. Un testimonio fehaciente de lo que significó la incertidumbre ante la guerra y la tenacidad para sobrevivir ante situaciones difíciles. Sufriste el desgarramiento de ver a tu familia separada, pero ello no fue un obstáculo para que salieras adelante. Los amargos momentos y las grandes satisfacciones forman parte de la vida de una mujer en vilo, como lo eres tú.

Bibliografía

- Beristáin, Helena y Gerardo Ramírez Vidal (comps.), *Crisis de la historia. Condena de la política y desafíos sociales*, México, UNAM, 2009.
- Fernández, Pía Águeda, *En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)*, México, El Ermitaño (Minimalia), 2001.
- _____, *Una mujer en vilo*, México, El Ermitaño (Minimalia), 1999.

Hacer la comunidad. Mujeres estadounidenses en la ciudad de México

Mónica Palma Mora*

Este trabajo tiene como propósito reseñar algunos aspectos de la participación femenina en la historia de la inmigración estadounidense durante el siglo xx.¹ Se trata de un breve recuento del papel desempeñado por las mujeres en la formación de la comunidad establecida en la capital del país. El entusiasmo y empeño que muchas de ellas dedicaron a la organización interna de su grupo de origen ha quedado registrado en el *Bulletin* mensual de la American Society of Mexico (AmSoc), una de las organizaciones de estadounidenses que desde su fundación, en agosto de 1942, ha fungido como un medio de comunicación y enlace de la comunidad. Sin embargo, la experiencia femenina no ha generado estudios particulares² y su contribución se ha inscrito en la historia de su propio grupo. Algunas cobraron notoriedad por escribir acerca de su vida en México; otras, sobre las que no abundaré aquí, han sido mucho más visibles porque se incorporaron al campo de la producción cultural y contribuyeron a la difusión de la cultura mexicana en el extranjero; por tanto, han sido tema de varios estudios. Aparte de estos ejemplos, como ya se dijo, la inmigración de ese país desde la experiencia de las mujeres ha sido muy poco explorada.

La formación de asociaciones

La inmigración estadounidense en México empezó a cobrar notoriedad numérica durante el porfiriato; su concurrencia, como la de otros extranjeros de distintos orígenes nacionales, se vinculó en términos muy generales con las políticas de apertura a la inversión extranjera para financiar el crecimiento económico, así como de colonización del territorio con inmigrantes de otros países. Desde ese periodo tendieron a concentrarse en los estados de la frontera norte, si bien la ciudad de México constituyó de igual forma un importante sitio de asentamiento del grupo.

Muchos estadounidenses se establecieron con sus familias; por ejemplo, hombres de negocios, empleados (tanto de las compañías como del servicio diplomático) y algunos profesionistas. Por ello el número de mujeres estadounidenses no fue tan menor; al contrario, desde entonces hasta la fecha su presencia en México ha resultado, en término cuantitativos, muy significativa.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (mpalma.deh@inah.gob.mx).

¹ Este escrito forma parte de una investigación más amplia sobre la inmigración estadounidense en México durante la posguerra.

² Se sabe de una investigación realizada en la década de 1970 en el entonces Centro de Investigaciones Superiores del INAH (en la actualidad CIESAS) sobre las nuevas residentes (*newcomers*), pero desafortunadamente no se publicó.

A iniciativa de los hombres de negocios, se inició la fundación de diversas asociaciones (sociales, recreativas, educativas) que, además de reunirlos e identificarlos como grupo, tenían como objetivo ayudarlos a resolver las dificultades que entrañaba la adaptación a la nueva sociedad de residencia. En ese terreno las mujeres participaron en forma activa. En particular, las esposas de los hombres de negocios promovieron la inauguración de organizaciones destinadas a la educación de los niños y adolescentes. Así, por ejemplo, una entusiasta periodista y reformadora social, la señorita Maude A. Dennie, quien se desempeñaba como maestra de los hijos de varias damas de la burguesía estadounidense en México, consideró que la educación en el hogar era insuficiente para una “colonia amplia con familias numerosas” (Schell, 2001: 70). En 1894 la señora Dennie inauguró una escuela cuyo programa incluía clases de inglés, español, francés, matemáticas, música, deportes y clases de baile. Dennie enfrentó diversas dificultades para mantener la escuela abierta (el conserje, un apostador, huyó con los fondos de la escuela y su esposo murió); sin embargo, su empeño y el apoyo de varias madres de familia y personajes prominentes, como el empresario Oscar Braniff, interesados en que sus hijos recibieran instrucción en inglés, impidieron que la escuela cerrara. Cabe señalar que la señora Dennie también contó con el apoyo de varias damas mexicanas destacadas de la sociedad porfiriana; por ejemplo, de la propia esposa del presidente de la República y de María Cano de Limantour.

Otra estadounidense entusiasta de la formación educativa de niños y jóvenes fue la señora B. M. Files, que en 1888 se mudó a México para radicar en compañía de su hija, esposa de un magnate del petróleo,³ y de sus nietos. La señora Files era también profesora de jardín de niños. Alentada por otras damas estadounidenses, entre ellas la propia señora Dennie, en 1894 fundó The Mexico City Grammar School, con una matrícula inicial de 90 niños, entre estadounidenses, británicos, franceses, suizos, alemanes y mexicanos, muchos de estos últimos hijos de familias de la burguesía porfiriana. Tanto la escuela fundada por la señora Dennie como la inaugurada por la señora B. M. Files constituyeron el antecedente de la actual American School Foundation.

Además de su interés por la creación de instituciones educativas y de su participación en otras asociaciones del grupo, como The American Benevolent Society,⁴ algunas

partidarias de la corriente reformadora de ese tiempo fundaron The Woman's Club of Mexico City, en 1893. Esta asociación, de carácter social y recreativo, agrupó a 30 mujeres; sin embargo, diferencias de clase y opinión redujeron su número a 12, cuya única actividad consistía en tomar clases de español. Para 1898 el club incluía entre sus actividades charlas sobre artesanías, costumbres e historia de México, si bien las estadounidenses encontraron las clases poco atractivas y aburridas y el club pronto desapareció.

Otras más, esposas de hombres de negocios, como las señoras Hudson y Cook,⁵ colaboraron con damas mexicanas en los comités de ciertas organizaciones destinadas a corregir “la falta de educación y de disciplina moral” entre las clases populares.⁶ Por ejemplo, en el comité de la Escuela para Señoritas Florence Crittenton, destinada a la capacitación e instrucción moral de las servidoras domésticas; en el de la Sociedad Mexicana para Prevenir la Crueldad contra los Animales (MSPCA's), cuyo objetivo era abolir las corridas de toros, y en la Unión de Mujeres Cristianas Pro Abstinencia Alcohólica (WCTU). En esta última destacó Addie Northam Fields, una reformadora que emprendió toda una cruzada por el país a fin de inscribir niños a la escuela y formar sociedades locales contra la embriaguez.

El proceso revolucionario que estalló en noviembre de 1910 ocasionó la emigración de numerosas familias estadounidenses radicadas en el país y en su capital, sobre todo a partir de los trágicos sucesos de febrero de 1913. Por consiguiente, la mayoría de las instituciones y asociaciones del grupo cerraron sus puertas y otras simplemente desaparecieron.

Se sabe muy poco acerca de la vida del grupo y de la manera como se reconstituyeron las asociaciones en las décadas de 1920 y 1930. En este lapso fue mucho más visible la presencia de otras mujeres estadounidenses, entre periodistas, escritoras, artistas plásticas y antropólogas, muy diferentes a sus compatriotas ya establecidas. Ellas formaron parte de una corriente de extranjeros, en su mayoría estadounidenses y británicos, llegados a México por el interés, entusiasmo o curiosidad que les despertaron las expectativas de reivindicación social y política de la Revolución, así como por la política educativa y cultural de índole nacionalista impulsada en la década de 1920 por José Vasconcelos.

³ Propietario de la Water Oil Pierce Company,

⁴ Organización dedicada a apoyar a los compatriotas que enfrentaban dificultades de salud o falta de recursos, y uno de los centros de reunión de los residentes estadounidenses durante el porfiriato.

⁵ Paul Hudson, dueño del *Mexican and Herald and Modern Mexico*; George W. Cook, importante comerciante.

⁶ La burguesía porfiriana consideraba a las clases populares como analfabetas, inclinadas al vicio y sin disciplina moral.

Tabla 1
Estadounidenses en la ciudad de México, 1895-2000 (números absolutos y relativos)

| AÑO | TOTAL EN EL PAÍS | CIUDAD DE MÉXICO | PORCENTAJE |
|------|------------------|------------------|------------|
| 1895 | 12 108 | 1 413 | 12.33 |
| 1900 | 15 267 | 2 117 | 13.86 |
| 1910 | 20 639 | 3 045 | 14.76 |
| 1921 | 21 744 | 2 873 | 13.21 |
| 1930 | 36 308 | 3 905 | 10.75 |
| 1940 | * | * | * |
| 1950 | 83 391 | 12 036 | 14.43 |
| 1960 | 97 902 | 15 033 | 15.35 |
| 1970 | 97 246 | 12 496 | 12.84 |
| 1980 | 157 117 | 12 554 | 7.99 |
| 1990 | 197 619 | 8 624 | 4.43 |
| 2000 | 343 591 | 10 869 | 3.16 |
| 2010 | 738 103 | 16 798 | 2.27 |

* El censo de 1940 no desglosa el país de nacimiento de los extranjeros

Fuentes Entre 1950 y 1980, cálculos elaborados con base en Salazar (1996: 267-269); para 1990, XI Censo... (1990: 266); para 2000, XII Censo... (2000), y para 2010, XIII Censo... (2010).

Estas estadounidenses, que no llegaron a México como esposas ni hijas, sino como personas independientes, creativas, desafiantes del rol tradicional asignado a la mujer, tras participar un tiempo en la renovación de la vida artística y cultural mexicana de las décadas de 1920 y 1930, retornaron a Estados Unidos o viajaron a otros países. Más tarde algunas de ellas regresaron a México, donde radicaron hasta su muerte.⁷

La Segunda Guerra Mundial y las estadounidenses

En el caso de las mujeres de la comunidad establecida en la ciudad de México, la década de 1940 marcó su incorporación definitiva a la vida organizativa de la comunidad. La participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial fortaleció los sentimientos patrióticos de sus ciudadanos radicados en la capital mexicana. Por este motivo fundaron diversas asociaciones encaminadas a apoyar los esfuerzos bélicos de su país. Una de ellas fue la American Society of Mexico. En la inauguración y actividades de esta organización y de otras más, creadas en años posteriores, las mujeres de la comunidad, en especial las esposas de los

diplomáticos, hombres de negocios y antiguas residentes, tuvieron y han tenido una destacada participación. De hecho, ellas formaron la membresía de varias asociaciones y fueron las más entusiastas. Por ejemplo, como parte de la American Society se constituyó el Social Service Committee (ssc of AmSoc) integrado casi en exclusiva por mujeres, dedicadas a confeccionar prendas de vestir y vendas para los soldados que combatían en el frente, a semejanza de sus compatriotas en Estados Unidos.

Una vez que la guerra terminó, las actividades del ssc se volcaron hacia la comunidad. En mayo de 1947 reunía a 116 mujeres, y al finalizar la década de 1940 se encargaba de distribuir alimentos y ropa a las familias necesitadas durante la Navidad, confeccionaba prendas de vestir para varias organizaciones de caridad, así como sábanas y almohadas para el Hospital ABC. En agosto de 1973 la organización hacía un llamado a la comunidad, en particular a las mujeres, para que se incorporaran como voluntarias o directivas del ssc, pues, según se advertía, algunas de las antiguas voluntarias estaban retornando a Estados Unidos, otras se habían mudado a diversos países sudamericanos, ya que sus esposos habían sido trasladados por las empresas transnacionales que los empleaban, y algunas más ahora formaban parte de las directivas de otras organizaciones. A principios de la

⁷ Anita Brenner, Ethel Duffy Turner, Alma Reed. Las dos últimas fueron condecoradas por el gobierno mexicano con el Águila Azteca.

Tabla 2
Estadounidenses en México según sexo, 1895-2000 (porcentajes)

| AÑO | HOMBRES | MUJERES | TOTAL |
|------|---------|---------|-------|
| 1895 | 61.3 | 38.7 | 100 |
| 1900 | 64.0 | 36.0 | 100 |
| 1910 | 63.0 | 37.0 | 100 |
| 1921 | 55.7 | 44.3 | 100 |
| 1930 | 50.9 | 49.1 | 100 |
| 1950 | 46.4 | 53.6 | 100 |
| 1960 | 48.1 | 51.9 | 100 |
| 1970 | 47.4 | 52.6 | 100 |
| 1980 | 48.2 | 51.8 | 100 |
| 1990 | 49.0 | 51.0 | 100 |
| 2000 | 50.6 | 49.2 | 100 |
| 2010 | 50.8 | 49.2 | 100 |

Fuentes Entre 1950 y 1980, cálculos elaborados con base en Salazar, (1996: 269); para 1990, XI Censo... (1990); para 2000, XII Censo... (2000), y para 2010, XIII Censo... (2010).

década de 1980 el ssc se integraba por mujeres de diversas nacionalidades, en su gran mayoría estadounidenses, y era una organización destinada a asistir a instituciones de salud y de beneficencia, de preferencia mexicanas, sin que faltara el apoyo a las de la propia comunidad.⁸

La adaptación a la sociedad receptora ha sido, desde la década de 1940, otro foco de interés de las mujeres de la comunidad estadounidense en la ciudad de México. Por ello han procurado fundar espacios que les sirvan tanto para relacionarse con personas de su misma nacionalidad como con otras de nacionalidad mexicana. En esa década las señoras Ruth Washburn y Ruth Castillo, esta última casada con un mexicano, fundaron una asociación destinada a promover la amistad entre las mujeres de la misma comunidad, que a la vez facilitara la adaptación de las nuevas residentes. A ambas les había sido muy difícil entablar amistad con personas de su misma nacionalidad y con mexicanos durante sus primeros meses de estancia: en el interior de su comunidad por ser recién llegadas, y en el ámbito mexicano por ser extranjeras

y porque no hablaban español. Por este motivo ambas coincidieron en establecer una organización que hiciera más gratos los primeros días de estancia de las *newcomers* y ayudara a su pronta adaptación al estilo de vida de la sociedad receptora. Así nació el Greeters Committee. Las señoras Washburn y Castillo estaban convencidas de que mucha de la falta de entendimiento y de las fricciones entre estadounidenses y mexicanos se debía al desconocimiento de las costumbres y del estilo de vida entre ambos países. Por ello incorporaron a mujeres mexicanas a la organización. Mediante la citada asociación, las fundadoras también apoyaron la política de buena vecindad de su gobierno. Éste fue el mismo propósito de otras asociaciones de mujeres en esos años, no necesariamente formadas por estadounidenses, pero en las que éstas participaban, como The International Women's Club.

Epílogo

La afluencia de estadounidenses a México no sólo continuó al término de la Segunda Guerra Mundial, sino que aumentó y se convirtió, desde entonces, en la primera población extranjera radicada en el país. Más estadounidenses arribaron a la ciudad de México, mas no todos se acercaron ni involucraron con su comunidad de origen, aunque varios de ellos recurrían a las asociaciones, en particular a la American Society, para informarse sobre los trámites

⁸ Confeccionaba ropa para el Hogar de Niños del Ejército de Salvación, el Orfanato Nuestros Pequeños Hermanos del Padre Wasson, el Hogar para Niñas Abandonadas de Sister Keller's Home For Abandoned Girls, la Sociedad Americana de Benevolencia, el Hospital de la Mujer y la Casa Álvaro Obregón. En 1981 elaboró 1 107 vestidos individuales para estas asociaciones. En 1973 el número de instituciones a las que ayudaba era mayor. El comité se sostenía con recursos del Fondo Unido de la Comunidad, fundado en 1956.

migratorios que debían cumplir o respecto a la forma de vida mexicana.

Durante la segunda mitad del siglo xx esta inmigración continuó caracterizándose por ser más familiar que individual, con un predominio numérico, entre 1950 y 1990, del género femenino (tabla 2). En lo que corresponde a la comunidad establecida en la ciudad de México, a principios de la década de 1990 se agrupaba en más de 60 organizaciones de muy diversa índole, en la mayoría de las cuales participaban mujeres. Una buena parte de las que colaboraban con su comunidad tenían estudios universitarios, estaban casadas con ejecutivos o diplomáticos, habían vivido en la ciudad por lo menos cuatro o cinco años, hablaban español (y algunas otros idiomas), presidían varias asociaciones y participaban en los comités de otras más. Su presencia no sólo era visible, sino central en la organización interna del grupo. En cambio, en el ámbito mexicano la participación de las estadounidenses era mucho más discreta, dirigida en lo fundamental a ayudar a instituciones de salud y de beneficencia. En cierta medida esta labor las acercaba un poco a la sociedad mayor, al enterarse o percatarse de la situación que enfrentan ciertos grupos de mexicanos: los menos afortunados, los más vulnerables. No obstante, estas estadounidenses suelen vivir en su propio espacio identitario, alejadas de lo que acontece en la sociedad mayor.

Es posible que su entusiasta participación en la vida organizativa de su grupo de origen se deba a su propio estatus social: esposas de ejecutivos, diplomáticos, empleados de alto rango, los cuales suelen representar los intereses de su gobierno y de la propia comunidad ante las autoridades mexicanas. Quizá a ello respondan también las tareas de beneficencia respecto a la sociedad mayor, interés que no deja de ser auténtico, como sucede con otras comunidades extranjeras, si bien en la estadounidense la participación femenina ha sido más recurrente y mucho más visible.

Por otro lado, en la ciudad de México y en el país han radicado muchas otras mujeres estadounidenses a las que no les ha interesado ni atraído acercarse a su comunidad de origen, como sucedió con aquéllas, hoy célebres, llegadas en las primeras décadas posrevolucionarias: muchas de ellas se han desempeñado en la sociedad mayor como académicas, investigadoras, profesionistas, artistas de espectáculos, escritoras, periodistas, enfermeras, empleadas; algunas han contraído matrimonio con mexicanos o sus hijos han nacido en México. Precisamente, por ser las que más se han filtrado en la sociedad nativa, han resultado, según me parece, menos visibles. Todas ellas, sin embargo,

tanto las interesadas en la cohesión y la conservación de la identidad del grupo, las ocupadas y preocupadas en tareas de asistencia social y de beneficencia, como las que poco o nada se han acercado a su grupo de origen y han preferido filtrarse e involucrarse más en la sociedad mexicana, han cumplido un papel nada desdeñable: por el contrario, muy participativo y notorio en la historia de la inmigración estadounidense en el país.

Bibliografía

- "American Colony Drive to Begin Easter", en *American Society of Mexico. Bulletin*, vol. VII, núm. 3, marzo de 1949, p. 12.
- American Society of Mexico. Bulletin*, 1945-1982.
- Brown, Jane, "You Are Needed", en *American Society of Mexico. Bulletin*, vol. XXXVII, núm. 8, agosto de 1973, pp. 14-18.
- _____, "History of The American Society of Mexico", en *Amistad*, vol. 8, núm.3, febrero de 1982, p. 10.
- XIII Censo General de Población y Vivienda, tabulados básicos, México, INEGI, 2010.
- XII Censo General de Población y Vivienda, México, INEGI, 2000.
- XI Censo General de Población y Vivienda, resumen general, tabulados complementarios, México, INEGI, 1990.
- Davis, Clara Ethelyn, "The American Colony in Mexico City", tesis de doctorado en filosofía, Misuri, Universidad de Misuri, 1942.
- Denman Kathy y Karen Kovacs, "Mujeres norteamericanas en México. El caso del Newcomers Club", inédito, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, 1978.
- Díaz de Kuri, Martha, "Británicos y estadounidenses. Vínculos y comunidades de intereses", en Carlos Martínez Assad (coord.) *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, t. 1, México, Gobierno del Distrito Federal, 2010, pp. 365-389.
- "Fondo Unido", en *Amistad*, vol. 8, núm. 6, mayo de 1982, p. 25.
- Gutiérrez Suárez, Emma E. de, "Welcoming Newcomers", en *American Society Bulletin*, octubre de 1948, pp. 22-23.
- Knight, Mabel F., "The International Woman", en *Pemex Travel Bulletin*, vol. X, núm. 204, febrero de 1950, pp. 2-3.
- Palma Mora, Mónica, *De tierras extrañas. Un estudio sobre la inmigración en México, 1950-1990*, México, INAH-Instituto Nacional de Migración-DGE (Migración), 2006.
- "The Pan American Round Table of Mexico", en *American Society of Mexico. Bulletin*, vol. II, núm. 7, abril de 1944, pp. 5-6.
- Salazar Anaya, Delia, *La población extranjera en México (1895-1990). Un recuento con base en los censos generales de población*, México, INAH, 1996.
- Schell, William Jr., *Integral Outsiders, The American Colony in Mexico City, 1876-1911*, Wilmington, Delaware, A Scholarly Resources, 2001.
- Stewart, Frances, "My Heart Lies South", en *Pemex Travel Bulletin*, vol. XIV, núm. 257-A, junio de 1954, pp. 8-9.

La república de las mujeres. Creación de un sujeto político en San Pedro Mártir

Mario Camarena Ocampo*

El Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur es una organización de personas que viven en un territorio que abarca tres pueblos, Chimalcoyoc, San Pedro Mártir y San Andrés Totoltepec, así como varias colonias, María Esther Zuno, Plan de Ayala, Ejidos de San Pedro, Tlalcoligia, Mirador, Zacatienda, Tehuiztlán, Kilómetro 21, la Tienda y Arboledas, en las faldas del Ajusco. En la actualidad, estas localidades se encuentran entre la carretera federal y la autopista México-Cuernavaca, en el sur del Distrito Federal.

Desde la década de 1960 esta franja se pobló debido a una constante migración proveniente de varios estados de la República y de la capital mexicana. La geografía política nos dice que este territorio pertenece a la delegación Tlalpan, si bien sus habitantes se identifican como parte de la iglesia de San Pedro Mártir de Verona, debido a que esta parroquia se ha constituido en un símbolo de justicia y dignidad en ese espacio.

Durante la primera mitad del siglo xx una parte de la zona de que hablamos tenía un carácter agrícola. También había un área boscosa donde se desarrollaban labores de cacería y de obtención de leña. A partir de la década de 1960 se inició un proceso inexorable de urbanización, el cual se aceleró en las últimas décadas de esa centuria.

La historia de despojos que ha sufrido esa demarcación se resume así:

En 1949, mediante una compra-venta engañosa, se despojó al pueblo de San Pedro Mártir de 65 hectáreas con la promesa de que allí se construiría un parque recreativo popular, pero en realidad allí se construyó el exclusivo “Club de Golf México”, cuyo accionista principal fue el entonces presidente Miguel Alemán; en 1950 se expropiaron aproximadamente 10 hectáreas para la construcción de la autopista México-Cuernavaca; en 1972 se ven afectadas 83 hectáreas por una nueva expropiación para la Secretaría de Salubridad y Asistencia en cuyos terrenos se construyó el Instituto Nacional de Cardiología, el Deportivo del Sindicato de los Trabajadores de esa Secretaría y las instalaciones del Instituto Federal Electoral; en 1974 se expropiaron 420 hectáreas para la construcción del Colegio Militar. Con esto, el pueblo de San Pedro Mártir es despojado prácticamente de su área o espacio rural.

Para defenderse de los constantes despojos, los habitantes, identificados con la parroquia de San Pedro, comenzaron a organizarse, en 1973, como Campesinos Unidos; en 1976, co-

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (mcamarenaa@yahoo.com.mx).

mo Lucha Popular, y en 1980, como Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur, denominación con la que permanecen hasta nuestros días. En esta organización resulta muy visible el trabajo de las mujeres. La historia de las diversas luchas que han librado es larga y combativa, pues además de la defensa de la tierra, han pugnado por la obtención de los servicios en sus comunidades. Al mismo tiempo que ellas combatían para lograr sus objetivos en cuanto a la tierra y a los servicios, libraban otra batalla contra toda una tradición cultural, al tomar conciencia de que podían y tenían derecho a ser sujetos políticos; es decir, ganaron el derecho a tomar sus decisiones y a ser tomadas en cuenta en los espacios políticos del pueblo.

Para ninguno de los miembros de la pareja resultó fácil el cambio, pues la educación tradicional asignaba ciertas funciones para cada miembro: al hombre le correspondía ser proveedor, representar a su familia en la comunidad social y encabezar a la familia; a las mujeres les tocaba el gobierno de la casa: mantenerla limpia y en condiciones de funcionar, administrar lo proveído por el marido al realizar economías, conseguir crédito y conservar los alimentos. Además, ellas son importantes agentes culturales, pues educan a todos en su casa, además de ser poseedoras y transmisoras de la memoria familiar. En otras palabras, el hombre en el espacio de lo público y la mujer en la esfera de lo privado.

Según la tradición, las necesidades de la vida doméstica debían resolverlas las mujeres, de manera que el agua para lavar la ropa, cocinar y asearse era un asunto doméstico. La casa necesitaba luz eléctrica para el uso cada vez más generalizado de los aparatos electrodomésticos, que hacían más eficiente el hogar: otro asunto doméstico. Tener un techo para la familia era muy importante y la seguridad de la tenencia de los terrenos resultaba fundamental, pero como los hombres debían trabajar todo el día para proveer a la familia, quienes contaban con “tiempo libre” para hacer las gestiones eran las mujeres. La educación iba ganando terreno entre los aspectos apreciados por las personas; por ello, la consecución de un plantel escolar para los hijos fue una lucha librada, en su mayor parte, por mujeres.

Para resumir, desde mi punto de vista existen cuatro funciones fundamentales de la mujer-madre de familia: la primera consiste en aglutinar a los miembros de una familia alrededor del hogar (es decir, la casa adquiere un valor simbólico como el lugar donde residen la seguridad, el cariño y el arraigo: de ahí la importancia del terreno para la misma); la segunda se enfoca en organizar y optimizar los recursos

que aporta uno o varios miembros de la familia; la tercera función es educar y socializar a los miembros del grupo familiar para hacerlos partícipes de la cultura compartida por la comunidad, y la cuarta radica en ser depositarias y transmisoras de la memoria familiar. Las dos últimas funciones logran la reproducción de la cultura y hacen de la mujer el agente cultural por excelencia.

Estas mujeres encontraron en la parroquia de San Pedro Mártir un espacio donde eran escuchadas, comprendidas y acompañadas, pues la iglesia se constituyó como un espacio de motivación, organización, planeación y acompañamiento para sus luchas. Al mismo tiempo encontraban que esa compañía también justificaba sus lides desde el punto de vista cristiano, bajo los conceptos de justicia, dignidad e igualdad. Así, participaron en forma activa en las luchas del pueblo durante la décadas de 1960 y 1970. Este fenómeno sentó las bases para que las mujeres se asumieran como sujeto político. Así, la participación activa de las mujeres generó la formación de una nueva condición de las mismas dentro de los pueblos y las colonias, así como en su relación con las autoridades civiles y eclesiales, al transformar una añeja mentalidad en que las personas se asumían como clientes de los poderosos para avanzar en dirección a una mayor conciencia como ciudadanos. De tal manera, lo que antes se veía como un favor ahora constituía un derecho, el trato otrora humillante se comenzó a enfrentar con dignidad y las luchas se asumieron como búsqueda de la justicia.

El involucramiento de las mujeres en los asuntos de los pueblos y colonias pasó de ser un movimiento por los servicios a una lucha por los derechos ciudadanos. La transformación de la posición de las mujeres en las demandas de los pueblos y colonias condujo a una nueva forma de hacer política. Las mujeres no sólo conquistaron un espacio político dentro de los pueblos sino, como diría Paulo Freire, alteraron las relaciones de género en su entorno; es decir, cambiaron las formas de relación entre hombres y mujeres, y dieron un paso cultural de la mayor importancia, al transmitir a sus hijos valores sociales de derechos, dignidad y una idea de pueblo incluyente.

La pregunta que guía este artículo es ¿cómo las mujeres que participan en el MPPCS se construyeron en sujetos políticos durante las décadas de 1970 y 1980?¹

¹ Entrevistas colectivas a Concepción Sandoval, Beatriz Hernández, Ismael, María de Jesús, José Guadalupe, Ramón Crisantos, Evaristo y Francisca, realizadas por Mario Camarena Ocampo, Cinthya Luarte y Rocío Martínez entre febrero y mayo de 2011. En adelante nos referiremos a ellas como “entrevistas colectivas a los habitantes de Pedregalito”.

El escenario de la mayoría de las narraciones es la zona rural de Tlalpan en su proceso de transformación a la vida urbana. Durante esa época se dio una fuerte migración hacia la demarcación desde el campo o desde las ciudades medianas y pequeñas de otros estados del país, así como una migración constante desde otras zonas de la propia capital.

Por otra parte, durante las décadas de 1970 y 1980 ocurrió un avance importante en la urbanización de las zonas rurales del sur del Distrito Federal debido a varios factores: los campesinos que recibieron tierras durante varios procesos de reparto agrario vendieron terrenos a especuladores inmobiliarios y a particulares. En la década de 1940 los comuneros y ejidatarios que poseían estas tierras ya se hallaban en un proceso acelerado de desarraigo de la tierra y de las labores agrícolas, lo cual se generó, en parte, por la propia reforma agraria, pues las exiguas extensiones de tierra que les habían otorgado resultaban insuficientes para vivir. Así, desde la década de 1950 los poseedores de tierras de labor de Tlalpan decidieron lotificar sus terrenos y venderlos, con lo que se colocaron fuera de la normatividad, ya que los ejidos y bienes comunales no eran enajenables.

Por otra parte, la ciudad de México requería de una infraestructura que la comunicara con Cuernavaca y Acaapulco. La primera ciudad se convirtió en forma paulatina en el lugar de descanso de las élites y de la clase media de la ciudad, mientras que el puerto guerrerense fue el gran proyecto turístico de las décadas de 1950 y 1960. A partir de la de 1970 se aceleró el proceso de urbanización iniciado desde la de 1950, con la construcción de grandes avenidas: Insurgentes, Anillo Periférico, Viaducto Tlalpan y, más tarde, la carretera panorámica Picacho-Ajusco, lo cual no sólo incidió en la transformación del paisaje, sino en la dinámica sociocultural y económica de los poblados aledaños.

Ante la escasez y los altos precios de espacios para vivienda popular en la ciudad, las grandes extensiones de tierras ejidales y comunales de Tlalpan se convirtieron en un espacio codiciado por fraccionadores, así como en un lugar donde la gente de escasos recursos aspiraba a comprar un terreno para edificar una vivienda (Camarena, 2012: 30-31).

Otras personas invadieron las tierras para edificar viviendas. Los grupos empobrecidos de la capital invadieron terrenos para iniciar asentamientos irregulares arropados por las organizaciones clientelares del PRI y sus líderes. Proteger y alentar a estas organizaciones de invasores daba a ese partido un número creciente de votantes cautivos, a la vez que fortalecía toda una cultura de la influencia, la cual ya estaba

presente en las organizaciones gremiales y campesinas, donde la CNOP ocupó un lugar preponderante.

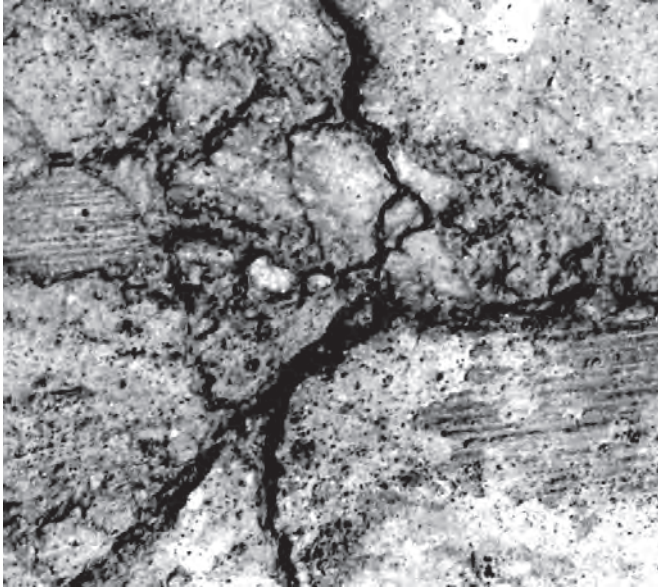
Con la construcción de los caminos y otras obras llegaron campesinos de diversos estados de la República y otras delegaciones. En las décadas de 1960 y 1970 este grupo llegó a vivir a los terrenos que les habían vendido los ejidatarios o comuneros en las afueras de los pueblos de San Andrés Totoltepec y San Pedro Mártir. Entonces eran matrimonios jóvenes con hijos pequeños en busca de un espacio donde arraigarse. Los hombres se desempeñaban en oficios temporales como obreros, albañiles, carpinteros, así como en labores de intendencia en diversas empresas e instituciones, mientras que otros encontraron trabajo como ferrocarrileros y en la Compañía de Luz y Fuerza del Centro, así como empleados eventuales. Sin embargo, muchos habitantes estaban desocupados (*ibidem*: 26).

Las mujeres se dedicaban a las labores del hogar y a actividades productivas para apoyar el precario ingreso del esposo, por lo que luchaban de manera cotidiana por la supervivencia. Los habitantes de Pedregalito se caracterizaban por sus bajos ingresos, la ausencia de ahorro y de reservas alimentarias en la casa, así como la realización de compras frecuentes durante el día ante la poca disponibilidad de dinero; también acostumbraban pedir recursos a los prestamistas locales con altas tasas de interés, organizaban tandas como sistema de crédito y utilizaban el “fiado” de las tiendas de abarrotes para el consumo de alimentos (Lewis, 1965: XVIII; Camarena, 2012; Galindo, 1901).

Los terrenos adquiridos por las entrevistadas para construir sus casas fueron parte de las tierras de San Andrés Totoltepec y San Pedro Mártir que los comuneros o ejidatarios les vendieron a precios accesibles por encontrarse en situación de irregularidad. Esta incertidumbre en la tenencia de la tierra resultó el factor fundamental para su bajo costo; al mismo tiempo, las personas pobres tenían una gran necesidad de asentarse en algún lugar para gozar de la seguridad de un techo. Ante esto, la falta de servicios, las dificultades de acceso y la irregularidad pasaron a segundo término, de modo que invirtieron todos sus ahorros en la compra, sin importar que compraban la posesión de los terrenos y no la propiedad² (Camarena, 2012: 30).

Los recién llegados fueron víctimas de fuertes discriminación, pues los nativos de los pueblos, que se llamaban a sí mismos “originarios”, no les permitían participar en

² La posesión se refiere a que ellos tenían derecho a vivir allí, pero no existía una regularización territorial que los reconociera como propietarios.



las estructuras de decisión del pueblo; por ejemplo, en la asamblea general ni en las festividades locales, que son un elemento cultural importante, ni de los servicios básicos, como el agua y la escuela. Se llegó al extremo de que algunos comerciantes se negaban a venderles productos tan necesarios como las tortillas. A diario se vivían enfrentamientos entre los nativos y los “fuereños” por la segregación en que los tenían.

Esta confrontación se cristalizaba de manera cotidiana, en especial en la relación entre las mujeres de la localidad. Mientras los hombres salían a trabajar a diversos rumbos del Distrito Federal, ellas se quedaban en casa haciendo sus quehaceres y cuidando a los hijos. Sin embargo, este “quedarse en casa” era muy relativo, pues al carecer de los servicios básicos de agua, luz, gas, escuela para los hijos y otras urgencias, se veían obligadas a salir a resolver tales necesidades. Además tuvieron conflictos debido a que no las dejaban lavar ni les permitían formarse en las tortillas o en la lechería del poblado. Es decir, eran ellas quienes debían resolver las necesidades domésticas en un medio donde sufrían discriminación.

Las mujeres comenzaron a organizarse para luchar por lo que consideraban justo y a lo que tenían derecho legítimo, entre ellos los servicios que se les negaban. Así, acudieron ante las autoridades (el subdelegado, el delegado, el director del servicio de agua, entre otros) en demanda de sus derechos ciudadanos a estos servicios, pero al encontrar en las autoridades una actitud displicente y manipuladora, pasaron a acciones más directas: concentraciones, mítines, cierre de las carreteras, canalización del agua de los hote-

les de la zona hacia su comunidad, entre otros ejemplos. Sólo de esta manera lograron cierta atención y reconocimiento de las autoridades y de los habitantes del pueblo. Estas movilizaciones adquirieron incluso un carácter de tumulto comunitario, acción en la que las mujeres fueron las principales instigadoras y, en muchos casos, las principales ejecutoras. En estas luchas, equiparables al motín, encontramos una protesta social cuyo objetivo es el reconocimiento de sus derechos ciudadanos a fin de proteger a su familia.

La participación en esta lucha resultaba desgastante, pues antes de salir o al regresar de sus reuniones y recorridos las mujeres debían realizar las labores domésticas, a fin de no ser señaladas por conocidos y familiares como desobligadas que desatendían a su esposo, su casa y sus hijos. Así, organizaron comisiones entre ellas para recoger a los niños en edad escolar mientras las demás negociaban con las autoridades

Las luchas devinieron en la adhesión de las mujeres al Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur. Al unirse a este añejo grupo, accedieron a un espacio para organizar mejor sus demandas y aprender a justificar la legitimidad de las mismas desde el punto de vista legal. En fin, para desarrollarse como sujetos políticos. Tales luchas se ubicaron en un contexto machista mediante el que se les desprestigiaba con el calificativo de “revoltosas” o “chismosas” (entrevistas colectivas a los habitantes de Pedregalito). Debido a sus actividades políticas, comenzaron a experimentar problemas con sus vecinas, quienes las señalaban con tales apelativos y las censuraban por no dedicarse a su hogar. Los problemas con sus maridos se volvieron más frecuentes y los reclamos eran principalmente porque “no paraban en casa”. A esto se sumaron los problemas con las autoridades, quienes las cuestionaban porque sus esposos no pedían los servicios. Si bien ellas emprendieron la lucha, a la postre resultó necesaria la figura de un hombre, pues en ese contexto machista el marido no sólo era la figura pública, sino que representaba una forma de seguridad (Camarena, 2012: 51-52).

Con el tiempo, las mujeres ganaron confianza en sí mismas, y conforme alcanzaron logros concretos en sus demandas, dejaron de necesitar de la presencia de los hombres en sus gestiones ante las autoridades. En sus casas se operó también un cambio importante, pues conquistaron la confianza y el reconocimiento a su activismo. Su asistencia a reuniones, manifestaciones y otras actividades políticas dejó de ser motivo de conflicto con su pareja. Bety nos platica que en una ocasión, tras participar en una comisión, llegó en la

madrugada; al ver que no llegaba, su esposo le cerró la puerta de la casa y tuvo que dormir en el patio. La señora Virginia contó que cuando llegaba su esposo con sus amigos, éstos le decían: “Ya controla a tu vieja, nunca está en su casa”; con el tiempo este mismo personaje contestó a tales amigos que él estaba de acuerdo con cuanto hacía su mujer: ése fue el momento en que cambiaron las relaciones de pareja.

Las Comunidades Eclesiales de Base

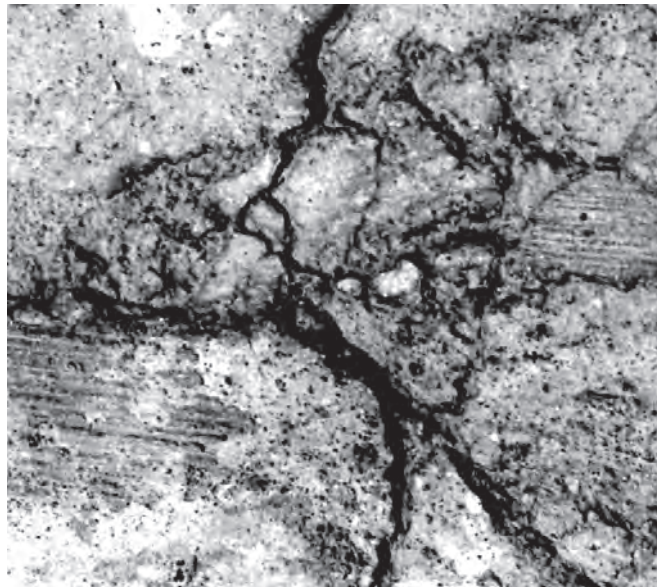
La participación política en las décadas de 1960 y 1970 era prácticamente inexistente y se realizaba bajo la forma del clientelazgo. El Partido Revolucionario Institucional (PRI) convocaba a sus huestes a concentraciones de apoyo al “señor presidente” y a otras personas, y las mujeres sólo acudían para “hacer bola” y gritar las porras al candidato, al líder o al político en turno. Ésa era la tradición priista.

Durante esas décadas muchas de ellas se incorporaron a las Comunidades Eclesiales de Base (CEB), organizaciones laicales que constituyen una de las manifestaciones del movimiento renovador surgido del Concilio Vaticano II (1962-1965) y de la experiencia eclesial en América Latina. Desde finales de la década de 1960 se fomentaron estas células de organización cristiana como el nivel más básico. Estas comunidades han sido grupos de vecinos con una relación fraterna, solidaria, que respetan sus diferencias y reflexionan sobre los problemas de la vida cotidiana con base en el Evangelio.

La discusión en las CEB condujo a las mujeres sobre las que tratamos en este artículo hacia una crítica del mundo en que vivían, con lo cual vieron con claridad las injusticias que había a su alrededor: pobreza, marginación, desigualdad, falta de educación y de trabajo, entre otras. A la luz de las reflexiones en las CEB, tomaron conciencia de que sus luchas no sólo eran para adquirir servicios, sino demandas de justicia y de respeto a su dignidad.

Tras platicar con las personas, creemos entender su concepción de justicia social, la cual abarca varios elementos: el derecho a la tenencia de propiedades y a que no se les expropien en forma injustificada; el derecho a la vivienda, la eliminación de la pobreza y la inseguridad económica; la afirmación de la solidaridad humana, es decir, entre iguales, en busca de un bien común; la autovaloración y la dignidad como conceptos que abonan contra la exclusión y la marginación.

Llegar a la conciencia de la injusticia por medio del Evangelio fue un primer paso. El siguiente consistió en actuar para



el cambio. Bajo el cobijo de estas ideas surgió el movimiento por la defensa de la tierra y, más tarde, por el agua. Estas luchas fueron la coyuntura que les permitió “actuar para cambiar”. La parroquia de San Pedro Mártir se convirtió en el centro de la insubordinación y de la resistencia social, así como su primer lugar de reunión (Necoechea, 2006: 27-60).

En las CEB las personas conocieron a sus vecinos, los problemas del pueblo y de las colonias que se estaban formando; constituyeron un espacio de socialización y de toma de conciencia. No era sorprendente que desde allí se llamara a las manifestaciones ni que, tras acudir a una reunión interparroquial en busca de apoyo, éste llegara desde otras parroquias de la delegación y de la ciudad. De esta forma las mujeres de Pedregalito, Volcanes, Ejidos de San Pedro Mártir, Chimalcoyoc y San Andrés conocieron otras realidades, lo cual implicó enfrentar problemas un tanto diferentes y un tanto similares. Las personas se solidarizaron e incorporaron a sus luchas otras demandas para exigir a las autoridades el abasto de servicios: la primera demanda fue por el agua y por parte de las mujeres, pues como ellas refieren: “Ellos piden la ropa pero no saben cómo o con qué la lavamos” (entrevistas colectivas a los habitantes de Pedregalito).

Las CEB dieron lugar a nuevos sujetos sociales, pues se constituyeron en la base de la organización de los pueblos de la zona de San Pedro Mártir y contribuyeron a una praxis liberadora. A partir de una educación crítica, los habitantes de los pueblos se concibieron como sujetos con derechos ciudadanos, que debían luchar por la justicia, la dignidad y un mundo mejor para toda la comunidad.

La actitud crítica, participativa y honesta de los habitantes se inspiró en valores como el respeto, la honestidad, el diálogo y, sobre todo, la dignidad, los cuales marcaron una nueva forma de hacer política; es decir, de participar en los asuntos públicos desde el punto de vista de los derechos ciudadanos. Bajo este concepto, las tradicionales relaciones clientelares cuya base es la cultura de la influencia³ cambiaron para convertirse en una cultura del derecho ciudadano.

En la primera mitad del siglo xx resultaba común que las organizaciones agrarias y sociales de los pueblos se sustentaran en las relaciones entre el influyente y el cliente, en las cuales se buscaba la resolución de los problemas y donde el influyente agilizaba la solución a cambio de la lealtad del cliente, objetivada en el voto corporativo. A principios de la década de 1970 esta situación comenzó a cambiar debido a nuevas formas de interpretar los preceptos religiosos. Los habitantes de los poblados de la zona de San Pedro Mártir se reconocieron como sujetos de derecho gracias a su participación en las CEB. Esta nueva religiosidad construyó nuevos valores que guiaron su participación política y justificaron a plenitud su modo de actuar desde una posición teológica.

Con base en estas nuevas posiciones las mujeres de las comunidades cristianas sostuvieron que sus organizaciones, y no la intervención de las autoridades, resolvían los problemas. En sus opiniones también se incluían la "autovaloración" y la dignidad como elementos importantes en sus formas de lucha. Para todas ellas proponer y hacer constituyeron las claves para cobrar conciencia de su importancia en el pueblo como sujeto político. Sus experiencias fueron muy diversas, pese a lo cual hallaron un interés común: trabajar por la justicia social.

A través de estas mujeres percibimos un proceso que las llevó a cambiar sus relaciones cotidianas. Su actividad política no se ciñó a conquistar servicios y satisfacer necesidades inmediatas, sino que les preocupaba el mejoramiento de las condiciones físicas del pueblo y la ampliación de las oportunidades educativas para sus hijos. Otras metas muy importantes, desde el punto de vista cultural, eran cambiar la actitud machista de los hombres y de las mujeres, hablar en forma abierta de los problemas de salud propios de las mujeres, además de relacionarse con grupos de mujeres en otros pueblos y colonias, con lo cual de hecho fomentaron una conciencia de género. Crear una organización no sólo

implicó culminar su maduración, lograda durante la lucha, sino también cristalizar una experiencia vivida como personas marginadas en la sociedad y entre su propia familia.

Para concluir retomaré dos problemas que guiaron este trabajo. Primero, vemos la importancia de la mujer para el movimiento; el segundo, la importancia de las CEB para la formación de la conciencia política y de género en las mujeres. Se experimentó un cambio en la forma de relacionarse entre sí: mientras que antes hacían gestiones de manera individual, a partir de entonces las hicieron en grupo y con un sustento jurídico. Ahora son capaces de organizar y operar democráticamente sus juntas de trabajo, antepuestas a aquella jerarquía social en la cual les tocó nacer y donde no podían hablar ni actuar. Ahora externan sus ideas y al mismo tiempo aprendieron a escuchar, a modo de formar una organización horizontal.

Bibliografía

- Camarena Ocampo, Mario, "Memoria y comunidad", en Graciela de Garay, *Cuéntame tu vida. Historia oral, historia de vida*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Conacyt, 1992.
- _____, Rocío Martínez Guzmán y Cinthya Luarte Magdaleno (coords.), *Pedregalito: de la exclusión a la construcción de una comunidad*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México/Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur, 2012.
- Galindo, Jesús, *La educación de la mujer mexicana a través del siglo XIX*, México, Imp. del Gobierno Federal, 1901.
- Greele, Ronald, "La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral: quién contesta a las preguntas de quién y por qué", en *Historia y Fuente Oral. El Peso de la Historia*, núm. 5, 1989.
- Lewis, Oscar, *Los hijos de Sánchez*, México, FCE, 1965.
- Necochea Gracia, Gerardo, *Después de vivir un siglo. Ensayos de historia oral*, México, INAH, 2005.
- _____, " 'Mi mamá me platicó': un punto de vista. Clase y género en los relatos de mujeres", *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 2006.
- Portelli, Alessandro, "¿Historia oral? Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli", en *Historia y fuente oral*, 1989.
- Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una decisión*, México, Siglo XXI, 2005.
- Thompson, E. P., "Folclore, antropología e historia social", en E. P. Thompson, *Historia social y antropología*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997.
- Villafuerte García, Lourdes y Mario Camarena Ocampo, "Algunas reflexiones sobre la historia de la familia", en Marcela Dávalos et al. (coords.), *Una mirada al fondo de la historia. Reflexiones sobre la historia en la actualidad*, México, Yeuetlatolli, 2003.

La correspondencia de don Sergio

Francisco Pérez Arce Ibarra*

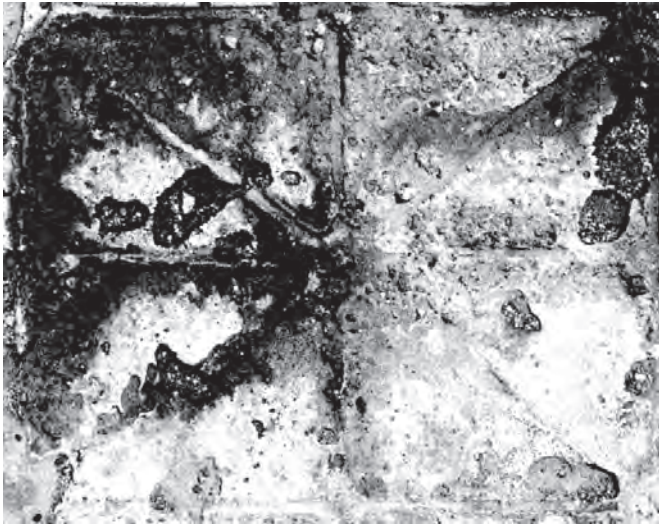
Sergio Méndez Arceo, séptimo obispo de Cuernavaca, vivió los años más intensos de la reforma de la Iglesia católica. Consagrado como obispo en 1952 por el papa Pío XII, don Sergio, como lo llamaba todo mundo, nació en Tlalpan, Distrito Federal, proveniente de una familia católica de Michoacán. Era portador de un pensamiento conservador y asimismo un intelectual, estudioso de la teología y crítico de las formas litúrgicas imperantes. En ese tema fue un reformador, y de una manera osada.

Su primera acción como obispo, que desató una polémica apasionada y cosechó un airado rechazo, pero también elogios sorprendidos, fue la remodelación de la catedral de Cuernavaca. Se trataba de un templo conventual del siglo XVI que había sufrido alteraciones y superposiciones arquitectónicas en distintas épocas, así como pinturas encima de los frescos originales. El proyecto arquitectónico, obra original de fray Gabriel Chávez de la Mora, representaba una transformación mayor. La propuesta iba en el sentido contrario de la religiosidad popular y reivindicaba la centralidad de Cristo, siempre presente en el discurso eclesial, pero negado a menudo con la presencia excesiva de imágenes de la Virgen y los santos.

La audacia de la remodelación hizo de Méndez Arceo un obispo conocido, admirado y criticado en el país y fuera de él. La adaptación litúrgica atrajo el rechazo de muchos fervientes defensores del culto a la Virgen María, que interpretaron los cambios como una ofensa. En la iglesia original, en la parte superior del altar mayor se ubicaba una imagen de la Virgen de la Asunción. En la catedral reformada, arriba del moderno altar principal sólo hay una cruz. La Virgen de la Asunción ocupó un lugar lateral. Desaparecieron los altares laterales de estructuras neoclásicas. La mayoría de los santos ocuparon su lugar en la bodega. El obispo definió tres criterios para conservar estructuras y pinturas: valor estético, valor histórico y orientación litúrgica moderna. En sus palabras:

En este reacondicionamiento nos guiaron los siguientes principios: 1) restaurar todo lo que tuviese valor artístico o histórico y 2) hacer funcional la disposición interior para la asamblea cristiana reunida para: a) celebrar la palabra de Dios, b) hacer la Eucaristía, c) participar en los demás sacramentos y d) elogiar la acción santificadora del Espíritu en el recuerdo de los santos; expresar simbólicamente esas acciones con la disposición, forma y decoración de los elementos interiores.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (fperez.deh@inah.gob.mx).



En 1959 Gregorio Lemercier fue nombrado prior del convento de Santa María de la Resurrección. Pocos años después se convertiría en foco de atención y polémica del mundo católico. Con el apoyo de su obispo incorporó la práctica del psicoanálisis entre los monjes. Mientras no se llevó a la consideración de la jerarquía romana, el experimento de Lemercier cosechó miradas de interés y debates más o menos álgidos. Contaba con la protección de don Sergio. Sin embargo, en 1964, el segundo año del Concilio Vaticano II, el prior llevó a Roma la experiencia del psicoanálisis desarrollada en su convento. Y Roma no es fácil de convencer, ni siquiera en medio de un concilio reformador. El asunto, le dijeron, sería examinado con rigor. Dos años después, en 1966, llegó la condena oficial: no sólo se prohibió el psicoanálisis, sino que Lemercier quedó fuera de la Iglesia.

En 1961 se fundó el Centro Intercultural de Formación (CIF), cuyo objetivo era formar a sacerdotes y laicos provenientes de Estados Unidos que realizarían su misión en América Latina. Se trataba del proyecto “Voluntarios del Papa”, concebido para acompañar a la Alianza para el Progreso.

La Iglesia encargó la dirección del CIF a Iván Ilich, sacerdote vienés, de madre austriaca y padre croata católico. Para sus objetivos no podía haber elegido a un peor director, no por falta de capacidad de Ilich, que era muy competente y poseía una gran formación teológica y filosófica, sino porque se convirtió en un crítico acérrimo de la vida capitalista y del concepto dominante de la educación. Más que preparar a los misioneros estadounidenses para su misión colonizadora, los envió de regreso a sus casas, convencidos de otra cosa: el centro se convirtió en un sitio muy avanzado de reflexión católica, interesado en la realidad latinoamericana. En 1966 se convirtió en Centro Intercultural de Documentación (Cidoc),

cuya labor, durante los siguientes tres años, ejerció una gran influencia en varias áreas, sobre todo en teoría pedagógica. En 1966 el Cidoc quedó proscrito por la Congregación de la Doctrina de la Fe. Iván Ilich salió de la Iglesia.

En 1958 Juan XXIII sustituyó a Pío XII. Muy al principio de su reinado anunció que convocaría un concilio ecuménico. En 1963 se inauguró el Concilio Vaticano II. Durante los dos siguientes años el concilio revisó la situación de la Iglesia en el mundo y se reformó a profundidad. La intención era reestablecer una relación cercana con el pueblo católico. Una de las reformas más significativas fue la del uso de las lenguas vernáculas en los oficios religiosos y prácticamente el abandono del latín. Tras esa medida, que obviamente buscaba la cercanía y comprensión del pueblo, se desarrolló una concepción distinta de la función misionera y evangelizadora, sobre todo por parte de los obispos africanos. En el documento *Ad Gentes* se modificó en forma sustancial el sentido catequizador, al cambiar la idea de “llevar la palabra de Dios” a las otras culturas por la de “buscar la palabra de Dios” en las otras culturas.

En el concilio participó de manera destacada el obispo de Cuernavaca. Conocido ya como reformador por la obra realizada en la catedral, ratificó su talante al abordar temas como el de la castidad entre los ministros de la Iglesia. Además del concilio, que significó una reforma litúrgica, la encíclica *Populorum Progressio* (1967) comprometía a la Iglesia a una actividad pastoral más cercana a las necesidades del pueblo. Cita la encíclica un documento del concilio: “Dios ha destinado la tierra y todo lo que en ella se contiene, para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos de manera justa, según la regla de la justicia, inseparable de la caridad”.

Don Sergio, que poseía un pensamiento conservador en lo social y lo político (no en lo religioso), se encontró en la década de 1960 en medio de un ambiente reformista que todo lo abarcaba. En Cuernavaca él había cobijado la novedad del convento de Santa María y su prior Gregorio Lemercier; había recibido y apoyado los trabajos de Iván Ilich, primero en el CIF y sobre todo en el Cidoc; había sobrevivido a la crítica feroz contra su renovación litúrgica y arquitectónica de la catedral; había recibido los mensajes renovadores de las encíclicas de Juan XXIII *Mater et Magistra* y *Pace in Terris*, así como de Paolo VI, *Populorum Progressio*. Esta última, sobre todo, había encausado su actividad pastoral a una cercanía cada vez mayor con los problemas del pueblo, sus precarias condiciones de vida y las injusticias que sufría en forma cotidiana.

En 1968 se abrió una ventana más, quizá la decisiva, para el surgimiento de una nueva corriente en la Iglesia: la de la Conferencia de Obispos de América Latina, celebrada en Medellín, Colombia. Obispos de otras partes de México y de otros países habían experimentado una conversión parecida a la de don Sergio. Allí nació el pensamiento muy influyente de la teología de la liberación. Se acuñó y expandió la elocuente frase de “la opción preferencial de los pobres”. Quizá sólo entonces se habló en verdad de una Iglesia latinoamericana. Por su historia reciente y la personalidad ya muy reconocida de su obispo, Cuernavaca fue una de las capitales de ese movimiento. En 1969 don Sergio y otros obispos mexicanos, entre ellos el de Chiapas, Samuel Ruiz, caminaban hacia una conversión más radical. En Cuernavaca se recibían influencias teóricas de latinoamericanistas tanto del interior como del exterior del país. Unos años después, tras el golpe de Estado en Chile, llegarían sacerdotes que vivieron el corto gobierno socialista de Allende y emprendieron trabajos pastorales muy cercanos al socialismo. En 1972 se celebró en Chile la reunión Cristianos para el Socialismo, a la que asistieron religiosos de muchos países, pero un solo obispo, el de Cuernavaca. De la experiencia chilena nacería en Cuernavaca el movimiento de las Comunidades Eclesiales de Base, que después se desarrolló en todo México. Se trataba de comunidades cristianas organizadas en el Evangelio, pero dispuestas a participar en la vida social y económica. En el caso de Chiapas se desarrolló el movimiento catequista, propio de la pastoral indígena.

El obispo de Cuernavaca vivió la opción por los pobres, el compromiso de la Iglesia con el progreso del pueblo, en su relación con los obreros y, de manera específica, con el movimiento sindical. Allí fue donde enfrentó los mayores ataques desde el poder. En la década de 1970, durante sus homilias dominicales, a menudo aparecieron referencias a huelgas y protesta obreras. En sus palabras:

Levantamos nuestra voz para llamar la atención sobre los intentos de varias empresas, de varias industrias, para reprimir y desorientar a los obreros libres (independientes o no de la CTM). Dos empresas intentan vencer a los obreros en huelga con su poder económico por medio de la prolongación de las mismas huelgas por medio de publicaciones insidiosas, así como fomentando la división y la desconfianza contra los líderes [...] (2 de mayo de 1976).

Hermanos: vemos con dolor la prolongación de la huelga de Nobilis Lees. Los 200 obreros están abandonados



por su comité y hostilidad. Tengo una carta abierta que me dirigieron unos obreros porque dos obreros textiles están presos. Los acusó su comité de fraude. Me reprochan porque yo les recomendé en general un abogado honrado y sagaz. Me dicen que estoy defendiendo a estos ladrones. A mí no me consta que lo sean, pero sé que están siendo perseguidos no, como dice la carta, por las bases, sino por los que están manipulando las bases, en lo cual no es ajena la empresa. Yo quiero señalar esa falta de solidaridad, de conciencia de clase en los mismos obreros (23 de mayo de 1976).

Hermanos, yo voy a leer una denuncia: lo que sea de la agresión contra obreros de guardia ante su fábrica lo deben sustanciar ellos mismos ante las autoridades judiciales objetivamente, sin rencor, porque se trata de hermanos de clase engañados.

Ya saben ustedes que aquí, en Cuernavaca, a los obreros de IACSA los fueron a asaltar obreros engañados, esquiroles acarreados en autobuses. Yo me refiero brevemente a las calumnias contra mí y contra el presbiterio de Cuernavaca. Y así como muy concretamente es *El Herald*, precisamente. En ese periódico, que es el signo como más perfecto de la reacción en México.

Allí precisamente la CTM se dice [que] dizque allí firmaron los diferentes sindicatos de Morelos; no todos tuvieron el pudor de no poner a muchos que hubieran dicho que es falso, pusieron a muchos de esos pequeños inflados.

Entonces publicaron un desplegado de media página donde todos los males se los adjudican al obispo y a los sacerdotes; por eso sucede todo lo malo en el campo de la

industria. Se pretende desorientar a los obreros mismos y a todo el pueblo cristiano, y aun a los no creyentes con la falsedad, entre otras, de que retribuíamos a activistas desorientadores; más aún, se buscan los obreros mismos con engaños y ofrecerles dinero en mi nombre para la compra de armas contra las posibles agresiones. Personalmente y a nombre del presbiterio denuncié tales calumnias [...]

Que los obreros tienen razón está demostrado [...] al hacer desconocer al comité de esquirolas, reconocidos por la Junta de Conciliación y Arbitraje, en connivencia con la empresa. Se había apoyado por unos 70, contra 800 o 900. Hizo también declarar existente la huelga desde el 28 de septiembre [...]

A finales de la década de 1970 don Sergio recibió el embate más fuerte de industriales, sindicatos oficiales, prensa y gobierno, pero también, y con gran furia, de la propia Iglesia. Habían pasado los mejores momentos de la izquierda de la Iglesia. Los conservadores recuperaron el dominio bajo el mando del papa Juan Pablo II. Los ataques dentro de la propia Iglesia mexicana eran furibundos. Transcribo un documento de la Conferencia del Episcopado Mexicano (CEM) de marzo de 1978:

Declaración:

MARXISMO Y FE CRISTIANA INCOMPATIBLES

El consejo de presidencia de la Conferencia del Episcopado Mexicano.

1. Manifiesta que se ha acentuado su preocupación por los más recientes pronunciamientos del Sr. Obispo de Cuernavaca –*Excelsior*, 20 de febrero; *Proceso*, 13 de febrero de 1978– donde abiertamente afirma la necesidad de acudir al pensamiento marxista para la realización del Reino de Dios en nuestros días.

2. Siente el deber pastoral de dirigirse a los cristianos de México para declarar una vez más:

A) Que la vida cristiana nace se nutre y sostiene de la buena nueva proclamada por nuestro señor Jesucristo, y de los sacramentos.

B) Que el Evangelio del Señor no está ligado con ninguna ideología o sistema socioeconómico.

C) Más aún, que hay sistemas, como el marxismo, que tienen una visión del hombre, de la historia y de la sociedad incompatibles con la fe cristiana.

3. Lo que intenta con esta declaración es únicamente decir aquella palabra de orientación que, con todo dere-

cho, esperan los cristianos de sus pastores en momentos de confusión.

México, DF, 9 de marzo de 1978.

José Cardenal Salazar (presidente de la CEM)

Ernesto Corripio Ahumada (arzobispo primado de México, vocal)

Alfredo Torres Romero (secretario general de la CEM)

Jesús Esaul Robles H. (vicepresidente de la CEM)

Rafael Ávila Ayala (tesorero de la CEM)

Adolfo Suárez Rivera (obispo de Tepiz, vocal)

La correspondencia de don Sergio, que se encuentra en su archivo personal, guardado en 20 cajas y que abarca prácticamente toda su vida como sacerdote (la mayor parte se concentra en sus años de obispo), permite apreciar la intensa lucha dentro y fuera de la Iglesia por mantener su idea pastoral. Documenta su trayecto, desde sus primeros años, en los que expresa un pensamiento conservador, hasta los años álgidos de la teología de la liberación, los años de resistencia ante los embates de la derecha asentada en la jerarquía del periodo de Juan Pablo II.

Bibliografía

Concha Malo, Miguel *et al.*, *La participación de los cristianos en el proceso popular de liberación en México*, México, Siglo XXI/UNAM, 1986.

Fazio, Carlos, *Samuel Ruiz, el caminante*, México, Espasa Calpe, 1994.

_____, *No quiero ser perro mudo. Don Sergio Méndez Arceo*, México, Equipo Celebrando a Don Sergio, 1998.

González, Fernando M., *Crisis de fe. Psicoanálisis en el monasterio de Santa María de la Resurrección, 1961-1968*, México, Tusquets, 2011.

Gutiérrez Quintanilla, Lya, *Los volcanes de Cuernavaca. Sergio Méndez Arceo, Gregorio Lemerrier, Iván Ilich*, Cuernavaca, La Jornada Morelos, 2010.

Leñero, Vicente, *Pueblo rechazado*, Cuernavaca, Instituto Cultural Morelos, 2010.

Macín, Raúl, *Méndez Arceo, ¿político o cristiano? (una revolución de la Iglesia)*, México, Posada, 1972.

Méndez Arceo, Sergio, archivo personal, Ocotepec.

Reyes, Arturo y Miguel Ángel Zebadúa, *Samuel Ruiz, su lucha por la paz en Chiapas*, México, Milenio, 1995.

Robles Becerril *et al.*, *40 años de lucha libertaria. Frente Auténtico del Trabajo*, México, El Atajo, 2000.

Rosa, Martín de la, "La Iglesia católica en México, del Vaticano II a la CELAM III (1965-1979)", en *Cuadernos Políticos*, núm. 19, enero-marzo de 1979, pp. 35-52.

Instantes de autonomía intelectual. Eduardo Suárez, reformista del gobierno de *Don Dinero*

Carlos San Juan Victoria*

Traigo a cuento una historia pequeña, pero sustantiva: la de un personaje casi olvidado: Eduardo Suárez Aránzolo (1894 -1976). Suárez participó en el esfuerzo de la “década sonorensis” (la de 1920) por construir el nuevo Estado posrevolucionario y, cuando ocurrió un cambio “de época” con el cardenismo, convirtió al gasto público en el motor capaz de remontar las crisis e impulsar el crecimiento de una economía de mercado, pero regulada, con derechos sociales y orientada al fortalecimiento de la nación.

Las marcas del tiempo

Por edad y escuela, Eduardo Suárez Aránzolo fue parte de la generación donde brillaron *los Siete Sabios* y el grupo más amplio cohesionado en la Sociedad de Conferencias y Conciertos, y que a raíz de la publicación del pequeño libro *1915*, de Manuel Gómez Morín (1927), sería conocida como la Generación de 1915. Bajo la sombra de la Generación del Ateneo, en particular de José Vasconcelos y Alfonso Reyes, quienes vivieron el desgarramiento revolucionario y simbolizaron el nuevo ímpetu cultural revolucionario, los jóvenes del ‘15 no participaron en forma activa, sino en la recreación de los vínculos entre cultura y nuevo poder que empezó a cultivar don Venustiano Carranza con sus “embajadores poetas”, y luego la troika De la Huerta, Obregón y Calles, en cuyos periodos estos jóvenes tuvieron acceso a la burocracia (Gómez Mont, 2008: 91).

Entre ellos destacaban Luis Montes de Oca (ministro de Hacienda entre 1927 y 1932), Miguel Palacios Macedo (asesor en Hacienda y en el Banco de México), Narciso Bassols (ministro de Educación Pública y de Hacienda), y sobre todo Manuel Gómez Morín (Hacienda y Banco de México), entre muchos otros. “Retoños del carrancismo”, los llamó un iracundo Vasconcelos en 1927 (carta de José Vasconcelos a Manuel Gómez Morín, 2 de febrero de 1927), pues se mantuvieron fieles al constitucionalismo y, sobre todo, al grupo Sonora (*ibidem*: 91).

Además, los nombrados fueron abogados convertidos en economistas por la fuerza de las circunstancias y ayudaron a restablecer el vínculo del Estado con el “gobierno del dinero”; es decir, con la cantidad y calidad de moneda en circulación y los precios de los créditos, tanto para los privados como para los gobiernos. Esa regulación del dinero fue y es uno de los elementos constitutivos del Estado capitalista moderno:

* Seminario de México Contemporáneo, Dirección de Estudios Históricos, INAH (paisdenubes@gmail.com).

En Maquiavelo se habla de consentimiento y coerción, el liderazgo moral y el uso de la fuerza [...] Entre esta bipolaridad hay un área gris (fraude, corrupción, control mediante el dinero y la finanzas) que genera también poder y, por tanto, capacidad para dirigir un sistema de Estados. Pero sin el liderazgo moral, sin la fundamentación moral y política, sus intereses serán “privados”, no “universales” (Arrighi, 1999: 44).

¿Cómo restablecer ese vínculo construido por *los Científicos* y Limantour a la cabeza durante el porfiriato, el cual trataba de conciliar las necesidades de los grandes inversionistas de las exportaciones e importaciones y a los grandes conglomerados nacionales de bancos, industrias y haciendas, en la primera experiencia exitosa de expansión capitalista y del Estado fuerte? ¿Cómo hacerlo con las promesas de la Constitución de 1917, respecto a lograr la independencia económica nacional y atender los derechos sociales, asunto este último nunca tocado en las experiencias estatales del siglo XIX, tanto mexicanas como del mundo? En efecto, en la cristalización conservadora impulsada al final por Plutarco Elías Calles, el problema sólo tenía un lado: lograr mayores recursos para invertir en los nuevos grupos privilegiados y un “goteo” hacia las demandas sociales y los grupos subalternos. Pero el desafío originario de la Constitución de 1917 resurgió en su totalidad con el cardenismo, cuando un golpe de timón en la cúpula del Estado y oleadas de movilización social lo colocaron otra vez en el centro de atención.

Mundo y nación en tránsito

Nacido en 1895, hijo de un notario hidalguense que llegó a residir a Texcoco (Suárez, 1977: LXI), Eduardo Suárez se formó en las mejores escuelas de ese periodo: la primaria en el Colegio Williams, donde estudiaría años después Octavio Paz; la preparatoria en la Nacional, orgullo del positivismo, y la licenciatura en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.¹

En esa convergencia global y nacional que fueron el porfiriato y la *belle époque*, el “gobierno del dinero” debía favorecer los flujos de intercambios entre el mercado mundial y el modelo exportador (minero, petrolero y de productos agrícolas), así como los requerimientos de moneda estable y suficiente, aparte de los créditos accesibles demandados por los grandes conglomerados del mercado

¹ Justo en el último resplandor de la globalización inglesa (1815-1915), que educó a las naciones (ex colonias del XIX) en los gobiernos mínimos y de libre cambio.

interno (cerveza, textiles, haciendas asociadas con bancos y redes comerciales), y atender a los muy diversos mercados regionales. Los propósitos eran definidos: asegurar que la moneda tuviese un valor seguro y estable, y propiciar créditos a buen precio. Las reglas resultaban muy precisas: crear instituciones como el Banco de Inglaterra (*The Old Lady*) que dieran certidumbre monetaria; revisar que los billetes tuvieran respaldo en metálico por los emisores; garantizar un tipo de cambio fijo que evitara pérdidas inflacionarias o por diferencias graves en los precios internos y externos; que aumentara o redujera el circulante y los créditos según creciera o se deprimiera el comercio externo. Ese banco no era privado, sino un Banco Central que debía contar con la suficiente autoridad y autonomía sobre los gobiernos para contener sus ansias de gasto y revisar sus cuentas (Smith, en línea).

Eduardo Suárez y los miembros de la generación del ‘15 aprendieron esta “ortodoxia” por la experiencia, el autodidactismo y, de manera muy marginal, por estudios formales. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial y la posterior crisis mundial de 1929 transformarían esta concepción, donde la prioridad era la estabilidad de precios y se empezaron a favorecer el crecimiento y a reconocer los derechos sociales. Fueron modificaciones que ocurrieron de manera simultánea en varias regiones del mundo: a veces con cabeza marxista (las varias islas del socialismo realmente existente); en otras con cabeza keynesiana (Inglaterra) y en unas más con cabeza pragmática y acosada por las urgencias del momento, las cuales se iban creando sobre la marcha, en México como en muchos otros países, orientados por la intervención de los gobiernos para sustituir o regular a un capitalismo en crisis.

La nación también era un flujo de transformaciones. Desde Madero, Huerta y el carrancismo (1911- 1915) se hizo manifiesto que ya no se podría gobernar sin atender la “cuestión social”, la cual a veces afloraba como rebelión popular y en otras como una diversidad de agrupamientos políticos insólitos: convergencias de militares, notables regionales, líderes obreros, milicias campesinas, ligas agrarias, movimientos inquilinarios. Además, se debía atender tanto a los poderosos empresarios internacionales del sector exportador, a las familias oligárquicas mexicanas, como a una gran masa de productores industriales y agrarios orientados al mercado interno. Para gobernar se requería atender a esa coalición social más extensa que la del porfiriato tanto en propietarios como en productores y trabajadores rurales y urbanos.

La década de 1920 y parte de la de 1930 vivieron esa paradoja de una nación en vilo, atrapada por su despertar revolucionario, el miedo a las “clases peligrosas” y las cristalizaciones conservadoras que intentaban depurar a la coalición social extensa, como la vivida con el último Calles. Uno de los varios síntomas de esa contradicción fue la siguiente: afloraban los muchos Méxicos y a la vez se fortalecía su espacio centenario, la gran ciudad de México, donde vivían un millón y medio de los 16 millones de mexicanos de entonces. Allí se criaron esas generaciones de clases medias que se formaban en las escuelas “de élite” del momento. En la década de 1920 se vivían ambientes radicales que convirtieron al Jockey Club en la Casa del Obrero Mundial, pero también una especie de restauración social donde las incursiones de campesinos armados y con Vírgenes de Guadalupe cosidas en los sombreros dieron paso al regreso de las buenas familias del “Todo México”. La avenida Madero se convertía otra vez en el punto de encuentro de burócratas de alto nivel, generales, intelectuales, periodistas, migrantes europeos y de Oriente Medio. El Globo, el Lady Baltimore, La Esmeralda, el Cine Palacio, volvían a ser el centro de reunión de la pequeña pero intensa vida pública.

Cuando esa generación del ‘15 terminó sus estudios e inició por muchas vías su ascenso a los gobiernos, tuvo como referente de “México” a esa pequeña urbe con su tráfico de coches, con una prensa que giraba en torno a los apoyos o críticas a los gobernantes en turno, la transformación “estadounidense” de la vida cotidiana y el regreso de una *belle époque* encerrada en unas cuantas cuadras del centro. Un espíritu burlón decía así de aquel tiempo: “Era la época de los ministros gourmets, comodines, festivos” (Novo, 1964: 36). Revolución y restauración se mezclaban.

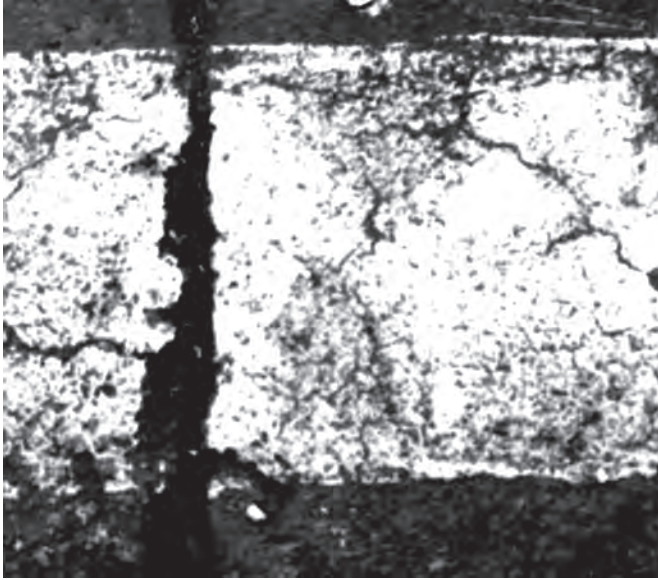
Volver a gobernar a Don Dinero

La complejidad de esa realidad híbrida se asomaba también en los diversos aparatos de gobierno. En el ejército federal había un corte entre la milicia profesional de Díaz y las fuerzas populares, luego convertidas en Ministerio de Guerra, donde la tropa y los niveles de mando se nutrían en forma extensa con los recién llegados. La flamante Secretaría de Educación Pública avanzaba en un sistema de atención masiva con nuevos contenidos y métodos que penetraban en ciudades y regiones rurales. En las instituciones dedicadas al “gobierno del dinero” (Hacienda y más tarde el nuevo Banco de México) afloraba cierta continuidad con el pasa-

do, alimentada por el grupo medio de los técnicos que no se podían sustituir, “altamente competentes y con espíritu de cuerpo” (Suárez, 1977: 103). Otra vertiente, ya en los puestos de mando, se nutría con los jóvenes de la generación del ‘15 y con un personaje puente, más grande que ellos, que vivió la Revolución armada, eficiente, pragmático y gran reformador: el ingeniero Alberto J. Pani.

Erradicada la alta burocracia porfirista y con De la Huerta como presidente interino, se nombró secretario de Hacienda a un norteño revolucionario, Salvador Alvarado, identificado con el ala izquierda del constitucionalismo, promotor de una reforma agraria y laboral radical en Yucatán, quien tomó como su secretario particular, con base en una recomendación, a Manuel Gómez Morín, la lumbrera de la generación del ‘15. De igual forma ocurrió con el gobierno del Distrito Federal, donde Celestino Gasca, nombrado secretario de Gobierno, reclutó al grueso de esa generación (Gómez Mont, 2008: 91). Los vacíos en los puestos de mando se empezaron a llenar con estos jóvenes de la generación del ‘15, que una década después estarían al mando de las instituciones monetarias y de la hacienda pública.

Este relevo generacional no significaba otro modo de “gobernar al dinero”. Su referente central era que la moneda debía ser un valor cierto y estable. Aún no llegaba la revolución intelectual, que implicó considerarlo también como un medio para la creación de riqueza. Con esos instrumentos el constitucionalismo realizó, sin embargo, tareas en apariencia sólo económicas pero que restablecían la soberanía del nuevo poder. En un tránsito complicado se fueron suprimiendo los 21 tipos de billetes surgidos durante el periodo armado de la Revolución, además de las monedas de oro y plata, hasta llegar al papel moneda único expedido por el Banco Central en un proceso que duró años, de 1925 a 1932. Se depuró a la banca comercial y se estableció el citado Banco Central, encargado de gobernar la cantidad de dinero en circulación, vigilar el funcionamiento de la banca privada y regular el crédito bancario (Tello, 2007: 101). No se suspendió el cobro de impuestos a las grandes empresas del “modelo exportador” que financiaban al constitucionalismo desde Carranza, y se iniciaron las inversiones públicas en infraestructuras para la economía de mercado con un sesgo a favor del norte del país, de los medianos y grandes propietarios. En una dura batalla para defender los endeblés ingresos fiscales, las reservas internacionales afectadas por las crisis del mercado mundial y el ejercicio de los primeros gastos en infraestructuras de riego y caminos, se fue



reconstruyendo la hacienda pública (Cárdenas, 1994: 33-42). Era una tarea de soberanía contar con la autoridad y la fuerza para cobrar impuestos, gastar los dineros públicos y hacer circular una sola moneda.

Reformar al gobierno del dinero

Para atender los reclamos de la coalición social extensa, orientados hacia un desarrollo nacional autónomo, era imprescindible reformar las funciones de dos instituciones centrales, el Banco de México, concebido como guardián de la estabilidad, y una hacienda orientada a lograr “presupuestos nivelados”. El gran aporte de la generación del ‘15 fue que reconstruyó y creó esas instituciones, si bien su limitación extrema se reveló en el modo de afrontar la crisis de 1929 y, luego, en su incapacidad para entender y atender las exigencias de esa coalición social extensa para lograr el desarrollo. Es decir, el crecimiento y la redistribución a la vez. Tanto por el aprendizaje de la ortodoxia financiera del patrón oro como por la experiencia de hiperinflación, por el exceso de billetes de diversos emisores, vivida en los años revolucionarios, Luis Montes de Oca, Manuel Gómez Morín y Palacios Macedo afrontaron de manera equivocada la depresión económica que desde 1927 se empezaba a manifestar y que arreció en aquel 1929. Ante la brutal reducción de la economía de mercado (cayeron las exportaciones, las reservas internacionales del Banco de México y la oferta monetaria en el país) el entonces ministro Montes de Oca y sus asesores crearon el “Plan Calles”, que consistía en un *shock* de contracción monetaria para sostener el tipo

de cambio. Se redujo la acuñación de plata y la emisión de billetes, la “nivelación presupuestal” arrojó un superávit de 30 millones de pesos (Cárdenas, 2008: 255) y se generó una situación de escasez extrema de moneda, al grado de que regresó el trueque (*ibidem*: 249).

A partir de 1932, y en coincidencia con una reactivación del sector externo (plata y petróleo), se inició un periodo de crecimiento ayudado por el cambio de política. Entre 1932 y 1940 el producto interno bruto (PIB) creció a una tasa anual de 5.6% (Moreno, 2010: 122). El regreso de Pani a Hacienda, en 1932, inauguró el crecimiento de la moneda y de los billetes respaldados por la plata, que para 1935 continuó el ministro Suárez, durante el gobierno de Cárdenas. También se abrió un periodo en que, en lugar de sostener el tipo de cambio, se introdujeron flotaciones que lo devaluaron y crearon un “proteccionismo cambiario”, el cual contribuyó a la industrialización del país. Entre 1929 y 1939 las importaciones se encarecieron 91%. En el periodo de 1932 a 1940 la industria, de manera especial la textil, creció a una tasa de 8.1% anual (*ibidem*: 119).

La mano pesada de Eduardo Suárez

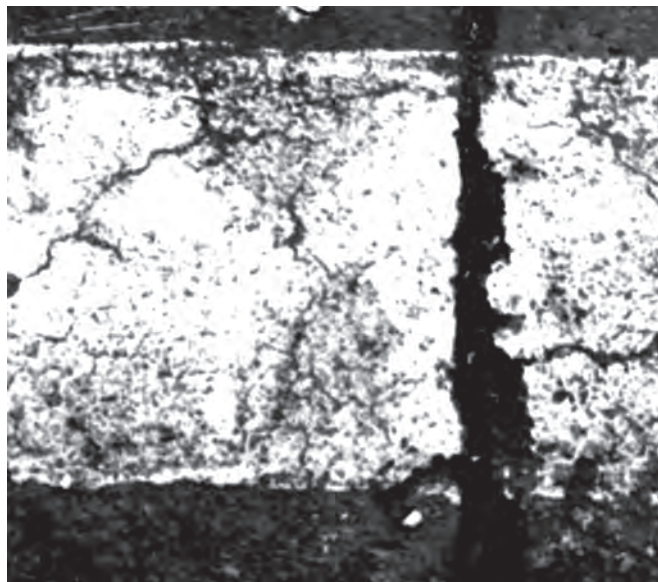
La orientación explícita del cardenismo, ya reflejada en el Plan Sexenal, de iniciar grandes inversiones económicas y sociales, encontró en Eduardo Suárez a un arquitecto financiero que por primera vez reorientó la acción institucional de Hacienda y, de manera muy inteligente, del reticente Banco de México en manos de sus compañeros de generación, para convertirlo en el proveedor de recursos para un país con una base gravable endeble y sin acceso a los mercados de capitales externos, pero también en los instrumentos para ejercer un gasto que respondiera a las exigencias productivas, sociales y expropiatorias necesarias para lograr la autonomía nacional. Entre 1934 y 1940 el gasto público casi se triplicó, al pasar de 265 millones de pesos a 604 millones, aunque sin aumentar impuestos ni generar más deuda que los bonos de tesorería pagados en su totalidad a lo largo de 1941 (Cárdenas, 2008: 254).

¿Cómo se logró esto? Suárez maximizó los impuestos ya existentes, en particular los de las empresas exportadoras extranjeras. Fue de hecho un ejercicio de soberanía donde se acordó otro modo de calcular sus ingresos (en referencia con los precios mundiales de sus productos y no con los registros de compraventa realizados a sus filiales y, por tanto, reducidos), lo cual significó un incremento

sustantivo de la renta pública. Continuó con la política de crear bonos gubernamentales que colocaban los bancos ante sus clientes, a modo de financiar la obra pública en caminos, generación de electricidad, irrigación, construcción de presas y canales y vías férreas (Suárez, 1977: 79). Asimismo utilizó los sobrantes que una muy buena administración presupuestal le permitió generar desde el primer año de su gestión. Con el primer año de gobierno Cárdenas contó con un superávit de treinta y tantos millones de pesos, entre un presupuesto de cerca de 400 millones. De inmediato el primer mandatario ordenó invertirlo en obra pública (*ibidem*: 106-107). Con esta inversión productiva se aumentaba el capital del país, el empleo y, por el efecto multiplicador de la misma, la demanda interna. La convicción era que el gasto en inversiones productivas (infraestructuras económicas y sociales) multiplicaría los ingresos de todo esfuerzo privado asociado con ello y que, por tanto, aumentaría la recaudación de impuestos: “El gobierno ha considerado que, por el fenómeno de la inversión, el dinero, sin dejar de ser signo de cambio, es un vigoroso agente para la creación del capital”, dijo ante unos asombrados banqueros reunidos en convención (*ibidem*: CIII).

Tal vez su tarea más ardua y de amplias consecuencias estratégicas para financiar al Estado a largo plazo haya consistido en superar la “pasividad” crediticia del Banco de México y hacer que acompañara el paso reformista de Cárdenas, asunto que lo enfrentó con los miembros hacendarios de su antigua generación del ‘15. Los años clave fueron 1937 y 1938, cuando el crecimiento desatado desde 1932 fue amenazado por una nueva crisis de la economía estadounidense, sumada a oleadas de luchas agrarias y sindicales que acentuaron las reformas sociales y, al año siguiente, por su empalme con la conmoción de la nacionalización petrolera, la fuga de capitales y el boicot de las empresas petroleras y de sectores del gobierno de Roosevelt.

Ante un cardenismo expansivo, en 1936, en un alarde de autonomía, Palacios Macedo y su grupo reformaron la Ley Orgánica del Banco de México, a fin de reforzar su función “pasiva” ante el circulante, el crédito y el financiamiento al gobierno, pues temían que el circulante se recalentara por el incremento del gasto. Sin embargo, hicieron la concesión de duplicar el crédito al gobierno federal, de 5 a 10%, con la intención de cubrir los “sobregiros” del gasto (Cárdenas, 2008: 252). Eduardo Suárez aprovechó la presión social desatada por las grandes



expropiaciones agrarias de La Laguna y de Yucatán, en demanda de apoyos crediticios a ejidatarios, para abrirse camino hacia un nuevo acuerdo con el banco central.

De ahí que, en el año de 1937, el gasto público se excediera 90 millones, lo que sobrepasó los 40 millones “legales” correspondientes a un presupuesto de 400 millones. Esto afectaba a 20% del presupuesto, pero sólo representaba 1.3% del PIB (Suárez, 1977: LXXX), lo cual dio origen a una fuerte fricción con el cuerpo directivo del Banco de México. Sin embargo, Suárez no podía parar. La crisis de 1937 resultó casi tan intensa como la de 1929 y se combinó, en 1938, con crecientes fugas de capitales. Era la guerra económica por la nacionalización petrolera, la cual afectó a las reservas internacionales de divisas. Suárez abrió negociaciones con el Banco de México, que en diciembre de 1938 aceptó otro modo de proceder ante el déficit del gobierno. Un modo “activo” donde se comprometía a cubrir los “sobregiros” a cambio de la emisión gubernamental de los llamados “bonos de tesorería” que se empezaron a emitir a partir de 1939. Así, el Estado reformista rompió el cerco monetario conservador, sin que por ello se diera un incremento exponencial de su deuda. Al contrario, en 1941 se liquidaron todos los bonos de tesorería del gobierno cardenista (Cárdenas, 2008: 253).

La otra gran innovación de Eduardo Suárez fue la aplicación de una política muy diferente a las empleadas por sus colegas de generación ante la crisis. En 1937 y 1938, ya con la crisis encima, incrementó el gasto público y sobrepasó 13% el presupuesto original; tampoco se aferró a mantener la estabilidad del tipo de cambio, al costo de entregar las

reservas a las especulaciones y las fugas. Puso el peso en flotación, como ya lo había hecho en 1932 Alberto J. Pani. En 1938 la moneda se devaluó de 3.6% a 4.5 y llegó a 5.2 pesos por dólar en 1939. A cambio, el crecimiento de la economía no cayó, el PIB creció 1.6%, mientras que la industria lo hizo 4%. Entre 1929 y 1932 los decrementos fueron brutales, de 6.3%. Gracias a ese periodo continuo de crecimiento, de 1932 a 1940 se vivió una transformación sustantiva de la economía de mercado, que desde el porfiriato tenía como sector líder al exportador. Durante ese periodo la industria y el mercado interno pasaron a ser el eje del crecimiento (Haber, 1992: 213).

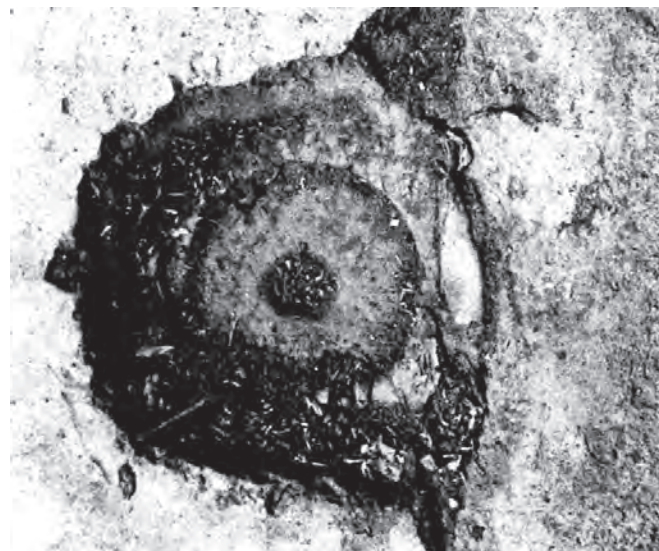
Éste constituyó un aspecto decisivo en la actuación de Eduardo Suárez, quien distinguía con claridad dos aspectos del gasto expansivo: por un lado, su capacidad de remontar las crisis, y por el otra, la necesidad ineludible, para un país subdesarrollado como México, de estimular las capacidades productivas y lanzar procesos largos de desarrollo. Al predicar con la acción, Suárez rehabilitó a Nacional Financiera hasta convertirla en una fuente abundante de recursos para la inversión productiva e intervino en la creación de empresas clave como Altos Hornos, Atenquique, Guanos y Fertilizantes, Cobre de México, Ingenio de Zacatepec, entre otros. En esos años la orientación productiva cambió la composición del gasto público. Si se comparan dos periodos, el de 1929 a 1934 y el de 1935 a 1940, el gasto militar y administrativo, que era el mayoritario, pasó de 60 a 44%, mientras que el gasto social subió de 15 a 18% y el económico se incrementó aún más, de 25 a 38%.

Desde una inteligencia pragmática, sin más ideología que las exigencias del momento liberadas por las reformas cardenistas, Eduardo Suárez, un lector tardío de Keynes, “inventó” en colaboración con varios de sus colegas y sobre la marcha una diversidad de soluciones que llevarían a fundar el Estado intervencionista, promotor del desarrollo y constructor del Estado de bienestar, “a la mexicana”. Un momento de autonomía intelectual y creativa. ¡Qué paradoja! Mientras que las lumbreras de su generación quedaban atrapados en una modernidad que moría, atentos a las lecciones de los asesores anglosajones, llamados en la época los *Money Doctors*, el pragmático y flexible señor Suárez, el eterno fumador de Luckys, enamorado crónico de la belleza femenina, la buena comida y los mejores vinos, creó la respuesta mexicana a una situación global que ya estaba generando otra modernidad, incluso en la propia Inglaterra que, desde 1910, ensayó el seguro

contra el desempleo, y en Estados Unidos, que en 1933 estrenaba un nuevecito Nuevo Trato (*New Deal*). Tal vez por ese detalle ahora no se le recuerda, mientras que el ITAM, entre otras instituciones conservadoras de nuestro presente, celebra las discrepancias y razones de sus colegas conservadores.

Bibliografía

- Arrighi, Giovanni, *El largo siglo xx: dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999.
- Cárdenas, Enrique, *La hacienda pública y la política económica, 1929-1958*, México, FCE, 1994.
- , “El mito del gasto público deficitario en México”, en María Eugenia Romero (coord.), *Algunos debates sobre política económica en México, siglos XIX y XX*, México, UNAM, 2008.
- Gómez Mont, María Teresa, *Manuel Gómez Morín 1915-1938: la raíz y simiente de un proyecto nacional*, México, FCE, 2008.
- Gómez Morín, Manuel, *1915*, México, Cultura (Cuadernos Mexicanos, 1), 1927.
- Haber, Stephen, *Industria y subdesarrollo, la industrialización de México, 1890-1940*, México, Alianza, 1992.
- Moreno Bird, Juan Carlos y Jaime Ros, *Desarrollo y crecimiento en la economía mexicana, una perspectiva histórica*, México, FCE, 2010.
- Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1964.
- Smith Vera, *El desarrollo de la banca central en Inglaterra y el sistema escocés*, en línea [http://www.eumed.net/coursecon/textos/Vera_Smith-banca.pdf].
- Suárez Aránzolo, Eduardo, *Comentarios y recuerdos (1926-1946)*, México, Porrúa, 1977.
- Tello, Carlos, *Estado y desarrollo económico: México 1920-2006*, México, UNAM, 2007.



Música, regiones e ideologías. Argentina, 1920-1960*

Carlos M. Tur Donatti**

En cuanto a música popular, Argentina se identifica como el país del tango. Sin embargo, en las cuatro décadas de surgimiento, auge y declinación del consenso nacionalista en el campo cultural (Tur, 2006: 69-96), años en los que la creación-consumo tanguero sufrió notorios altibajos, emergieron en el ámbito nacional tres corrientes musicales de las diferentes regiones argentinas que compitieron con el tango en el favor popular y expresaron distintas percepciones emocionales, estéticas e ideológicas de sus peculiares realidades. En este texto las denominaremos la música de raíz folclórica, el chamamé correntino y la música cosmopolita de la Pampa Gringa.

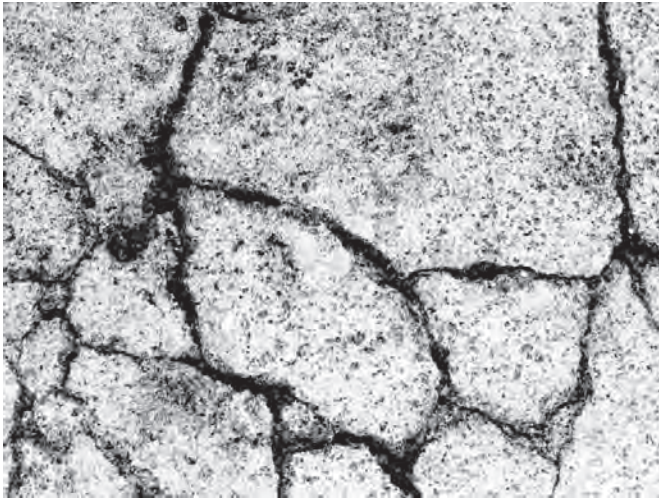
Como música y coreografía, el tango es una creación rioplatense producto de un rico mestizaje simbólico en el que se combinaron aportes criollos y europeos, afro y latinoamericanos. Fue surgiendo de manera espontánea en la próspera red de prostíbulos de Buenos Aires, capital política, principal puerto del comercio exterior y punto de convergencia de las empresas ferroviarias (Matamoros, 1972: 5-27).

La primera etapa de la historia tanguera coincide con la creación del país liberal, agropecuario y exportador que lideraron los terratenientes porteños y los inversionistas ingleses. La época de la Guardia Vieja tanguera, de 1880 a 1920 (Ferrer, 1999: 48-51), coincidió con la gran inmigración de italianos y españoles atraídos por la posibilidad de acceder a la propiedad de la tierra en la extensa y fértil región de la pampa húmeda. Esta posibilidad en general se frustró por el monopolio latifundista criollo, y los inmigrantes jóvenes en alta proporción terminaron asentados en las ciudades-puertos, en especial Buenos Aires y Rosario. Esta población se integró en parte a la red prostibularia como pupilas, clientes y músicos, un peculiar ambiente del que surgió el tango. Las primeras letras resultaban crudamente pornográficas, cuyos músicos espontáneos eran trabajadores y artesanos. Al principio su coreografía, en las esquinas barriales, eran interpretadas por hombres, pues ninguna mujer convencional se arriesgaba a este baile.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) el tango triunfó en París (Matallana, 2008: 45-46), radiante capital del mundo frívolo y de la cultura artística e intelectual para las élites latinoamericanas, y en Argentina a partir de 1916, cuando los radicales democratizadores accedieron al poder nacional con el apoyo entusiasta de sectores medios y populares. Los primeros años radicales fueron de fervorosas movilizaciones obreras y, por presión de la oposición oligárquica, de sangrientas represiones estatales.

* Con la colaboración de Sandra Oseguera Sotomayor.

** Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.



Las repercusiones de la Gran Guerra y la Revolución rusa, la inquietud social y la política de masas en Argentina preocupaban a algunos intelectuales hijos de familias criollas provincianas que debieron percibir al tango como una provocación intolerable. Por ejemplo, en el tango “Se viene la maroma sovieta”, escrito en 1917 por Manuel Romero, un porteño hijo de inmigrantes andaluces, el autor interpele a un paradigmático “cachorro de bacán”, al que advierte que los ricos “están al borde del sartén” y que los de abajo se encuentran cansados de comer salame y pan, y aspiran a las ostras y el champán... Amenaza al “cachorro” con la pérdida del auto y la mansión, y culmina su propuesta “sovieta” con la exigencia de entregar a su hermana “para la comunidad” (Romero, 1978: 44-45).

Este peculiar emplazamiento “sovieta” resultó una excepción en las letras tangueras que, para la década de 1920, habían delineado su mundo temático. En aquellos años inaugurales de la nueva generación, ahora profesional e innovadora en la que Julio de Caro inició una línea abierta y creativa, el tango congelaba su visión de la realidad, que oponía a la madre y el barrio, idealizados al centro tentador y pecaminoso, y en particular condenaba a las jóvenes perdidas por la ambición y el cabaret. Se trataba entonces de una utopía conservadora, urbana y sentimental.

En la próspera década de 1920, la última del país liberal y exportador, el nuevo tango conquistó los cabarets del centro, frecuentados por la clase alta porteña, en cuyas pistas se bailaba una danza más sofisticada e instrumental, pero con una coreografía notoriamente empobrecida, digamos adecuada. Sin embargo, para reconocidos intelectuales provenientes de familias criollas de las provincias interiores, el tango se hallaba manchado por los orígenes prostibularios y su relación con las masas de inmigrantes europeos. Según

un reconocido poeta modernista, el cordobés Leopoldo Lugones, no era más que “una sierpe del lupanar”, en tanto que el salteño Carlos Ibarguren le negaba su identidad argentina (Salas, 1996: 11).

Este tipo de juicios condenatorios, moralistas y xenófobos comenzaba a prefigurar un nacionalismo defensivo y aristocrático que repudiaba a los inmigrantes europeos y a la democracia radical, además de que se refugiaba en las certezas dogmáticas del catolicismo y en la reivindicación de la tradición hispano-colonial. Este incipiente clima ideológico-político explica la primera actuación en Buenos Aires del conjunto folclórico de Andrés Chazarreta, llegado desde la provincia de Santiago del Estero, ubicada en el centro-norte de la geografía argentina. Su arte de tradicionales raíces criollas-coloniales sí era expresión de lo argentino auténtico, muy lejos de la capital corrupta y burocrática y de su dudoso arte popular (Buchrucker, 1987: 51-52).

Sin embargo, si los inmigrantes y sus hijos contribuyeron a crear el complejo cultural tanguero en Buenos Aires, a finales de la década de 1920, en plena Pampa Gringa, en la pequeña ciudad santafesina de Rafaela, entre cuyos habitantes predominaban los piamonteses, comenzó la carrera de Feliciano Brunelli, *el Rey del Acordeón*, el más creativo y exitoso intérprete de la música cosmopolita.

¿Quién era Feliciano y por qué surgió en la Pampa Gringa? Hacia 1910, cuando era un niño, Feliciano arribó al país con sus padres italianos. En Rafaela, donde se instalaron, existía una tradición de músicos chacareros que continuaban con la rica cultura musical y dancística de sus países de origen. En este ámbito rural, creado por la colonización europea (en el centro de la provincia de Santa Fe había agricultores de orígenes suizos, franceses e italianos), Feliciano se formó y comenzó a actuar.

Habría que agregar que esta zona del centro santafesino tenía una capa de agricultores propietarios de sus tierras (caso excepcional en la pampa húmeda, dominada por las grandes estancias ganaderas de familias criollas tradicionales) que, al proveer de seguridad y estabilidad a los productores, facilitaba la creación de una variada vida cultural. Escuelas, bibliotecas, periódicos, academias de música y una activa vida política municipal distinguía a esta zona, además de su prosperidad y diversidad productiva: era la Pampa Gringa, que además había apoyado desde sus orígenes al radicalismo democratizador (Gallo, 1983).

Feliciano Brunelli popularizó un tipo de orquesta conocida como “Característica”, y durante casi cuatro décadas creó o interpretó ritmos europeos, estadounidenses

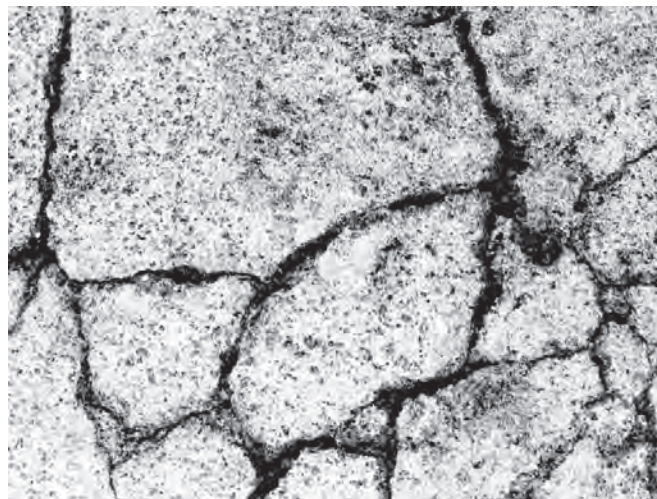
y latinoamericanos, entre ellos boleros y corridos mexicanos. Aprovechando las innovaciones tecnológicas de la década de 1920, grabó un disco tras otro, los cuales se popularizaron por las recientes radiodifusoras, que ganaban audiencias cada vez más amplias (Saavedra, 2008: 7-8). Su impacto masivo se vio acrecentado por sus permanentes giras por las provincias argentinas y los países limítrofes.

¿Cuál era su público en estas décadas (1930-1960) de consenso nacionalista y qué significaba su éxito para la cultura popular? Resulta evidente que los inmigrantes europeos y su descendencia, tanto en ámbitos rurales como urbanos, constituían la mayoría de la masa consumidora: "Era la música de los abuelos", se solía decir. Las orquestas características (la de Brunelli era la más popular, pero no la única) en los grandes bailes populares compartían el escenario con otras típicas, es decir, tangueras (*ibidem*: 8-9).

La larga y creativa actuación de Brunelli se inició a finales de la década de 1920, en vísperas de la crisis que cerró el ciclo histórico del país liberal y exportador. En las dos décadas siguientes la inmigración desde Europa decayó en forma drástica y comenzó a ser reemplazada por las migraciones internas, las cuales proveyeron de trabajadores urbanos para la industrialización sustitutiva en Buenos Aires, Rosario y, posteriormente, Córdoba.

Si la música y danzas de raíces folclóricas de las regiones Cuyana y Noroeste ocuparon cada vez más espacios de difusión y consumo en la década 1930, no fueron las únicas que surgieron de las provincias interiores. Desde la provincia de Corrientes, en el noreste de la geografía argentina, en un área de fuerte tradición indígena guaraní, en esa misma década comenzó a descender el chamamé por las poblaciones ribereñas de los ríos Paraná y Uruguay, los cuales confluyen en el poderoso río de La Plata.

Las raíces del chamamé se remontan a la música de los guaraníes, población originaria que durante la época colonial encuadraron en grandes misiones los sacerdotes de la Compañía de Jesús. Este primer mestizaje se vio enriquecido en el siglo XIX por dos invenciones de origen germánico: el acordeón y el bandoneón ("chamamé"). Este chamamé, ejecutado con acordeón, fue el que propagaron los correntinos al emigrar a las ciudades portuarias de la región pampeana, es decir, Santa Fe, Paraná, Rosario y Buenos Aires (*idem*). Es de notar que tanto la región Noroeste como la Noreste tuvieron poca incidencia de la inmigración europea entre 1880 y 1930, y que el grueso de la población popular era mestiza de antigua ascendencia, al punto que aún hoy se habla quichua en el Noroeste y guaraní en el No-



reste. Es más, algunas canciones del Noroeste se cantaban en quichua y en guaraní el chamamé, en su versión elegante, llamada "caté".

Sin embargo, estos ritmos provincianos de raíces tradicionales, al colonizar el imaginario simbólico de las grandes ciudades pampeanas, tendieron a ser adoptados por diferentes sectores sociales, que se sumaron a los nostálgicos provincianos desarraigados. El folclore del Noroeste exhibía una impronta criolla con fuerte influencia de la señorial ciudad de Salta, cuyo principal instrumento era la guitarra española y su creación coreográfica más representativa, la elegante y aristocrática zamba. El chamamé, al contrario, con una coreografía abierta y letras de acentuado sabor rural-popular, animaba las fiestas más humildes de los obreros y jornaleros en los suburbios de las ciudades pampeanas. A partir de 1946 los barrios de estos suburbios se convertirían en bastiones electorales del peronismo. En las décadas y ciudades citadas, en cambio, eran sectores medios de inclinaciones nacionalistas los consumidores del folclore más refinado y distinguido del Noroeste.

Ante esas expresiones musicales y dancísticas de las diferentes regiones del país, el tango rioplatense recuperó creatividad desde mediados de la década de 1930. Había superado los años anteriores de dura crisis y desesperanza, la de las letras de Enrique Santos Discépolo, quien definió al tango como "un pensamiento triste que se baila".

En 1935 se produjo una tragedia para el mundo de la farándula tanguera: la inesperada muerte de Carlos Gardel, que por sus circunstancias dramáticas lo convirtieron en un ícono popular de la cultura latinoamericana. También en 1935, como expresión de cierto renacimiento tanguero, comenzó a actuar la orquesta de Juan D'Arienzo; dos años más tarde debutó la de Aníbal Troilo. D'Arienzo acentuó un

ritmo rápido y muyailable, pero volcado hacia los esquemas de la Guardia Vieja, mientras que Troilo se adhirió a las líneas innovadoras de Julio de Caro, el maestro vanguardista de la década de 1920 (Salas, 1996: 272-273).

Estas nuevas propuestas tangueras y su expansiva diversificación en la década de 1940 expresaban a la emergencia de un nuevo país constituido con las migraciones internas y el proceso de industrialización, el cual ofrecía puestos de trabajo y salarios crecientes. En torno al crecimiento económico y demográfico de Buenos Aires se desarrolló una década de notable creatividad y consumo de masas del complejo cultural tanguero. Las orquestas de Aníbal Troilo y Osvaldo Pugliese, junto con la poética de Homero Manzi, Cátulo Castillo y Homero Espósito, interpretadas por Edmundo Rivero y Roberto Goyeneche, animaron los bailes masivos organizados en los nuevos clubes de barrio y las tradicionales asociaciones de las comunidades europeas (Carretero, 1999: 108-111).

Los ensayistas e historiadores de la música popular argentina consideran que las décadas de 1920 y 1940 fueron las épocas áureas del tango, de extendido gozo y consumoailable. Sin embargo, la competencia de la música cosmopolita y del chamamé correntino, y aun de la más elitista música folclórica del Noroeste, fueron ganando espacios y audiencias, al punto que en las fiestas suburbanas más humildes se contrataba a una orquesta típica-característica y guaraní.¹ Si además el repertorio característico-cosmopolita incluía una variedad de ritmos del Caribe y brasileños, otra competencia para el tango mayoritario en las grandes ciudades la constituía el bolero mexicano, que había llegado al río de La Plata en la voz de Alfonso Ortiz Tirado a principios de la década de 1930 (Ferrer, 1980: 471).

Si el golpe de Estado de 1930 había clausurado la experiencia democratizadora del radicalismo y reinstaurado a las fuerzas conservadoras en el poder nacional mediante el fraude y la represión, en 1943 concluyó la llamada Década Infame de los gobiernos ilegítimos y se inició una etapa de nacionalismo militar que se extendería con variantes hasta 1955. Entre estas dos fechas que marcan sendos golpes de Estado castrenses se desarrolló el proyecto nacional-populista y luego precursoramente desarrollista del peronismo, el cual gobernó entre 1946 y 1955.

Juan Domingo Perón se apoyó en las fuerzas armadas, la Iglesia católica y el sindicalismo obrero para profundizar en la industrialización sustitutiva y ampliar el mercado inter-

¹ Testimonio del autor, de finales de la década de 1940 y la de 1950, en bailes muy humildes en los barrios de la ciudad de Santa Fe.

no mediante una política de pleno empleo y altos salarios. Promovió de hecho una democratización social que le ganó una adhesión masiva a su liderazgo carismático y autoritario. En la política cultural, sin embargo, el peronismo mostró su flanco más conservador, al entregar las publicaciones e instituciones oficiales a intelectuales provenientes del nacionalismo criollo, católico e hispanófilo (Ford, 1971: 99).

La heterogeneidad del personal político y cultural que confluía en el naciente justicialismo se comprueba en la identificación de prominentes tangueros con el gobierno de Perón. Homero Manzi, Cátulo Castillo y, en particular, Enrique Santos Discépolo, mostraron su identificación peronista. No fueron los únicos de la farándula tanguera que se adhirieron al movimiento justicialista, aunque en muchos casos había diferentes dosis de oportunismo laboral.

La década de 1940 y en particular los primeros años del peronismo fueron de prosperidad popular y democratización social. En este contexto inédito artistas e intelectuales nacionalistas conservadores y populistas tangueros divergieron en cuanto al lenguaje, la creación artística e, implícitamente, su concepción del país y de la cultura. En este sentido resultó paradigmática la resolución ministerial de Gustavo Martínez Zuviría, integrante del gabinete militar surgido del golpe de Estado de 1943, en cuanto a obligar a los poetas tangueros a "adecentar" sus letras, con la amenaza de prohibir su difusión radiofónica (Santos, 1977: 91).

Esta medida represiva sobre el lenguaje popular constituyó la punta de lanza de un intento tradicionalista de controlar no sólo el lenguaje, sino también el cuerpo y la fiesta que amplios sectores populares gozaban en aquellos años. A pesar de una política cultural ambiciosa, con expresiones en literatura, pintura, arquitectura y en la promoción de las danzas y canciones folclóricas del Noroeste y Cuyo (Tur, 2006: 91-96), la creatividad tanguera y su consumo masivo experimentaron una época áurea que no pudo ser contenida por la sensibilidad elitista y arcaizante encaramada en el poder nacional.

Sin embargo, aun la música folclórica tuvo sus creadores disidentes e intérpretes de inclinación populista. Eduardo Falú y César Perdiguero, en la misma ciudad criolla y aristocrática de Salta, compusieron en 1943 la zamba Tabacalera, que dice:

Amarga como el sabor
De la planta del tabaco,
Así es mi vida, patrón,
Pero la endulza mi canto (*ibidem*: 95).

Eduardo Falú tendría una larga y exitosa carrera que culminó en la década de 1960, si bien durante los años peronistas fue otro intérprete folclórico el que mereció la descalificación y la persecución oficiales: *Atahualpa Yupanqui*, seudónimo de Héctor Roberto Chavero, hijo de la provincia de Buenos Aires y cultor de la música rural pampeana en sus comienzos, más tarde recorrería las distintas regiones del país y enriquecería su arte cribado por una sensibilidad crítica y disidente.

La respuesta oficial en los primeros años peronistas fue contundente: acusado de vago y comunista, “le prohibieron actuar en público y no se podía cantar ni grabar sus canciones” (Rodríguez, 2009: 21).

Años más tarde Atahualpa, decepcionado del comunismo, fue aceptado por el oficialismo peronista, y en las décadas posteriores se convirtió en el exponente más exitoso en el ámbito internacional de la música folclórica argentina. Los nacionalistas aristocratizantes, sin embargo, nunca lo aceptaron. En su época disidente había escrito en “La preguntita”:

Un día le pregunté
¿Tata qué sabe de Dios?
Mi Tata se puso triste
y nada me respondió.
Hay una cosa en la vida
más importante que Dios:
Que ninguno sufra hambre
Para que otros vivan mejor.

Hubo también en los años peronistas una variante del folclore alegre y plebeya en la voz de Antonio Tormo, *el Cantor de las Cosas Nuestras*, llamado así a pesar de que sus padres eran inmigrantes valencianos. Tormo había nacido en la provincia de Mendoza, en el centro-oeste de la geografía argentina, y cantaba cuecas de origen chileno, chispeantes y desenfadadas, además de algunos chamamés de éxito en aquellos años. Practicaba una variante del folclore distinta a la salteña, con un amplio público al que llegaba por las radios oficiales y una notable aceptación en varios países latinoamericanos. Su extensa popularidad no era del gusto de los militares golpistas de 1955 y lo vetaron en forma drástica.

Si bien los últimos años peronistas fueron de cierta estrechez económica para los asalariados, el tango, la música cosmopolita y el chamamé siguieron gozando la adhesión de las masas. El tango había pasado sus mejores momen-

tos al comenzar la década de 1950, y la competencia de los ritmos estadounidenses y otros latinoamericanos, como el mencionado bolero mexicano, importados por las grandes disqueras internacionales, acentuarían su presencia en el mercado argentino después del derrocamiento del gobierno peronista, en 1955.

Para concluir, en ese mismo año de 1955 Feliciano Brunelli presentó un baión de buena recepción popular, como habían sido “En un bosque de la China” y “Tengo una vaca lechera”, aunque en este caso no se trataba de bosques chinos ni de vacas lecheras, sino de exóticos gorilas africanos. La letra recalca: “Deben ser los gorilas, deben ser...”, y por una curiosa coincidencia histórica, el ingenio popular bautizó así a los militares que dieron el golpe de Estado de 1955 (Saavedra, 2008: 16). Estos agresivos gorilas resultarían más inquietantes para la gente de a pie en América Latina que los evocados por la ingenua imaginación de Feliciano Brunelli.

Bibliografía

- Buchrucker, Christian, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- Carretero, Andrés M., *Tango, testigo social*, Buenos Aires, Peña Lillo/Continente, 1999.
- “Chamamé”, en *Wikipedia, la enciclopedia libre*, en línea [http://es.wikipedia.org/wiki/Chamamé], consultado el 10 de mayo de 2013.
- Ferrer, Horacio, *El tango. Su historia y evolución*, Buenos Aires, Peña Lillo/Continente, 1999.
- _____, *El libro del tango. Arte popular de Buenos Aires*, Buenos Aires, Antonio Tersol, 1980.
- Ford, Anibal, *Homero Manzi*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- Gallo, Ezequiel, *La Pampa Gringa*, Buenos Aires, Edhasa, 1983.
- Matallana, Andrea, *Qué saben los pitucos. La experiencia del tango entre 1910 y 1940*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Matamoros, Blas, *Historia del tango*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.
- Rodríguez Villar, Antonio, “Una vida atravesada por el folclore”, en *Todo es Historia*, núm. 500, marzo de 2009.
- Romero, Manuel, *Cancionero*, Buenos Aires, Torres Agüero, 1978.
- Saavedra, Néstor, “Feliciano Brunelli, el mago del acordeón”, en *Todo es Historia*, núm. 492, julio de 2008.
- Salas, Horacio, *El tango*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- Santos Discépolo, Enrique, *Cancionero*, Buenos Aires, Torres Agüero, 1977.
- Tur Donatti, Carlos Mariano, *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina*; México, INAH, 2006.

La zona central de la ciudad de México (ZCCM)

José A. Rojas Loa Ojeda

El producto de la investigación “Zona central de la ciudad de México” (ZCCM) es el resultado de una iniciativa que maduró en el marco del Seminario de Historia Urbana (SHU), coordinado desde su inicio por la doctora Alejandra Moreno Toscano en el antiguo Departamento de Investigaciones Históricas del INAH.

El arduo trabajo de los compañeros del SHU, iniciado en el año de 1972, consistió en un primer momento en registrar por medios electrónicos el censo (padrón) de población del año de 1811 de la ciudad de México. A la par de la recopilación de las más de 80 características definidas para su estudio dentro del propio censo, se iniciaron estudios y análisis individuales sobre un buen número de interrogantes que salían a la luz de la lectura y ordenamiento de los miles de datos aportados por el referido censo. Éste daba cuenta del número de personas por vivienda, al indicar si se trataba de una accesoria, un jacal, una vivienda principal u otras. Hacía referencia al uso del suelo en cuanto a si era taller o carbonería, mesón u hospital. Definía la actividad en que se desempeñaba el habitante: comerciante, sirviente, artesano, monja, etcétera. Especificaba su lugar de origen, además de muchos otros datos que permitían ubicarlos en los ámbitos social y espacial dentro de la ciudad.

Un elemento fundamental para conocer la urbe que se estaba estudiando fue la elaboración de una serie de mapas base que permitieran mostrar, en una misma escala, su área urbana en cuatro momentos distintos: 1785, 1811, 1853 y 1882. Acompañados de sus respectivos directorios con el nombre de calles y sus cambios a través del tiempo, estos mapas permitieron ubicar la información proveniente de los censos. Así, según la información de 1811, se dividió a la ciudad en 90 “bloques” que contenían 370 manzanas. Estos “bloques” tenían como característica que, independientemente de la apertura de calles o la transformaciones en su espacio, mantenían su unidad original.

Se tenía la información estadística necesaria para elaborar una nueva concepción basada en mejores y modernas herramientas que dieran cuenta de la historia urbana de la ciudad de México, aunque en buena medida se ignoraba la diferencia físico-arquitectónica entre las diferentes voces con que se nombraban los inmuebles en los censos de población o en las crónicas históricas.

Así, nos dimos a la tarea de inventariar fotográficamente todos los inmuebles dentro del perímetro de la ciudad de 1811, con base en criterios arquitectónicos que permitieran su datación como edificios construidos durante el largo periodo colonial. Al empezar este inventario caímos en la cuenta de que resultaba factible registrar y censar edificios cuya probable época de construcción había sido el primer cuarto del siglo XX. De este hecho, así como de su puesta en práctica, derivó el primer nombre del proyecto: “Banco de datos fotográficos de construcciones anteriores a 1925 en la zona central de la ciudad de México, DEH-INAH”.

Se trasplantó a los mapas base del seminario la información catastral por manzana, con lo que tales mapas se modernizaron al ubicar a los inmuebles por su predio y número real del catastro del entonces Departamento del Distrito Federal. De este modo se obtuvo la superficie real de los predios, a modo de identificarlos por época de construcción, tamaño, estilo o uso. Para llevar a cabo esta primera etapa de la investigación se utilizaron tres cámaras fotográficas y 185 rollos de película en blanco y negro de 35 mm, que dieron como resultado más de 5500 fotografías, correspondientes a 2411 inmuebles, donde se incluían edificios religiosos (sólo fotografiados por mí parcialmente, dado el trabajo anterior realizado por grandes maestros de la fotografía), públicos y, sobre todo, los distintos tipos de inmuebles habitacionales, talleres, bodegas, etcétera que permitieran la identificación de los distintos usos del espacio en la ciudad de México, con el objetivo de generar las herramientas de identificación necesarias para comprender físicamente a la metrópoli. Al caminar con cámara en mano se fue afinando la metodología, se ampliaron los lineamientos de la investigación y se incrementó la confianza con los habitantes: no había puerta que viéramos abierta por la que no se pudiera entrar para conocer y fotografiar los recovecos de los edificios, escuchar a los vecinos, preguntar sobre el uso de suelo, las funciones de los patios, la condición de las rentas, las viviendas y su número. De esa manera, poco a poco la investigación me llevó a descubrir ya no la ciudad censada de 1811, sino la vida del Centro Histórico de la década de 1970.

Esta investigación nos permitió calcular que, para esa década, 57.4% de las construcciones correspondía a edificios que bien se pueden identificar como del siglo XIX; 34.7% databan de la época colonial y el restante 7.8% se hallaba representado por inmuebles del primer cuarto del siglo XX. De los 2411 inmuebles catalogados, 20.5% correspondía a edificios dentro de la categoría de inmuebles plurifamiliares, con usos comunes conocidos en la ciudad de México como “vecindades”, los cuales contaban con baños, lavaderos y un espacio central utilizado para todo y por todos sus habitantes. Asimismo se registró que en casi la mitad de estas vecindades se mantenía vigente, a pesar de las autoridades y los propietarios, el régimen de rentas congeladas, el cual generaba una organización *sui generis* entre los pobladores del centro de la ciudad, que llevaban por lo menos 40 años de permanencia y resistencia. Otro resultado arrojado por esta investigación fue que del total de las edificaciones construidas antes de 1925, para 1976 sólo representaban 49% de la superficie comprendida por el censo de 1811, el cual constituyó la base de nuestro estudio.

Todas estas fotografías se revelaron e imprimieron en los talleres del Archivo Fotográfico del INAH, localizado en el antiguo convento de Culhuacán, en el Distrito Federal. Los negativos se quedaron en resguardo de ese archivo, y en el taller se imprimieron tres copias en tamaño de 5 x 7 pulgadas. Cada una de las copias se encuentra sellada con las iniciales del autor y su adscripción al seminario, debidamente organizadas, a manera de cuadernos de consulta. Un juego se quedó en el Archivo Fotográfico, otro en la Biblioteca Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos y un tercero fue para el autor.

En 2003 Georgina Rodríguez, responsable de la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (CNMH) del INAH, propuso digitalizar las fotografías del ZCCM, así como las del hoy reconocido fotógrafo Manuel Ramos, que también se encontraban resguardadas en el Archivo Fotográfico del INAH en Culhuacán, las cuales habían sido captadas entre los años de 1923 y 1934 durante la función de Ramos como perito y fotógrafo de la Dirección de Monumentos Históricos, con la intención de elaborar un catálogo fotográfico de los perímetros conocidos como A y B de la zona centro de la ciudad de México.

Gracias al trabajo desempeñado por Martha Miranda en la fototeca, al identificar los cerca de 1500 negativos de Ramos que tenían como escenario el centro de la ciudad que yo había fotografiado décadas después, se vio la posibilidad de crear un catálogo digital con las dos co-

lecciones. La digitalización de las más de 7500 fotografías corrió a cargo de Alejandro Martínez, bajo la coordinación de Georgina Rodríguez al frente de la fototeca.

La digitalización de las fotografías de Ramos y las del zccm permitió estudiar el espacio urbano del Centro Histórico de la ciudad desde los puntos de vista tanto arquitectónico como antropológico, el cual constituyó mi principal objetivo al asumir la tarea de recorrer la ciudad, descubrirla y fotografiarla. Aunado a esto, integrar en un mismo lugar los dos proyectos fotográficos, elaborados con 50 años de distancia, permitió en primera instancia trazar un esquema edilicio que documentaba fotográficamente esta zona de la ciudad. Con la integración de las fotografías nos dimos cuenta de la alteración, permanencia o desaparición de numerosos edificios que el maestro Ramos había fotografiado, donde se aprecia un balance perfecto entre el registro de los elementos arquitectónicos, la especialidad de los inmuebles y el ambiente social de la época, sumados a una alta calidad estética. A los 2411 inmuebles fotografiados en los inicios de 1970 se sumaron 363 inmuebles fotografiados por Ramos, los cuales ya no existían cuando se inició el registro en 1973, para obtener un total de 2774 inmuebles inventariados en fotografías. Finalmente es importante señalar que de los inmuebles captados por Manuel Ramos durante los 10 años en que trabajó para la Dirección de Monumentos Históricos, para 2005, año en que se terminó la digitalización de las dos colecciones, éstos habían desaparecido en 40%.

Como resultado de la digitalización de las fotografías de Ramos y del zccm, en 2005 se elaboró una base de datos donde se ordenaron las fotografías de ambos autores por bloque, manzana y calle, con lo que se generó una estructura que permitía la ubicación precisa de las fotografías. Con base en ésta se hizo una serie de presentaciones en instituciones académicas mexicanas, como el Instituto Mora, la UNAM y el INAH, así como en las universidades de Génova y Turín, en Italia.

En 2010 se consolidó una nueva etapa del proyecto, que incluye la base de datos ya mencionada y un segundo mapeo, realizado a partir de las fotografías tomadas inmueble por inmueble por Google Earth-Maps, lo cual nos ha permitido destacar el uso histórico y valor arquitectónico de los inmuebles y además nos ha permitido visualizar la vida cotidiana de la zona estudiada a lo largo de casi un siglo de imágenes: las de Ramos, tomadas entre 1923 y 1934, las de José Antonio Rojas Loa, entre 1973 y 1976, y las de Google Maps, entre 2010 y 2011.

El proyecto consiste en un catálogo digital que estará accesible en línea, ordenado con base en planos catastrales subdivididos en regiones, bloques y manzanas, lo cual permite apreciar de manera gráfica los predios sin importar los cambios que han experimentado a través del tiempo. A cada predio le corresponde una serie de imágenes que en conjunto nos brindan un registro histórico confiable del esquema edilicio de la ciudad de México. Esta serie de imágenes se conforma por una fotografía panorámica, la toma respectiva del inmueble y, en los casos de "puerta abierta", de su interior; se añaden además las fotografías existentes de Manuel Ramos del mismo inmueble y una fotografía del edificio tomada por Google Earth-Maps entre 2010 y 2011. Aunado a esto se han añadido planos cartográficos del Centro Histórico según los informes recabados en la década de 1970; por ejemplo, superficie por metros cuadrados y número de viviendas por manzana, un plano que señala los inmuebles catalogados por la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (1277) y otro que señala los edificios catalogados por el proyecto zccm (2411). Asimismo se ha integrado una base de datos que permite identificar el edificio en el catálogo de la CNMH, su dirección con calle y número, aparte de proporcionar datos sobre el número de pisos, viviendas y accesorias. Para facilitar el acceso al catálogo digital se ha configurado un buscador por bloque, calle y número. La programación de este catálogo digital fue elaborada desde el inicio por Juan Ortega Bonillo y José Antonio Rojas Loa, con el apoyo de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, la Fototeca de la CNMH y el Fideicomiso del Centro Histórico de la ciudad de México.

Beneficios del proyecto

Dada la importancia histórica y simbólica del Centro Histórico de la ciudad de México, la conformación de este catálogo razonado y automatizado constituye un proyecto académicamente sólido y de gran utilidad que brinda nuevas aportaciones a la investigación y la catalogación fotográfica en los siguientes aspectos:

- a) Potencia el uso de la fotografía como fuente documental de primera mano, al trascender sus usos como simple ilustración.
- b) Constituye un modelo de catalogación que será de utilidad a otras colecciones y acervos similares que traten sobre la ciudad de México u otros centros urbanos.
- c) Facilita la opción de navegar por la información a distintos niveles, tanto la requerida por el trabajo académico como por el público en general.
- d) La propuesta novedosa del proyecto zccm radica en la creación de una herramienta de sistematización, ordenamiento y comprensión de las distintas miradas y representaciones gráficas de la zona central de la ciudad de México, en la que destacan sus inmuebles históricos y la vida cotidiana que gira a su alrededor.

Por último, como método de catalogación fotográfica, nuestra propuesta se extiende a cada uno de los centros históricos del país y otras latitudes que cuenten con registros similares.

Bibliografía

Miranda Santos, Martha R., "Lo permanente de lo efímero. La colección Manuel Ramos de la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH", tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2005.

Moreno Toscano, Alejandra (coord.), *Ciudad de México: ensayo de construcción de una historia*, México, INAH (Científica, Historia, 61), 1978.



Interior, calle República de Argentina núm. 99 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Casimiro Castro, *Litografía de la ciudad de México*



Comparativo, calle Roldán **Fotografía** Archivo fotográfico Manuel Ramos



Fotografía Archivo fotográfico Manuel Ramos



Comparativo, calle República de Brasil esquina con República de Venezuela Fotografía JARLO, 1970-1974



Fotografía Archivo fotográfico Manuel Ramos



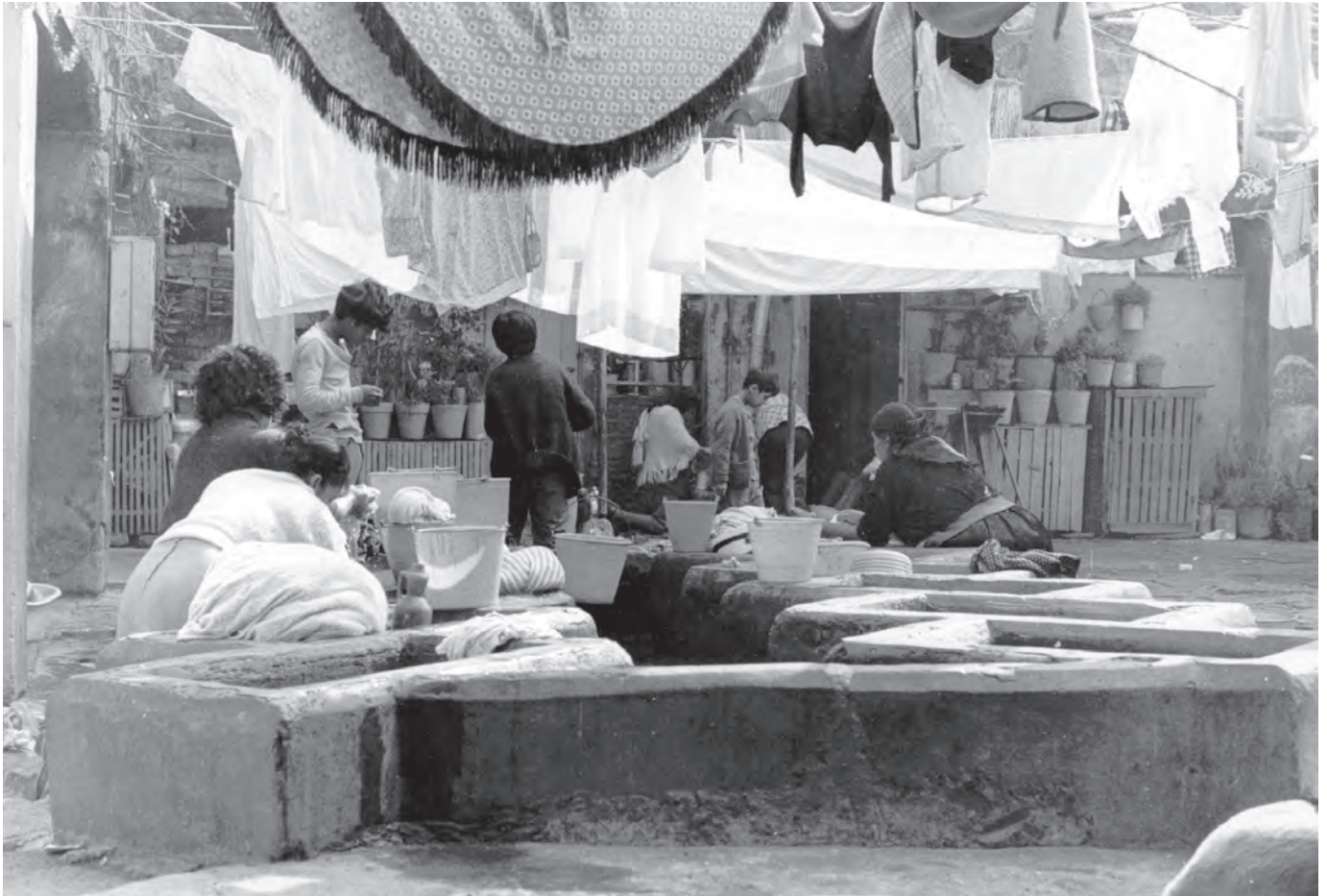
Comparativo, fachada del templo de San Felipe Neri, calle República de El Salvador **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Calle República de El Salvador núm. 47 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Calle Fray Bartolomé de las Casas núm. 15 esquina con Tenochtitlán **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Interior, calle San Antonio Tomatlán, núm. 10 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



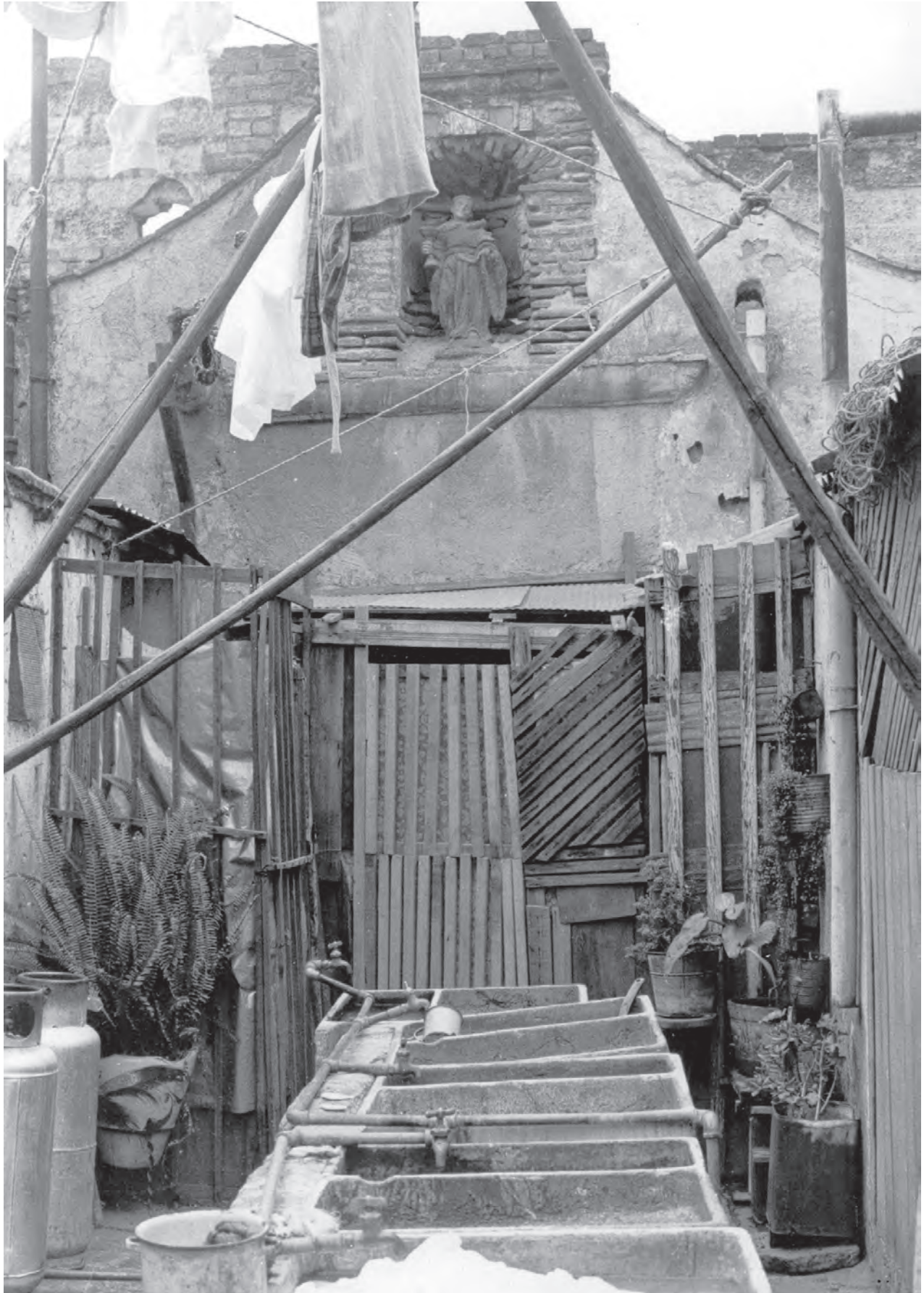
Interior, callejón Lecheras **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Calle Luis Moya núm. 53 Fotografía JARLO, 1970-1974



Calle Jesús Carranza núm. 24 Fotografía JARLO, 1970-1974



Interior, calle Carretones núm. 11 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Calle Soledad núm. 65 **Fotografía** Archivo fotográfico Manuel Ramos



Interior, calle República de Bolivia núm. 58 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Fachada, calle República de Bolivia núm. 58 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Interior, calle Artículo 123 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Interior, calle República de Colombia núm. 46 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Interior, calle República de Ecuador núm. 103 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Interior, calle Jesús Carranza núm. 24 **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Calle Soledad esquina con Jesús María **Fotografía** JARLO, 1970-1974



Fotografía Archivo fotográfico Manuel Ramos



Interior comparativo, calle República de Uruguay núm. 183 Fotografía JARLO, 1970-1974

Alquimia, núm. 47: “Los álbumes fotográficos del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca”, 2013.

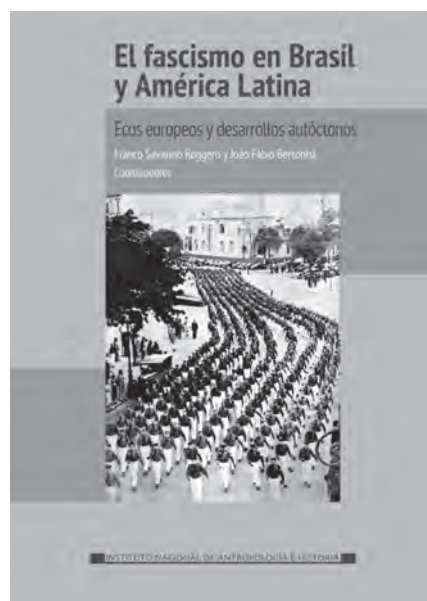
Los archivos fotográficos crecen minuto a minuto. Esconden y muestran historias de personas, familias, regiones, ciudades; muestran actitudes, formas de vestir, miradas. La revista *Alquimia*, órgano de difusión del Sistema Nacional de Fototecas, ha realizado una labor minuciosa por más de 15 años, durante los cuales ha mostrado la memoria colectiva, archivos y la investigación iconográfica de muchos artistas y reporteros, aficionados y aventureros. Se han abordado muchos temas, si bien falta mucho por investigar y difundir de las historias fotográficas a lo largo del tiempo y el territorio.



...

Franco Savarino Roggero y Joao Fábio Bertanha (coords.), *El fascismo en Brasil y América Latina. Ecos europeos y desarrollos autóctonos*, México, INAH-Conaculta (Memorias, Historia), 2013.

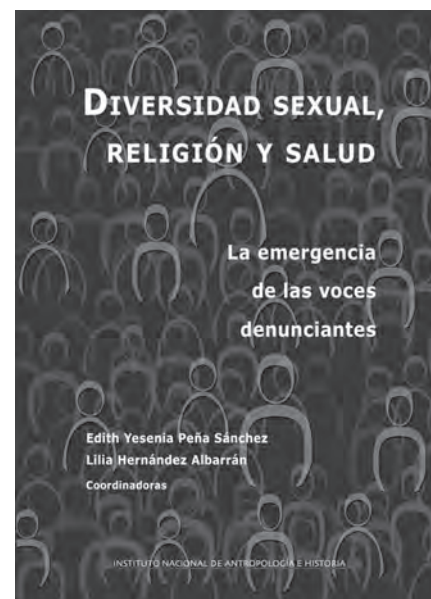
Este libro busca explicar el fenómeno político fascista en América Latina, donde no surgieron líderes de la clase media que se convirtieran en hombres venerados ni existieron movimientos capaces de atraer a las grandes masas. La comparación con otras regiones del mundo sitúa la experiencia fascista latinoamericana en un contexto mucho más amplio. Existe la percepción generalizada del fascismo como un régimen autoritario, conservador, ultranacionalista y anticomunista, aunque se trata de un fenómeno que requiere una mayor atención.



...

Edith Yesenia Peña Sánchez y Lilia Hernández Albarrán (coords.), *Diversidad sexual, religión y salud. La emergencia de las voces denunciantes*, México, INAH-Conaculta (Memorias, Interdisciplina), 2013.

Con el lema “Hacia el cambio de hábitos sociales por una convivencia libre de violencia”, este volumen reúne 17 ensayos que abarcan desde el abuso sexual en el hospital de Los Hipólitos durante el siglo XVI y la doble



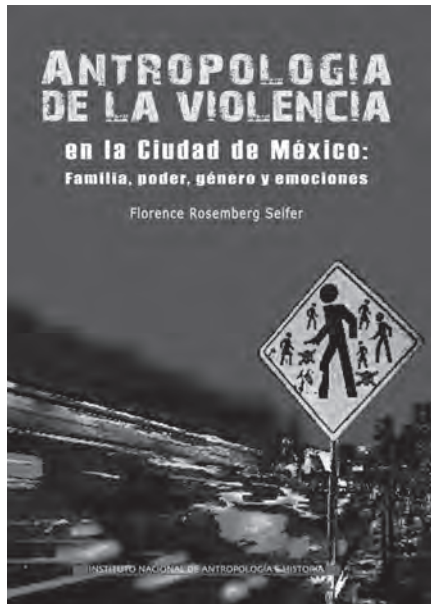
moral que impera en la ciudad de Monterrey de la actualidad, hasta el activismo cibernético y los problemas generados por la misoginia y la homofobia. Al mismo tiempo analiza la incomprensión de la bisexualidad, la diferencia entre género y sexo, la violencia y la discriminación ocasionadas tanto por ignorancia como por el machismo, entre otros temas relacionados con la comprensión de la diversidad cultural en nuestro país.

...

Florence Rosemberg Seifer, *Antropología de la violencia en la ciudad de México: familia, poder, género y emociones*, México, INAH-Conaculta (Logos, Interdisciplinaria), 2013.

Con base en una metodología transdisciplinaria, la cual conjunta la antropología y la terapéutica familiar, el presente libro ofrece una amplia mirada a ese complejo fenómeno humano que es la violencia estructural. En sus páginas se presentan distintos casos de la violencia expresada y vivida en pleno siglo XXI en la colonia Peralvillo de la ciudad de México, como una

muestra de la realidad nacional, a la par que se exponen dos casos de violencia con trascendencia internacional: la tortura y la clitoridectomía.



...

David Doillon, *El magonismo y la Revolución mexicana en la prensa ácrata y radical francófona*, México, INAH-Conaculta (Génesis, Historia), 2013.

A mediados de la década de 1900, Ricardo Flores Magón y sus compañeros, férreos opositores al régimen de Porfirio Díaz, iniciaron un proceso de radicalización ideológica hacia posiciones anarquistas que los llevaron a pugnar por derrocar la dictadura porfirista por medio de la Revolución. Conscientes de que una lucha armada sólo existe en la medida en que se habla de ella y recibe apoyo exterior, los rebeldes desarrollaron una estrategia de comunicación internacional con el objetivo de desacreditar al viejo dictador, sensibilizar a la opinión pública sobre la situación de México y, sobre todo, atraer el apoyo del movimiento

revolucionario mundial, principalmente el francés. Esta antología da cuenta del cauce y los avatares de la relación, solidaria y conflictiva a la par, establecida entre los militantes de ambos continentes. Asimismo ofrece al lector la oportunidad de atisbar en la percepción extranjera sobre México y su devenir durante esta época convulsa y plena de cambios.

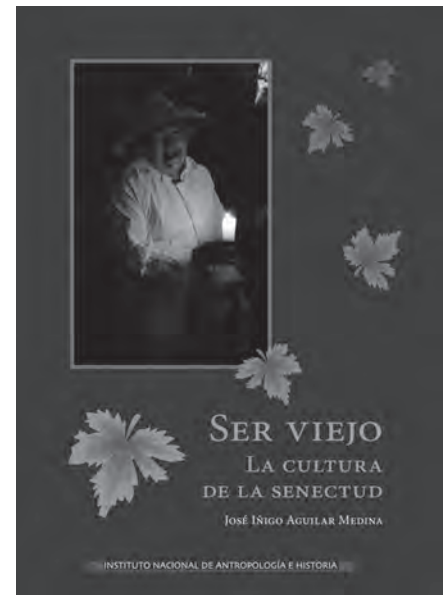


...

José Íñigo Aguilar Medina, *Ser viejo. La cultura de la senectud*, México, INAH-Conaculta (Testimonios, Etnología y Antropología Social), 2013.

En la medida que la población aumenta en México, también se van transformando los paradigmas culturales de ser viejo. Si bien los cambios de mentalidad en nuestra sociedad consideran, al menos en teoría, al anciano como una persona en plenitud de derechos, subsisten los estereotipos en que se encasilla a los viejos como personas en estado de decrepitud, menguadas en sus capacidades físicas y mentales. Este libro

permite mirar la vejez desde varios puntos de vista: por una parte el del cine, mediante la síntesis de películas que abordan el tema de la ancianidad, y por otra, el de los adultos mayores que, entrevistados por el autor, relatan anécdotas de sus tiempos y cuentan cómo viven en esta etapa sus relaciones familiares, cómo se encuentra su salud y la idea que se han formado acerca de la ancianidad a lo largo de los años.



...

Enrique Montalvo Ortega, *Neoliberalismo: la dictadura (realmente) perfecta*, México, INAH-Conaculta/Paidós/Ariel, 2013.

En este libro, Enrique Montalvo Ortega documenta la transformación del Estado nacional populista en Estado neoliberal: ese Estado que se encuentra comprometido con la economía de mercado y subordinado al capital financiero. Asimismo demuestra que, lejos de avanzar hacia la transformación de fondo de la estructura

**Diplomado
PERITAJE
en CIENCIAS
ANTROPOLÓGICAS
VII Promoción**

**Del 18 de abril
al 12 de diciembre de 2013**

INVITA
EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
A TRAVÉS DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

HORARIO: Jueves de 16:00 a 20:00 hrs. y cuatro sesiones en sábado. **SEDE:** Sala 1 de la COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA del INAH (Av. San Jerónimo Núm. 880, Col. San Jerónimo Lídice, CP 10200, México D.F.)
REQUISITOS: Dirigido a investigadores, estudiantes de posgrado, Servidores públicos y profesionistas independientes. Ser como mínimo pasante de licenciatura en Antropología, Derecho o disciplinas afines, desempeñar funciones en instituciones relacionadas con la procuración de justicia o la promoción, protección y defensa de los derechos humanos y el patrimonio cultural. **Documentación requerida:** 1 fotografía tamaño infantil, 1 fotocopia de comprobante de grado académico (mínimo pasantía de licenciatura), una cuartilla de currículum y carta de exposición de motivos. **Costo:** \$6,000.00 (seis mil pesos 00/100 MN) diferidos en tres mensualidades. Se otorgarán 10 medias becas a tesis de licenciatura y estudiantes de posgrado de las escuelas del INAH. Investigadores del INAH exentos de pago. La entrega de documentos completa y el primer pago de inscripción son obligatorios para registrarse. **INFORMES E INSCRIPCIONES:** Subdirección de Capacitación y Actualización de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH. Tel. 4040 5400 ext. 4251 y 4252 / capacitacion2@yahoo.com / www.antropologia.gob.mx

de poder mexicana, el juego electoral engaña y encubre un sistema de privilegios al servicio de la élite del poder y a costa del empobrecimiento de la población.

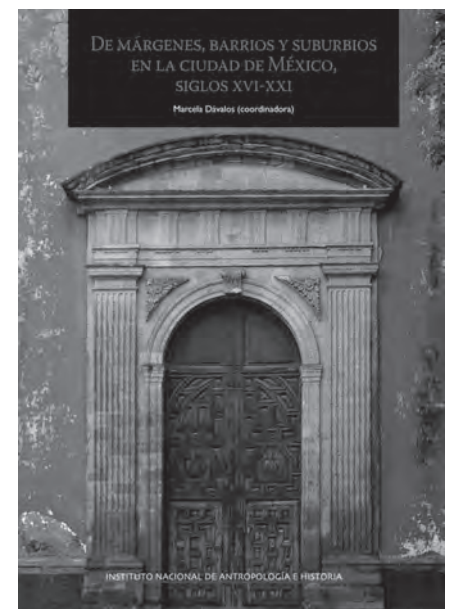


•••

Marcela Dávalos (coord.), *De márgenes, barrios y suburbios en la ciudad de México, siglos XVI-XXI*, México, INAH-Conaculta (Logos, Historia), 2013.

Decía Italo Calvino que las ciudades no cuentan su pasado, sino que lo contienen como las líneas de una mano: la ciudad de México no es la excepción. Escrito en la disposición de sus barrios, grandes avenidas, plazas, jardines, calles y callejones de su pasado, vinculado con el momento de su fundación, se repite al infinito mediante un complejo y rico recorrido historiográfico por la génesis de la ciudad, poco más de nueve kilómetros cuadrados que durante siglos contuvieron el casco y sus barrios primigenios. Este libro indaga sobre el vínculo entre la fundación de la urbe mexicana, su existencia virreinal y su posterior crecimiento. Más allá de explorar la continuidad urbana y sus múltiples reinterpretaciones, el recorrido ofrece una idea

novedosa, germen de esta investigación: la fisonomía de la megalópolis que habitamos no es casualidad, pues de un casco español ubicado en el centro y dos parcialidades indígenas alrededor -San Juan y Tlatelolco- se derivó cuanto conocemos.



EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
A TRAVÉS DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA,
LA DIRECCIÓN DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL
Y LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO
A TRAVÉS DE LA UNIDAD ACADÉMICA DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

CONVOCAN AL

SEMINARIO SOBRE APROXIMACIONES MULTIDISCIPLINARIAS A LA MEMORIA COLECTIVA

DEL 6 DE FEBRERO AL 4 DE DICIEMBRE DE 2013



Foto: Anne Warren Johnson, "Las Américas de Luto",
fiestas patrias en Chilacachapa, Gro. 1999

HORARIO: PRIMERO Y TERCER MIÉRCOLES DE CADA MES DE 17:00 A 19:00 HRS.

SEDE: SALA 1 DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA DEL INAH. AV. SAN JERÓNIMO NÚM. 880.
COL. SAN JERÓNIMO LÍDICE, C.P. 10200, MÉXICO D.F.

REQUISITOS: REGISTRARSE ENTREGANDO UNA FOTOCOPIA DE COMPROBANTE DE ÚLTIMO GRADO ACADÉMICO,
1 FOTOGRAFÍA TAMAÑO INFANTIL, 1 CUARTILLA DE CURRÍCULUM Y 1 CARTA DE EXPOSICIÓN DE MOTIVOS.

SE ENTREGARÁ CONSTANCIA CON VALOR CURRICULAR CUBRIENDO EL 80% DE ASISTENCIAS AL PROGRAMA.

INSCRIPCIONES: SUBDIRECCIÓN DE CAPACITACIÓN Y ACTUALIZACIÓN DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE
ANTROPOLOGÍA DEL INAH. AV. SAN JERÓNIMO NÚM. 880 COL. SAN JERÓNIMO LÍDICE, C.P. 10200, MÉXICO D.F.
TEL (55) 4040 54 00 EXT. 4251 Y 4252.

E-MAIL: capacitacion2@yahoo.com



DIPLOMADO ANÁLISIS DE LA CULTURA

XVI Promoción



Caricón Latino por Dr. Alderete

DEL 16 DE ABRIL AL 10 DE DICIEMBRE DE 2013

INVITAN EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA A TRAVÉS DE
LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Informes e inscripciones: Subdirección de capacitación y Actualización de la Coordinación
Nacional de Antropología del INAH (Av. San Jerónimo Núm. 880, Col. San Jerónimo Lídice,
CP 10200, México DF) Tel. 4040 54 00 ext. 4251 y 4252

Correos electrónicos: capacitacion2@yahoo.com / www.antropologia.gob.mx

El Instituto Nacional de Antropología e Historia a través de la Coordinación Nacional de Antropología, invita al curso

LA IMAGEN DIGITAL

Todo lo que siempre quiso saber acerca de dpi's, megapixeles, tiff's... y temía preguntar
Del 7 al 30 de octubre, 2013

Imparte: César García Palomino

Duración: 24 horas

Horario: Lunes y miércoles de 11:00 a 14:00 hrs.

Modalidad: Virtual y presencial.

Dirigido a: Investigadores y personal del INAH.

Sede: Sala *Guillermo Bonfil Batalla* de la Coordinación Nacional de Antropología.

Requisitos: Llenar formato de registro y entregar o enviar por e mail acompañado de credencial del INAH y/o último talón de pago, una cuartilla de currículum, una fotocopia de comprobante de último grado de estudios, una fotografía tamaño infantil (puede ser digital) y una carta de exposición de motivos.

Acreditación: Se entregará constancia con valor curricular en ambas modalidades de acuerdo a los mecanismos de registro y control de evaluación y asistencia establecidos.

Informes e inscripciones:

Coordinación Nacional de Antropología

Av. San Jerónimo No. 880 Col. San Jerónimo Lídice C.P. 10200

Del. Magdalena Contreras, Distrito Federal

☎ 4040 54 00 ext. 4251 y 4252 ✉ capacitacion2@yahoo.com

*Actividad sin costo

El Instituto Nacional de Antropología e Historia a través de la Coordinación Nacional de Antropología y la *Ruta del esclavo: Resistencia, libertad y patrimonio*

Invita a las conferencias en el marco del

Día Internacional del recuerdo de la trata de esclavos y de su abolición y la Revolución de Haití

¿Libertad e igualdad? La abolición de la esclavitud y la construcción de la Nación en México y Colombia, 1810-1850.

Imparte: Mtra. María Camila Díaz - ENAH

La Revolución victoriosa de los esclavos del Santo Domingo Francés, 1791- 1804.

Imparte: Dra. Johanna Von Grafenstein
Instituto de Investigaciones
Dr. José María Luis Mora

23 de agosto

Auditorio de la Coordinación
Nacional de Antropología
Horario: 11:00 a 14:00
Entrada libre.

Te invitamos a consultar los números anteriores de la revista DIARIO DE **CAMPO**, nueva época, en la siguiente dirección electrónica: www.antropologia.inah.gob.mx



NÚMERO 1

**Comida para todos:
alimentación y cultura**

Diablos de la Baja Tarahumara
Ernesto Lehn



NÚMERO 2

Antropología y literatura

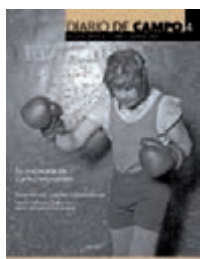
Niños y niñas jornaleros de México
Valentina Glockner Fagetti



NÚMERO 3

Lingüística misionera

Carnaval popular dominicano
Mariano Hernández



NÚMERO 4

En memoria de Carlos Monsiváis

Boxeadores, púgiles o gladiadores
Fondo Casasola, Sinafo-INAH
Pedro Valtierra, Cuartoscuro



NÚMERO 5

Patrimonio musical de México

Música y fandango
Antonio Castro
Juan Atilano



NÚMERO 6

Etnohistoria y patrimonio

Haití: los espíritus de la Tierra
Luis Alcalá del Olmo



NÚMERO 7

**Patrimonio, diversidad cultural
y políticas públicas**

Maya Lorena Pérez Ruiz

*Figuraciones y configuraciones:
los carteles culturales de Gustavo Amézaga Heiras*



NÚMERO 8

En memoria de Perla Valle

El pulque y sus bienquerientes
Fondo Casasola-INAH
Nacho López
Marco Antonio Cruz



NÚMERO 9

**Treinta años de refugio
guatemalteco en México**

La mirada fotográfica, Ricardo Sánchez Arriola
El paisaje mexicanista, Hugo Brehme



NÚMERO 10

Periplos alrededor del cuerpo

*Martín Chambi: el fotógrafo
orgánico de los Andes Centrales*



NÚMERO 11

**Antropología reciente
de Chihuahua**

Tras los catrachos que no regresaron
Barbara Beltramello



NÚMERO 12

**Cosmovisión indígena:
la mirada de Weitlaner**

*Entre los tetelcingas:
fotografías de Alejandra Álvarez Juárez*

EXPEDIENTE

Terreno hostil. La ciudad de México a través de los ojos decadentes 4

José Mariano Leyva

Salvador Novo 9

José Joaquín Blanco

Fotografía y modernidad en México. De precoces y rufianes 14

Rebeca Monroy Nasr

Catálogo del Fondo Revolución Mexicana. Entrevistas de historia oral del Archivo de la Palabra 20

Laura Espejel

Buscando/saboteando los premios internacionales. *Nazarín vs. La cucaracha* en el XII Festival de Cannes 26

Julia Tuñón

Tongolele y las “exóticas” en *Magazine de Policía* y *VEA* 32

Gabriela Pulido Llano

Águeda Pía Fernández Martínez. Una mujer en vilo 37

Beatriz Lucía Cano Sánchez

Hacer la comunidad. Mujeres estadounidenses en la ciudad de México 40

Mónica Palma Mora

La república de las mujeres. Creación de un sujeto político en San Pedro Mártir 45

Mario Camarena Ocampo

La correspondencia de don Sergio 51

Francisco Pérez Arce Ibarra

Instantes de autonomía intelectual. Eduardo Suárez, reformista del gobierno de *Don Dinero* 55

Carlos San Juan Victoria

Música, regiones e ideologías. Argentina, 1920-1960 61

Carlos M. Tur Donatti

PORTAFOLIO

La zona central de la ciudad de México (zccm)

José A. Rojas Loa Ojeda 66

NOVEDADES INAH

Alquimia, núm. 47: “Los álbumes fotográficos del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca”, 2013 90

Franco Savarino Roggero y Joao Fábio Bertonha (coords.), *El fascismo en Brasil y América Latina. Ecos europeos y desarrollos autóctonos*, México, INAH-Conaculta (Memorias, Historia), 2013 90

Edith Yesenia Peña Sánchez y Lilia Hernández Albarrán (coords.), *Diversidad sexual, religión y salud. La emergencia de las voces denunciantes*, México, INAH-Conaculta (Memorias, Interdisciplina), 2013 90

Florence Rosemberg Seifer, *Antropología de la violencia en la ciudad de México: familia, poder, género y emociones*, México, INAH-Conaculta (Logos, Interdisciplinaria), 2013 90

David Doillon, *El magonismo y la Revolución mexicana en la prensa ácrata y radical francófona*, México, INAH-Conaculta (Génesis, Historia), 2013 91

José Íñigo Aguilar Medina, *Ser viejo. La cultura de la senectud*, México, INAH-Conaculta (Testimonios, Etnología y Antropología Social), 2013 91

Enrique Montalvo Ortega, *Neoliberalismo: la dictadura (realmente) perfecta*, México, INAH-Conaculta/Paidós/Ariel, 2013 91

Marcela Dávalos (coord.), *De márgenes, barrios y suburbios en la ciudad de México, siglos XVI-XXI*, México, INAH-Conaculta (Logos, Historia), 2013 92

